

El

RASTRO

de los

CUERPOS

Una novela

José Miguel Tomasena

Grijalbo

EL RASTRO DE LOS CUERPOS

JOSÉ MIGUEL TOMASENA

Grijalbo

SÍGUENOS EN
megustaleer



| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Circulábamos por uno de esos túneles mal hechos que hacen en México, en el que cada tres días se mata alguien, porque en lugar de hacerlo en línea recta, lo construyeron con más curvas que una carretera de montaña. Tania manejaba. Era medianoche y casi no había tráfico. Al salir de la primera curva nos encontramos con un perro tirado a la mitad de la avenida. Tania alcanzó a esquivarlo y se orilló. ¿Está vivo?, preguntó mirando por el retrovisor. En efecto, el perro aún movía la cabeza y parecía hacer un gran esfuerzo por moverse.

Antes de que yo pudiera decir algo, Tania ya se había bajado del coche y corría entre los carriles hacia el animal herido. Vi el reflejo de unos faros en la pared del túnel y escuché el sonido de un motor que se acercaba. Le advertí a gritos del peligro y Tania se hizo a un lado. Por un momento temí que el coche rematara al animal ahí, enfrente de nosotros, pero alcanzó a esquivarlo y pasó entre nosotros zumbando el claxon.

Era una hembra. Una pointer café que tenía las tetas hinchadas y que nos miraba con sus enormes ojos grises. Sus aullidos retumbaban en el túnel. El golpe le había dislocado la cadera, y aunque intentaba usar las patas delanteras para moverse, la parte trasera de su cuerpo parecía un tren volcado. Tania se cubrió la nariz y la boca con las manos. Tenemos que ayudarla, suplicó. Me acerqué al animal, arrastrando los pies. La perra gruñó, mostrándome los colmillos, sin dejar de mirarme. En sus ojos había furia, pero sobre todo había dolor, miedo. Ya, dije extendiendo la mano para tocarla, no te vamos a lastimar, pero la perra me respondió con una dentellada caliente que apenas pude esquivar.

Del punto ciego del túnel, iluminado por unas farolas con luz naranja que pendían del techo húmedo, aparecían coches a toda velocidad. Sus luces blancas nos cegaban y parecía que nos iban a embestir, pero luego frenaban, cambiaban de carril y, en algunas ocasiones, nos mentaban la madre con el claxon.

¿Qué vamos a hacer?, dijo Tania. Levanté los hombros. Está muy lastimada, respondí, y ella me suplicó que hiciéramos algo, por favor. ¿Qué? Dime. Pues no sé. Algo.

Entonces se acercó a la perra, muy despacio, extendió la mano y la perra levantó la cabeza y siguió los movimientos de Tania. Tranquila, susurró como una encantadora de serpientes o domadora de leones. No te voy a hacer nada. La perra lanzó un aullido de dolor que retumbó en el túnel. No tengas miedo, dijo Tania mientras volvía a acercarse. Ya, ya, te vamos a ayudar. La perra seguía tensa, mirando su mano, pero aceptó que le tocara la cabeza. Eso, dijo. Te vamos a sacar de aquí. En sus ojos vi consuelo mientras Tania la acariciaba, cierta calma, la confianza en que sería salvada, y yo ya estaba pensando cómo conseguiríamos subirla al coche y acomodarla en el asiento trasero, a dónde la llevaríamos, quién conseguiría salvarla, cuando el motor de un camión bufó desde la boca del túnel, la perra se asustó y lanzó un mordisco sobre la mano de mi esposa.

Era un camión de mudanzas que no tenía por qué circular por ahí. Un letrerote lo decía clarito al inicio del túnel: NO BICIS, NO MOTOS, NO CAMIONES. Pero si en México puedes destripar a tu vecino y regarlo por la ciudad en bolsas negras, puedes secuestrar autobuses llenos de migrantes,

desechar los residuos de tu fábrica en el río, esclavizar indígenas para que cosechen tomate, comprar elecciones con monederos electrónicos, ¿qué puede pasarte por meter un camión de mudanzas a un túnel mal hecho? El chofer imbécil todavía nos sonrió al pasar y hasta agitó su manita para saludarnos.

Estoy bien, dijo Tania. Yo había pegado un grito más escandaloso que los gruñidos de la perra, pero era una herida superficial: dos rasguños en el dorso de la mano. Yo sabía que Tania se impresionaba fácilmente con la sangre desde que se cayó de una patineta cuando era niña y se abrió la cabeza, pero ella insistía en la perra, la perra, había que salvarla. No se puede, dije. Está muy lastimada. Y ella: La perra, hay que salvarla. Y yo: Es muy peligroso, nos tenemos que ir. Estábamos solos, en la salida de una curva ciega, a media noche, ante un animal dispuesto a morir peleando. ¿Quiénes éramos nosotros? ¿Qué podíamos hacer? Pero Tania nunca se daba por vencida, creía que siempre se podía hacer más, siempre algo más. Nunca me perdonó que yo quisiera protegerla y yo no me perdono no haber podido hacerlo, aunque esa noche conseguí imponerme y llevarla de regreso al coche. Luego tuve que soportar su desprecio durante tres o cuatro días: yo era un cobarde, un insensible, un pusilánime. No podemos dejarla, me suplicó por última vez en el coche, después de que yo tomara el volante. Mírate la mano, Tania, ¿qué quieres hacer? Y entonces ella vio la sangre, dos hilos que le escurrían por el antebrazo y que en algunas partes ya se estaban secando, y vio la mancha roja casi negra en los dedos y en la muñeca, en su falda de flores. Sacó un Kleenex de la guantera, que al entrar en contacto con la sangre se quebró en oscuras lombrices alargadas. Vámonos, dijo, mientras se ponía el cinturón, sin voltear a verme. Luego recargó la cabeza contra el respaldo y empezó a llorar. Quise tocarla, pero esquivó mis caricias. Por el retrovisor pude ver a la perra haciéndose más pequeña mientras nos alejábamos, hasta que nuestro coche salió a la superficie y el túnel se convirtió tan sólo en una boca iluminada en medio de la noche.

Tal vez Tania tenía razón. Tal vez pudimos haber avisado a una patrulla, o hablar al 066, o poner señales de advertencia en la entrada del túnel para que los otros conductores nos dieran tiempo. Cuando recuerdo sus aullidos de dolor, pienso incluso que pudimos haberla rematado con nuestro Chevy. Le habríamos hecho un favor: la violenta compasión. Quién sabe cuánto tiempo estuvo así, cuántas horas tuvieron que pasar antes de que le dieran el golpe definitivo. Todavía pienso en ella, como si aún estuviera esperando nuestra respuesta. La imagino escupiendo sangre o arrastrando su cuerpo, escucho sus aullidos magnificados por el túnel, y siento que aún estamos ahí, que en realidad no nos movimos, que todo lo que nos pasó después es una ilusión, que nunca existió el coche en el que supuestamente nos fuimos al hospital a que curaran la mano de Tania y que ella y yo seguimos intentando salvar a una perra que de antemano estaba condenada.

EL RASTRO DE LOS CUERPOS

Para Alicia Calderón Torres
Para las periodistas de a pie
Para todas las madres buscadoras

¡Ay de mí, desdichada, que no pertenezco a los mortales ni soy una más entre los difuntos, que ni estoy con los vivos ni con los muertos!

Antígona, SÓFOCLES

Quiero que toda muerte tenga funeral
y después,
después,
después
olvido.

Antígona, JOSÉ WATANABE

Son de los mismos. Nos van a matar a todos, Antígona. Son de los mismos. Aquí no hay ley. Son de los mismos. Aquí no hay país. Son de los mismos. No hagas nada. Son de los mismos. Piensa en tus sobrinos. Son de los mismos. Quédate quieta, Antígona. Son de los mismos. Quédate quieta. No grites. No pienses. No busques. Son de los mismos. Quédate quieta, Antígona. No persigas lo imposible.

Antígona González, SARA URIBE

Hace cinco años y medio mataron a uno de mis sobrinos en la carretera... Lo que las autoridades dijeron fue que quisieron robarle la camioneta y que el muchacho se resistió... Quién sabe. A estas alturas, ya no le creo a nadie... El hecho es que le dieron dos balazos en la cabeza, lo aventaron a la orilla de la carretera y a las horas apareció la camioneta desvencijada no muy lejos de ahí... En mi familia siempre hemos vivido en el camino, porque desde hace tres generaciones nos dedicamos al comercio de feria. Hemos viajado por todo el país, así es que nos ha pasado de todo: volcaduras, bloqueos, nevadas, inundaciones, retenes... A mi exmarido una vez lo bajaron de la camioneta a punta de pistola y nos dejaron sin nada, porque todo nuestro patrimonio estaba invertido en la mercancía y porque esa troca era nuestra herramienta de trabajo... Mis hijos estaban pequeños; fueron años duros... Pero nada se compara con esto... La noche del velorio de mi sobrino, frente al ataúd, las mujeres de la familia hicimos que los hombres prometieran que jamás volverían a viajar solos y que jamás se resistirían a un robo. Y todos cumplieron, hasta que se relajaron y ya ve... Mi hijo Juan tuvo una apendicitis antes de la Feria de Montemayor, terminó hospitalizado, y como ya habían pagado el permiso de venta desde hacía mucho tiempo y costaba mucho dinero, Ramón tuvo que viajar solo... El 20 de enero de 2010, le envió un SMS a su esposa: Voy a andar por la sierra, donde no siempre hay cobertura, pero no te apures. En cuanto pueda me comunico. Ok, dijimos. Pero en tres días no tuvimos noticias tuyas, ni al día siguiente, ni después. ¿Qué estará pasando, Chely?, le decía yo a mi nuera. Así se llama, Chely. Porque le hablábamos y nada, le dejábamos mensajes y no respondía. Y en ese momento yo empecé a sospechar que algo muy grave le había pasado a mi hijo, porque él nunca dejaba de comunicarse...

A Magdalena se le corta la voz y los ojos se le llenan de lágrimas. Aprieta las cejas y los labios, como si quisiera contener la tormenta, pero su cuerpo termina por doblarse hacia adelante. Durante quince segundos, lo único que se ve en la pantalla es un muro blanco, el respaldo de la silla y en primerísimo plano, los rizos despeinados de su nuca. Hay un silencio como de asfixia, que luego se rompe en sollozos. La cabeza tiembla y se oyen lamentos, lagrimeos, sorbidos de mocos. Magdalena se vuelve a erguir y su cara queda expuesta ante la cámara: los ojos hinchados, la nariz y las mejillas enrojecidas y la respiración violentada. Magdalena bufa. Y luego se vuelve a doblar, como si le hubieran dado un golpe en la panza.

Corte.

Sentada en la misma silla, frente al mismo muro blanco, Magdalena parece un poco más recuperada. La luz de una ventana le ilumina el rostro. Se limpia la nariz con un clínex arrugado y mira hacia un lado de la cámara.

¿Ya?, pregunta.

La voz de Tania se oye fuera de cuadro: Cuando quieras.

Yo no quería que fueran, pero cinco días después de que dejáramos de tener noticias de Ramón, dos de mis otros hijos, Juan y Pedro, fueron a buscarlo a Puerto Fonseca, relata

Magdalena, mientras manosea el pañuelo. El 2 de octubre de 2010, Juan me llamó desde Puerto Fonseca y me dijo que habían encontrado una pista. La dueña de un bar había reconocido a Ramón cuando mis hijos le enseñaron fotos y confirmó que había estado ahí una noche, pero después ya no supo a dónde se había ido, y se ofreció a presentarles a unas personas que supuestamente podían ayudarlos. Tengan cuidado, mijo, le dije. Doña Magda vuelve a llorar, se limpia los ojos con el Kleenex. Juan me dijo que no me preocupara, que todo estaba tranquilo.

Doña Magda hace una pausa y luego sonrío con tristeza ante la cámara: Ahora sé que no era verdad, que me ocultó muchas cosas que ahora sé, quizá porque no quería preocuparme, o quizá porque no tuvo tiempo. Así era Juan, desde chiquito... Para empezar, el supuesto bar era en realidad una casa de citas y la dueña, que se llama doña Marina, era en realidad la matrona... Tampoco me dijo que una muchachita que trabajaba ahí y a la que le decían Rubí también desapareció el mismo día que Ramón, y que los oficiales del Ejército solían ir a ese lugar, el Vulalá, y que unos días antes de que llegara Ramón hubo un enfrentamiento en el que murió un capo local y que eso provocó no sé cuántos muertos y otras siete personas desaparecidas... Nueve personas desaparecidas en 48 horas y ¿sabes a cuántas han encontrado?

Magdalena menea la cabeza, en silencio. Voltea hacia el lado derecho del cuadro, en donde probablemente había una ventana. La mirada se le pierde...

¿Le dijeron algo más?, se oye la voz de Tania. Magda niega con la cabeza. Luego se agacha y mira el pañuelo arrugado entre sus manos.

¿Habló con Pedro?

Magdalena vuelve a negar con la cabeza, aprieta los labios. No, no hablé con él. Le pregunté a Juan si estaban bien, y me dijo que sí, que no me preocupara...

Su discurso se corta otra vez por el llanto. La mano de Tania aparece a cuadro extendiéndole una caja de pañuelos.

Gracias, dice Magdalena. Se limpia las lágrimas. Esa vieja debe saber qué les pasó a mis hijos. Ella los entregó, porque ésa fue la última vez que supe de ellos...

Esta historia me recuerda a lo que le pasó a mi papá cuando yo era niño. Un obrero de la tenería descendió a limpiar una tubería subterránea de la planta de tratamiento de aguas y no volvió a salir.

Al ver que su compañero no respondía cuando le hablaban, otro obrero descendió al subterráneo, pero tampoco volvió a salir.

Bajó un tercero y tampoco salió.

Y un cuarto.

Puede dar risa si lo cuentas así, ¿no? Es demasiado idiota.

Mi papá estaba muy afectado. Fue al entierro de sus trabajadores y al principio las familias lo vieron bien, pero luego intervino el sindicato y hubo muchos problemas y terminó pagando una lana. Aunque el dinero qué.

Los peritos determinaron que el obrero seguramente picó una costra de residuos químicos mientras limpiaba la tubería y que esto liberó ácido sulfhídrico, un gas súper tóxico.

Pero es que los accidentes idiotas suceden así, porque nunca imaginas lo peor. Y luego actúas

como autómeta, repitiendo la costumbre, aunque tengas toda la evidencia de que no sirve de nada, hasta que te das cuenta de que es inútil y pareces tan pendejo que hasta dan ganas de reírte. Y te tragas la vergüenza, te reclamas por no haber visto lo evidente y te preguntas cómo es que los demás tampoco lo vieron.

Y eso fue lo que hicieron los otros hijos de doña Magda, porque ella, enloquecida con la idea de que no sólo había perdido a un hijo, sino a los otros dos que habían ido a buscar a su hermano, ya quería meterse al Vulalá a buscar a la mujer que había visto por última vez a sus hijos.

¿Qué más me podía pasar?, dice en la entrevista. Yo estaba desesperada, no entendía, no podía creer que me estuviera sucediendo esto... La voz se le hace agua. Doña Magda aprieta la boca, toma aire y se repone: Afortunadamente, mis otros hijos no me dejaron ir a Puerto Fonseca, porque quizá también estaría muerta o desaparecida. Aunque quizá sería mejor, dice, y en su rostro se esboza una sonrisa irónica, pero sobre todo, muy triste.

Nos enamoramos en el orden caótico de una redacción, entre telefonazos, juntas de edición, albures a voz en cuello, el sonido de los teclados, ajustes a última hora. Tania era la periodista más joven de un equipo de investigaciones especiales que terminaría por desaparecer, como ha desaparecido todo lo que distinguía a los buenos periódicos.

Me sonrió cuando me senté en el escritorio contiguo al suyo, que el editor me había asignado porque la reportera que lo usaba tenía hijos pequeños y enviaba sus notas por correo electrónico. Tania llevaba un broche azul que le recogía el cabello en la sien izquierda y transcribía una entrevista, lo recuerdo perfecto, sus manos automatizadas, la mirada fija en el monitor y un auricular en la oreja conectado a una grabadora digital. (Era la primera vez que yo veía un aparato así.)

Aún me cuesta entender qué fue lo que ella vio en mí, por qué le gusté. ¿Quién era yo? ¿Qué podía ofrecerle? Yo era un simple becario en la sección local al que le habían asignado una crónica sobre los embotellamientos causados por una obra vial, y que necesitaba cinco tés de tila antes de atreverse a preguntar a tres automovilistas y a dos comerciantes qué pensaban de las obras. ¿Qué iban a decirme? ¿Que estaban encantados de cocinarse durante veinte minutos bajo el sol sin poder avanzar más de treinta metros, que les fascinaba perder clientes, caminar entre escombros y respirar el polvillo de arcilla que lo cubría todo?

Lo cierto es que nos enamoramos. En el avispero de una redacción como las que ya no existen. Poco a poco, conversando de escritorio a escritorio, separados por un murete de tablarroca a media altura sobre el que recargábamos los antebrazos. Ella me hablaba de las investigaciones en curso: amaños en la compra de patrullas y equipamiento de la policía, fraudes telefónicos desde las cárceles, sobornos entre promotores y directivos de clubes de fútbol. Yo le contaba sobre mis asignaciones, que eran cosas pequeñas, las que nadie quería —denuncias vecinales, inundaciones, campeonatos escolares de matemáticas—, y ella me decía que no me desanimara, que la calle era la mejor escuela para un reportero; me pasaba datos, documentos, contactos; me enseñó a *vender* mis notas a los editores para que les dieran mejor espacio.

Hablábamos de todo, sin parar. Y pronto descubrí que le gustaba el mismo tipo de música que a mí, las mismas pelis, que nos reíamos de lo mismo y que pertenecíamos a esa generación que forraba sus cuadernos con fotos del subcomandante y que creía que el cambio estaba en marcha, porque habíamos echado al Partido después de setenta años, había una Comisión para la Verdad y un expresidente genocida iba a ser juzgado, teníamos vibrantes movimientos sociales que luchaban por elecciones limpias, derechos humanos, transparencia, libertad de prensa y todas esas mamadas que pronto se vendrían abajo. Y así, en lugar de entregar nuestras notas y largarnos a casa, nos pasábamos la tarde platicando charlando y alargábamos nuestra jornada laboral hasta la noche, para histeria de nuestros editores.

Hay cosas que suceden sin que te des cuenta. Y así, una noche, después de ir a un concierto con unos amigos, descubrí que lo mejor de mis días era estar con ella, ir a los tacos de barbacoa o a la tiendita a comprar lonches, o chatear como pubertos en la redacción hasta que nos ganaba la

risa tonta, porque nuestras computadoras estaban tan próximas que podíamos tocarnos. Cuando llegaba a casa, en la noche, lo único que deseaba era volver a la redacción para reencontrarme con ella.

En teoría estaba prohibido beber en la redacción, pero los viernes, cuando cerrábamos la edición, en la sección se organizaba una coperacha para comprar cervezas y alguna botella de tequila o de whisky, que introducíamos de manera discreta al periódico, mas nunca de forma clandestina. Convertíamos los botes de basura en hieleras y la mesa del editor, en barra, con un bufet de aceitunas, papas fritas, galletas con paté, cacahuates...

Ni los de Internacional, ni los de Cultura ni los de Deportes ni nadie se atrevía a hacerlo. Sólo nosotros, porque éramos los de la Local y nos sentíamos la gran verga. Los politizados, los colmilludos, los que supuestamente hacían temblar al gobernador.

Yo era un pendejo, pero me sentía soñado porque acababa de ganar mi primera portada con un reportaje sobre unas familias miserables que vivían en la periferia de la ciudad junto a los canales de aguas negras. Pendejadas impresionistas sobre los niños pobres que juegan a la orilla del agua fétida con trozos de cartón, que acaso arrancaron alguna lagrimilla a algún lector sensible pero que me hacían sentir muy importante, muy indignado y muy justiciero. ¿De qué sirvió que yo describiera su miseria, el olor a mierda en sus cocinas, las marcas negras que el agua dejaba en las paredes cada vez que llovía y se desbordaba el caudal? ¿Qué cambió? ¿Les ayudó en algo? ¿Acaso se interesó alguien por su suerte?

Si acaso sirvió para mi egoísta satisfacción. Y para impresionar a Tania, tal vez. Lo más probable es que esos niños hoy estén muertos. Reventaron de cáncer o de insuficiencia renal por respirar esa agua podrida. O migraron al Norte y murieron deshidratados en el desierto o bajo las balas de algún *cowboy* racista. O fueron reclutados por alguno de los ejércitos clandestinos que se desangran por el control del territorio.

Esa noche, cuando en la redacción sólo quedábamos los enfiestados de la sección local, el jefe de producción nos llevó a ver las rotativas. Las máquinas ya estaban listas. Sólo faltaban las placas de la primera plana, que llevaba la fotonota de algún concierto o partido de futbol que había sucedido demasiado tarde. El jefe de cierre palomeó la portada, se mandaron hacer los negativos, uno para cada tinta, y luego los llevaron al área de máquinas, los fijaron en los enormes rodillos y la rotativa empezó a girar y a escupir las primeras páginas. El jefe de producción revisó estas primeras pruebas, mientras nos explicaba cosas sobre las tintas y el papel y los puntos de impresión, y luego las máquinas se aceleraron de verdad y escupieron periódicos como panes recién horneados, y a mí me entró una felicidad de borrachín, porque no tenía ni un año de haber terminado la universidad y sentí que formaba parte de algo trascendente. Qué importaba que la gente hubiera comenzado a dejar de leer periódicos o que a nadie le interesen las historias sobre miserables que viven junto a las aguas negras. Yo había encontrado mi lugar, mi misión: era parte de esa empresa titánica que hacía algo fundamental para el país, para el mundo. Contábamos lo que pasaba, lo que el poder no quería que se supiera, guardábamos la memoria y magnificábamos el deseo de cambio que bullía por todos lados. Porque sí, el país estaba cambiando y nosotros creíamos ser fundamentales.

Esa noche seguimos la fiesta en el bar Rubén, un tugurio frecuentado por transportistas del mercado de Abastos (y por periodistas trasnochados). Seguimos bebiendo. No recuerdo cuánto ni qué. Sólo sé que en la rocola sonaba salsa y que Tania y yo comenzamos a bailar como si tuviéramos años de práctica. Ella entendía lo que yo iba a hacer y yo parecía saber lo que ella haría. Tocaba sus manos, su cadera al girar. La abrazaba muy cerca y luego la dejaba girar, y sentía su calor, su aliento en mi cuello y oreja, y luego la soltaba y de inmediato sentía la necesidad de atraerla otra vez.

Nos echaron a la calle a las tres o cuatro de la madrugada. Tania se puso necia: que no estaba tan borracha, que sí podía, no hay problema. Afortunadamente, conseguí convencerla de que dejara su coche y de que yo la acompañara en un taxi a su casa y luego siguiera a la mía.

En el asiento trasero, ella se recargó en mi hombro y cerró los ojos. Por un momento pensé que se iba a quedar dormida. Sonaba una canción horrible de Lionel Richie que ahora me hace llorar. Me puse a imitar la voz de Lionel Richie y Tania se rio, sin abrir los ojos.

Y luego los abrió y me miró como nadie lo había hecho y nadie ha vuelto a hacer.

Y ya no tuve ninguna duda sobre lo que iba a pasar.

A la mañana siguiente, después de recoger su coche afuera del bar Rubén, me pidió que la acompañara al Hospital General. Alguien le había dado el pitazo de que un ladrón de bancos — que supuestamente había sido torturado por un comandante de la policía judicial— estaba en la sala de detenidos del hospital esperando que lo operaran de una hernia. Tania ya había intentado ingresar al penal a entrevistarlo, pero las autoridades penitenciarias le negaron el permiso.

Le pregunté cuál era el plan. No sé, me dijo. Quiero ver si puedo colarme.

El torturador al que Tania investigaba era un comandante al que apodaban el Pinto y que aparecía en tres recomendaciones de Derechos Humanos, entre ellas la de una fiesta *rave* en la que los polis sometieron a quinientos jóvenes, los obligaron a tirarse boca abajo con las manos en la cabeza y caminaron sobre ellos como si fueran el putito Dante pateando las cabezas de los condenados en los pozos del infierno.

Ese día fuimos a casa de una amiga de Tania, que nos prestó dos batas blancas y un estetoscopio, que ella se echó al cuello. Dejamos el coche en un estacionamiento cerrado y caminamos hacia la puerta. Tú camina con seguridad y no dejes de hacerme plática, me instruyó.

En la puerta había mucha gente. Familiares que hacían cola para sacar un pase de visita, que dormitaban en bancas o desayunaban tamales y atole en alguno de los puestos instalados en la banqueta. Nos abrimos paso y cruzamos la puerta sin que el guardia de seguridad dijera nada.

¿Ya ves?, se rio cuando estuvimos dentro, y entonces me dijo que no quería pasar frente a la oficina de Comunicación Social, porque podían reconocerla, así es que hicimos un rodeo por pasillos y pabellones hasta que llegamos al centro del edificio más antiguo, construido en el siglo XVIII por un fraile dominico. En el centro había un amplísimo vestíbulo con una imponente bóveda parecida a la de una catedral, decorada con murales que recreaban la historia de la ciencia médica, desde los curanderos indígenas hasta las máquinas de detección de cáncer. Ese vestíbulo comunicaba a seis salas que en realidad eran alargados pasillos a cuyos lados se agolpaban, cama tras cama, los enfermos que ningún otro hospital podía o quería recibir.

Seguí a Tania en medio del hormiguero de camillas, médicos, enfermeras y pacientes que arrastraban los pies y empujan un perchero del que colgaban sondas y sueros. Entramos al área de Medicina Legal, donde llegaban todos los acuchillados y los accidentados, los fracturados, los balaceados, los desgraciados que no tenían seguro. Había hombres postrados en camas como de la Segunda Guerra Mundial, con las piernas atravesadas por tornillos y sostenidas en precario reposo por poleas, cuerdas y botellas de suero improvisadas como pesas. Algunos familiares dormitaban en sillas de plástico, con la cabeza recargada sobre la cama, o acostados sobre cajas de cartón debajo de su enfermo. Olía a sangre, antibióticos y orina.

Adosada a aquella sala había otra más pequeña que era idéntica: un pasillo alargado con muros de cantera y techo abovedado. Excepto por un pequeño detalle: el acceso estaba protegido por barrotes de fierro macizo y custodiado por tres gorilones con uniforme gris.

Espérame aquí, dijo Tania, sin darme tiempo de preguntarle nada; simplemente se dirigió a la puerta con naturalidad, dijo algo que no alcancé a escuchar, uno de los guardias le abrió la reja y desapareció de mi vista.

Para no quedar en mitad del pasillo, me hice a un lado, y un viejo que tenía una herida purulenta que le surcaba todo el brazo, desde la mano hasta el codo, me dijo: Doctor, ¿a qué hora van a curarme? No sé, voy a hablar con la enfermera, respondí y luego me escabullí hacia el fondo de la sala, donde encontré un rincón más tranquilo junto a la cama de un muchacho muy flaco que sólo llevaba un pañal puesto. Tenía una cicatriz que le atravesaba la cabeza, una sonda blanca que le serpenteaba en la nariz y estaba atado de pies y manos a la cama con vendas amarillentas.

Yo sentí que en cualquier momento iban a descubrirme. O peor: que alguien, creyendo que era médico, me pediría que le sacara un desarmador de las tripas a algún desgraciado.

No contaba con que en ese lugar ya nadie ve nada. ¿Quién iba a darse cuenta de que yo sobraba, si el viejo ése llevaba días suplicando que alguien le curara la mano y nadie le hacía caso? Podría seguir así por meses, hasta que se le gangrenara y terminara por caérsele. Y aquel joven faquir amarrado a la cama al que se le subían las moscas y que me miraba suplicante mientras gemía como animal herido, podría incluso morir ahí, empezar a pudrirse y excretar larvas por los ojos y nadie se daría cuenta.

Eso es lo que entendió Tania, lo que nadie más parecía entender: que en un lugar en el que nadie está acostumbrado a ver, sólo tienes que parecer convincente. Como el cuentito de Kafka sobre el guardia y el mendigo: para pasar por la puerta de la ley sólo tienes que entrar.

Tiempo después la vi salir por la misma puerta enrejada por la que había entrado, aparentando normalidad. Me guiñó un ojo, sonriendo, y empezó a caminar hacia la salida. La seguí hasta que pude alcanzarla. ¿Todo bien? Ella asintió, sonriendo, y siguió caminando sin perder la calma. Yo lo quería saber todo: qué había dicho a los guardias, cómo encontró al preso, si consiguió que le contara algo relevante. Pero ella seguía caminando hacia la salida. A cada paso se me agigantaba y cada vez me parecía más astuta, más audaz, más poderosa. Hasta que finalmente, cuando llegamos al vestíbulo de los murales, sacó la diminuta grabadora del bolsillo de la bata y la agitó ante mis ojos, festiva.

Nos dio el subidón, la adrenalina, las risas. Nos dimos un gran beso. Y en el patio de las ambulancias la cargué como novia en noche de bodas. Ella se rio y se colgó de mi cuello. Gracias por acompañarme, dijo. Yo siempre te acompañaré, respondí, y tuve que devolverla al piso porque pesaba demasiado. Salimos del hospital tomados de la mano y en la calle nos dimos más

besos. Y luego, en la penumbra del estacionamiento, Tania me llevó a un rincón, entre dos coches, se puso de rodillas y me hizo una mamada temeraria que aún hoy me deja descolocado.

Tenía a una mujer poderosa y valiente de rodillas, chupándomela. Yo no sabía exactamente por qué, pero así era: me había escogido a mí. Era verdad. Me miraba a los ojos y me daba placer en un estacionamiento público, después de burlar a la policía del estado.

Para no variar, yo me puse paranoico y quise detenerla: Espérate, nos van a cachar. Y ella, sin dejar de meneármela, me dijo sonriendo: Vamos Tomás, ¿qué nos puede pasar?

Era verdad, Tania. ¿Qué nos podía pasar?

¿Cuánto creen que tardó la autoridad en iniciar la investigación sobre la desaparición de los hermanos Martínez Chávez, si es que puede llamarse investigación a una serie de interrogatorios que a nadie le constan pero que engordan un expediente judicial que no ha servido de nada? Trajeron a la doña de arriba a abajo durante cuatro meses antes de que alguien se apersonara en el lugar. ¡Cuatro meses! En lugar de investigar, se la mareaban en la procuraduría de Galeana, en la de Quiroga y en la Federal, en presidencias municipales, cuarteles de policía y agencias ministeriales. Que a qué se dedicaban sus hijos. Que quiénes eran sus clientes. Esto está muy lejos de su tierra, señora, ¿qué hacían hasta acá? ¿Alguna vez notó alguna actitud sospechosa en sus hijos? ¿Alguna llamada fuera de horario, alguna amistad o socio que a usted no le gustara? ¿Tenían alguna relación con la organización conocida como La Raza? ¿Con los Caballeros Negros? ¿Es posible que ellos le ocultaran algo, que no le dijeran todo sobre los negocios en los que andaban?

Y todavía sacan sus anuncios pendejos en la tele: “Si eres víctima de un delito, denuncia. La seguridad es asunto de todos”. ¡La seguridad es asunto de ustedes, imbéciles, no de la gente agredida! Como cuando le robaron la cartera a Tania en un centro comercial y la policía básicamente la regañó y le dijo que era su culpa por llevar la bolsa colgada en la carriola. Si te dan un cristalazo, es tu culpa, por dejar tentaciones a la vista. Si te secuestran en la madrugada, es tu culpa, por estar por la ciudad a esas horas. Si te viola un pendejo, o te nalguea o te grita que estás bien buena, también es tu culpa, por estar guapa, por vestirse provocativamente, por beber de más, por fumar esas cosas, por andar sola. Y si te dan un balazo a la salida de un cajero automático por supuesto que también es tu culpa. Por sacar dinero. A esa hora. Por no fijarte. Por ponerte nervioso. Por resistirte. Siempre es tu culpa. Y si te desaparecen, también. Que a nadie le pasan estas cosas nomás porque sí. Algo hiciste. Andabas de revoltoso en marchas y mítines, andabas metiendo tu micrófono en donde nadie te llama, andabas cucando al diablo en ruedas de prensa, defendiendo tu tierra de los caciques, de las mineras o de los constructores de hoteles/aeropuertos/presas. ¿Creíste que podías rechazar el progreso, que podías decir que no? ¿Quién te has creído? ¿Que podías ir por ahí joteando sin provocar escándalo? ¿Que los hombres tolerarían el mal ejemplo, que no defenderían el derecho de sus hijos, que se quedarían con los brazos cruzados? ¿Creías que podías circular en tu bicicleta jipiosa en el mismo carril que el autobús sin que éste te aventara lámina? ¿Que podías grabar el coche del delegado estacionado sobre la rampa de discapacitados sin que sus guaruras estrellaran tu iPhone contra el piso? ¿Que podías tuitear que el presidente es un pendejo sin recibir desde una cuenta fantasma la foto de una bala que lleva escrita tu nombre?

Cuando la fiscalía llegó a Puerto Fonseca, el Vulalá ya había cerrado, nadie recordaba exactamente qué día ni por qué. El velador de la finca, que aparece en el expediente del caso como Manuel Constantino, alias el Sacristán, declaró que la encargada del local, conocida como doña Marina, alias la Güera, lo llamó una mañana para decirle que se iban de vacaciones y que

regresarían en una semana, pero que desde entonces no sabía nada de ella.

El velador dijo que nunca había visto ni escuchado hablar de los hijos de Magda y que tampoco conocía a ninguna muchacha que se llamara Rubí y que hubiera trabajado en el congal, que él se limitaba a hacer su chamba. Dijo que en las semanas previas a las desapariciones no había pasado nada inusual dentro del establecimiento, sólo peleas de borrachos y balaceras, pero aseguró que éstas sucedían afuera del local y por motivos ajenos a ellos. Es curioso que el ministerio público no haya preguntado por qué había balaceras, entre quiénes, cada cuánto. Y cuando el velador dijo que en el congal siempre se había atendido sin preferencias ni distinción tanto al ejército como al otro bando, el ministerio público tampoco le pidió que precisara a quién se refería con “el otro bando”. Ya se sabe: lo obvio no se pregunta.

Otro hombre, consignado en el expediente como Testigo Uno, declaró que había dejado de ir al Vulalá porque siempre estaba lleno de militares. El Testigo Uno aclaró que no tenía nada en contra de las Fuerzas Armadas, pero que estos individuos en particular se comportaban de forma soez con las muchachas, que las toqueteaban y que incluso presencié en una ocasión cómo un oficial jalaba de las greñas a una de las chicas y la obligaba a caminar a gatas por el suelo.

Poco después de que los policías ministeriales recabaran estos testimonios en Puerto Fonseca, uno de los líderes del sindicato de maestros fue secuestrado. Al amanecer del tercer día, su cuerpo apareció en una de las bancas de la plaza central. Le habían cortado la lengua y quemado las yemas del dedo índice de cada mano. Y en su pecho llevaba una cartulina que decía: TESTIGO UNO.

Sobre la identidad de la dueña del bar, el expediente dice que se llamaba Marina, aunque también era conocida como la Güera, la Jarocho, Guadalupe o Lupe, que supuestamente era originaria de Tlacotalpan, Veracruz, y que durante los años setenta había ejercido el comercio sexual en Puerto Dorado, cuando éste se encontraba en su máximo esplendor, donde llegó a relacionarse con estrellas de cine, empresarios estadounidenses y políticos importantes. Curiosamente, el ministerio público tampoco hace más preguntas. Su silencio es tan elocuente como lo que un funcionario de la Procuraduría le dijo a Magda extraoficialmente, y que, por supuesto, nunca quedó asentado en los documentos: que la tal Lupe había hecho varios favores a políticos y militares durante la campaña del Ejército contra las guerrillas en los años setenta y que gracias a sus relaciones con un exgobernador había conseguido abrir su propia casa de putas cuando la edad se le vino encima.

Tania publicó el reportaje sobre tortura en el que se incluía el testimonio contra el Pinto y pronto compareció el procurador de justicia en rueda de prensa a decir que si la periodista tenía alguna prueba que sustentara sus acusaciones estaba obligada a presentar una denuncia formal ante las autoridades. Que cómo había conseguido esa información. Que cómo podíamos saber la verdad si todo estaba basado en testimonios de delincuentes. Y recordó que los criminales suelen denunciar torturas por consejo de sus abogados para conseguir beneficios procesales y que no debíamos olvidar que quién era esa gente. Si roban, trafican, secuestran, violan, matan, ¿por qué no habrían de inventar que fueron torturados? ¿Qué credibilidad podíamos darles? De cualquier modo, insistía, que no quepa ninguna duda, se harán todas las investigaciones pertinentes, hasta las últimas consecuencias, dada la gravedad de los hechos denunciados, caiga quien caiga, sin distinción de rango, cero impunidad, no toleraremos, nadie está por encima de la ley, los servidores públicos estamos para servir a la sociedad, no para servirnos de ella.

Horas después el mismo comandante Pinto apareció en un programa de radio para decir que se querellaría contra Tania por difamación, que no toleraría que se mancillara su nombre a partir del testimonio de criminales sentenciados. Ojo, que no era su opinión ni la de la fiscalía, sino hechos comprobados por los jueces, en algunos casos con sentencias ratificadas en segunda y tercera instancia. Que la gente decidiera a quién creer, si a él, con treinta años de servicio público intachable o a esta gente condenada por secuestro, tráfico de estupefacientes, portación de armas de grueso calibre, pertenencia a banda armada y otras linduras por el estilo. ¿Servicio público intachable? Ajá. Nadie le preguntó por las recomendaciones de derechos humanos, ni por el testimonio de jóvenes aficionados a la música electrónica que lo más grave que habían hecho había sido meterse una tacha en un *rave*, quizá, que fueron conducidos detrás de una patrulla, donde los amenazaron con violar a sus novias y los obligaron a ponerse de rodillas, les mostraron bolsas llenas de pastillas de colores y los presionaron para que confesaran quién era el *dealer*. Recibieron golpes con la mano abierta en el oído que los hacían perder el equilibrio y escuchar un zumbido agudo. Y según uno de los testimonios, el Pinto se acercó a él, le puso el cañón de la pistola en la sien, cortó cartucho, le dijo que era su última oportunidad para hablar, y cuando tartamudeó, disparó la pistola sin balas, clic, y se cagó de risa.

No, al Pinto nadie le preguntó por estos detalles de su servicio público intachable. Estaba ahí como un rey, para decir lo que quisiera, entre reporteros que hablaban como polis, escribían como polis, pensaban como polis y colaboraban con la facción criminal con la que estuvieran alineados los polis. Pero claro, los periodistas somos los garantes de la democracia, viva la libertad de expresión, #SOSPrensa, si tocan a uno nos tocan a todos.

Nunca llegamos a tener miedo, porque no estábamos programados para ello, ni siquiera considerábamos la posibilidad. No tenías que asomarte por la ventana antes de salir de casa para verificar que no hubiera alguien esperándote, ni cambiar constantemente tus rutinas de

desplazamiento, ni avisar dónde estabas, ni seguir todas esas recomendaciones de seguridad que sólo sirven para hacerte sentir más paranoico.

Lo cierto es que el escandalito duró dos o tres días en radios y en prensa. Y luego se desvaneció y Tania levantó los hombros y siguió con la siguiente causa, que aún le quedaba mucho mundo por redimir.

¿Ustedes creen que alguien investigó algo? Ni siquiera obligaron al Pinto a tomar un curso de capacitación en derechos humanos, que era la gravísima sanción que Derechos Humanos recomendaba para los servidores públicos que se pasaban de lanza. Un pinche cursito de capacitación en el que un abogado ñoño les hablaba con un *power point* de la Ilustración y de la diferencia entre los derechos humanos de primera, segunda y tercera generación.

No volvimos a saber nada del Pinto, nadie más habló de él. Hasta que unos meses después le metieron treinta y siete balazos de metralla cuando salía de un restaurante tailandés, sin que tuviera tiempo de sacar su arma y defenderse.

¿Quién fue? ¿Por qué?

No pregunten, nadie sabe.

La siguiente investigación de Tania tuvo mucha más repercusión: se trataba de un pacto secreto que habían hecho los congresistas de los tres partidos mayoritarios para repartirse veinte millones de pesos en “bonos de productividad”. Por medio de varios testimonios cruzados, había reconstruido una reunión en la que los tres líderes de la bancada habían acordado de dónde sacar el dinero, cómo repartirlo y cómo esconderlo en la contabilidad. El problema era que no había pruebas documentales y que sus fuentes no querían declarar de manera abierta. Es más, le habían advertido que si ella o cualquier otro periodista les preguntaba públicamente por el acuerdo secreto, lo negarían.

Los editores estaban preocupados por el uso de fuentes anónimas, pero sabían que el desfalco era real: un par de políticos encumbradísimos habían confirmado la historia en privado. En una redacción más ortodoxa la historia habría quedado sepultada para siempre “por falta de pruebas”, pero aquellos años aún eran buenos, el diario tenía cierta holgura económica para enfrentar un probable boicot comercial y el director editorial aprobó la publicación, con una única condición: Tania debía llamar a todos los acusados y pedirles una reacción pública a la historia.

Tania llamó a todos. Y todos lo negaron. Pero uno de ellos, un tipo que además de diputado era notario público, la amenazó: Si publicas eso, te voy a hundir. No tienes una sola prueba. Te voy a demandar por difamación.

La noche previa a la publicación, después de que Tania entregara su reportaje, que incluía la cita textual de las amenazas del notario, fuimos a cenar y luego a su casa. Cuando desperté en la madrugada, Tania no estaba en la cama. La encontré en la sala, sentada en el piso, a oscuras, con unos audífonos enormes enchufados al estéreo, escuchando un disco.

¿Qué pasa?

Se quitó los audífonos.

¿Estás nerviosa?

Tania sonrió, o más bien apretó la boca y abrió los ojos.

Todo va a estar bien, le dije. Luego me senté junto a ella, en el piso, y la abracé. Nos besamos. Tomé los audífonos para escuchar lo que ella estaba oyendo: un disco de rancheras que le gustaba a su padre. ¿No tienes algo más cachondo? Se rio. Luego se montó sobre mí y me puso un cogidón cargado de adrenalina, porque además de todas las emociones que nos atravesaban, se nos habían acabado los condones.

Al día siguiente, todo se desarrolló según el libreto de la farsa política: los diputados negaron las acusaciones, los informantes dijeron que no sabían nada, los dirigentes de los partidos declararon que era un tema muy delicado, que dónde estaban las pruebas, los expertos en ética periodística opinaron sobre las fuentes anónimas y el notario asistió a una tertulia radiofónica en la que dijo que Tania era una seudoperiodista y reiteró en público su amenaza de demandar al diario y a Tania por difamación.

Durante dos o tres días Tania durmió muy poco, comió mal, publicó un par de notas de seguimiento y también intentó escribir sobre otro asunto, pero vivía esperando el momento en que llegara la notificación judicial de la demanda. El periódico le había prometido que tendría a los mejores abogados, pero una cosa es que te sientas respaldada y otra que dejes de sudar frío antes del pleito. Lo que mejoró durante este tiempo, curiosamente, fue el sexo... Recuerdo su cara sudada sobre la mía, las gotas de sudor escurriendo por su frente y su nariz y cayendo sobre mi pecho, sus balbuceos místicos, su capacidad para entregarse al placer. Por los ojos nos entendíamos, antes de decir cualquier palabra. Nuestros gemidos retumbaban en las paredes y yo sentía que nos sabíamos todo, que no hacía falta entender, porque ella me conocía al mirarme y al mirarla yo sabía quién era ella.

Unos días después, no recuerdo cuánto tiempo había pasado desde la publicación del caso, llegó a la redacción un sobre amarillo, dirigido a Tania Vásquez. Al abrirlo, encontró los recibos de nómina, originales y con firma autógrafa, de todos los congresistas que habían cobrado el bono. No tenía remitente, ni pista alguna que permitiera suponer quién había enviado el paquete. Tania siempre había supuesto que el reparto de bonos era un pacto de palabra y que esos papeles no existían. Ahora resultaba evidente que alguien se había guardado algunas cartas. Aunque le desagradó sentirse usada, Tania no pudo dejar de sentir orgullo. Hizo algunas llamadas para verificar la autenticidad de los papeles y, dos días después, se imprimió en primera plana el recibo de nómina del notario que la había amenazado. En las páginas interiores, una nota de Tania en la que reconstruía el caso, un infográfico con la jeta de los boneros, sus frases entresacadas negando la investigación y la copia del recibo con su firma.

Ya no hubo necesidad de editorial, porque las pruebas estaban ahí, y las dimisiones vinieron en cascada. A los demócratas cristianos los expulsaron de su partido, a los socialistas también y a los oficialistas no les pasó nada, por supuesto, pero en ese momento no nos indignó, porque todavía estábamos emborrachados con esa mamarrachada de la transición, que, como todas las transiciones, no era más que un pacto de impunidad para que los caudillos locales siguieran haciendo lo que les saliera de los huevos. ¿Quién dimitiría hoy por un caso así? ¿Qué político

perdería su puesto, su prestigio o su futuro por una práctica que terminaron legalizando? En el país de los cien mil muertos, de los treinta y cinco mil desaparecidos, de las transferencias millonarias del erario a cuentas fantasmas en Bermudas, Andorra o Suiza, en el país de las fosas clandestinas y de los políticos de diseño, unos bonos ya no son nada.

Unos meses después, Tania ganó el Premio Estatal de Periodismo. Y los mismos que la habían insultado en tertulias de radio y televisión escupieron loas a la libertad de expresión, hablaron del cuarto poder y de la prensa independiente como baluarte de la democracia, elogiaron el compromiso ético de mi esposa, su combate a la corrupción política, y después chocaron sus copas, sonrieron y volvieron a dejarla sola en el coctel. Los mismos ojetes que terminarían por echarla, como hicieron con todos los periodistas buenos, en algunos casos de forma alevosa, con censura y despidos; en otros, de manera más difusa, estancando los salarios y las vías de ascenso profesional, hasta que los periodistas que habíamos sobrevivido a los recortes, a la crisis y a la censura terminamos yéndonos por voluntad propia a trabajar como propagandistas para gobiernos, empresas o universidades.

No recuerdo cuándo empezamos, pero Tania y yo nos hicimos aficionados al cine documental, que vivía en México una especie de *boom*. Veíamos pelis de Werner Herzog, Patricio Guzmán o Agnès Varda que yo conseguía en la videoteca de la universidad; asistíamos a muestras independientes en pequeñas salas de proyección y a foros con Juan Carlos Rulfo, Tatiana Hueso, Sarah Minter o Everardo González. Nos parecía que el cine *real* tenía la posibilidad de contar las historias que ya no cabían en los periódicos que, con la crisis económica y la erupción de internet, vivían tiempos muy bajos, especialmente si creías que tu trabajo consistía en hacer algo más que repetir como loro las idioteces que dicen los poderosos. Sentíamos que los documentalistas eran nuestros primos hermanos, porque también buscaban en el vasto territorio de lo real algunos *hechos* dignos de ser narrados, así es que también me emocioné cuando Karina Valtierra, productora de cine y una de las mejores amigas de Tania en la universidad, le propuso hacer un documental. Pero yo no sé nada de cine, dijo Tania. Y Karina replicó que ella tenía algo que ninguna escuela de cine podía enseñar, algo más importante que la técnica, y era el corazón para comprometerse con historias importantes. Así es que Tania, que siempre se había sentido insegura con el lenguaje audiovisual, terminó por convencerse cuando Karina prometió que ella se encargaba del dinero y de armar un equipo técnico que compensara las carencias de Tania.

Recuerdo la tarde que Karina se presentó en nuestra casa con un six de cervezas, una bolsa de papas y un pato de peluche para Patricio, que tenía cinco o seis semanas de nacido. Karina acababa de regresar de algún festival europeo, Rotterdam, Berlín, Málaga, qué se yo, donde había proyectado con cierto éxito una de esas películas mexicanas en las que siempre sale el mismo actor y en las que nunca falta una escena de sexo sórdido.

Debí haberles dicho que estaban locas, que no sabían en qué se estaban metiendo cuando regresé de comprar más chelas en el Oxxo y me anunciaron que iban a hacer ese documental. Sobraban temas interesantes, y no me refiero a banalidades de grupitos de rock o de diseñadoras indie como las que Tania escribía por encargo, sino temas a la altura de su heroísmo: campesinos que vivían en semiesclavitud en los campos agrícolas, migrantes centroamericanos que cruzaban

la ciudad escondidos en los trenes de carga, unas costureras que llevaban dos años plantadas en huelga en una banqueta para evitar que el patrón pudiera sacar las máquinas, que eran la garantía de sus salarios. Pero no, Tania no concebía su trabajo como un simple medio para ganarse la vida, sino como una actividad redentora, así es que esa tarde, sin saberlo, se selló el pacto que terminaría por meternos al corazón de la tormenta que de por sí nos había caído encima: las decapitaciones en YouTube, las guardias blancas, las masacres en las sierras y en las periferias urbanas, en las zonas de tránsito y de cultivo de droga, las sangrientas batallas por la plaza, los secuestros masivos o individuales, los cuerpos que nomás no aparecían, los pozoleros, las narcomantas, las fosas clandestinas.

Aún puedo ver a Tania, sonriente, como una de esas madonnas bañadas en luz renacentista mientras amamanta al niño. Propongo un brindis, dijo Karina. Por la nueva aventura, dije, como decimos los idiotas, los ciegos.

Nada más de acordarme pienso que en lugar de brindar debí haberles reventado la botella en la frente.

Cuando el poeta llevó a las víctimas ante el presidente, Magdalena Chávez contó su historia, entrecortadamente.

¿Sabe qué me dijo el procurador de Galeana cuando le pedí que revisaran el terreno del Vulalá para ver si ahí había cuerpos? El presidente calló, quizá porque no tenía respuestas, quizá porque esperaba que ella continuara su relato. Me dijo que en Puerto Fonseca no había ningunas poquianchis. Y luego soltó una carcajada. ¿Poquianchis, poquianchis? Yo ni siquiera entendía de qué me estaba hablando, él no tuvo la delicadeza de explicármelo, pero cuando me contaron a qué se refería me dio aún más rabia su desprecio. ¿Así trata a los ciudadanos que piden justicia, comparando un caso vigente con un escándalo de nota roja de hace cincuenta años? Luego dijo que yo no sabía en qué cosas andaban mis hijos, insinuó que eran parte de los Caballeros Negros, de La Raza o de quién sabe qué grupo sólo porque somos de Quiroga. Que seguramente eran espías o que llevaban cosas ilegales entre las mercancías que vendían. ¿Tiene alguna prueba?, le dije. ¿Y sabe qué me respondió? Que las madres no queremos ver la evidencia cuando nuestros hijos andan en malos pasos. ¿A poco usted sabía que sus hijos frecuentaban prostíbulos?, me dijo. No, le dije. Pues así hay otras cosas sobre ellos que tampoco sabe, me dijo. Pues sí, tal vez, señor procurador, pero ¿qué tiene que ver eso con que usted no haya hecho nada por encontrarlos? Y si mis hijos cometieron un delito, métalos a la cárcel. Yo no estoy cerrada a la evidencia. El problema es que ustedes no han investigado nada, le dije. ¿Sabe qué terminó diciéndome, señor presidente? ¿Sabe qué terminó diciéndome el procurador del estado de Galeana, y lo digo aquí, frente a usted y frente a toda la prensa? Que esa zona estaba muy caliente y que ellos no se metían en broncas...

El presidente tuvo que tragarse los mocos frente a ella. Mis condolencias, señora. Mis respetos por su lucha, por su entereza, señora. En lo que la podamos ayudar...

Pero se vio humillado, disminuido. Así es que aprendió de los chacales que lo asesoraban y se volvió cínico, agresivo. Tan pronto las madres comenzaron a interrumpirlo en sus eventos públicos, instalaron filtros de seguridad para evitar que cualquiera pudiera entrar con una manta o una foto, y si alguien consigue colarse e interrumpirlo, le envían cinco o seis gorilones para sacarlo a la fuerza, mientras el presidente les recuerda que hay cauces institucionales para expresar sus legítimas demandas, que con gritos y consignas no se arreglan las cosas, y refrenda su compromiso con las víctimas, contra la delincuencia y blablablá. Inmediatamente después tendrá a su séquito de focas aplaudiéndole desde las tribunas de los periódicos y la televisión. Que sí, que las doñas pueden tener razón, pero que no son las formas. Hay maneras de pedir. ¿Por qué no les reclaman a los delincuentes en lugar de al presidente?

Lo único extraordinario que le pasó a Magdalena Chávez después del encuentro con el presidente no vino del gobierno, sino de una llamada que recibió en su celular.

La escuché con el poeta y quiero ayudarla, le dijo una voz anónima. A sus hijos los desapareció el Ejército. Desde hace muchos años, el Ejército controla todo lo que pasa en esta sierra, incluyendo la siembra de mariguana y amapola. Sus hijos estaban limpios, señora. Sólo

estaban en el lugar incorrecto en el momento incorrecto. Cayeron en la boca del lobo sin darse cuenta.

¿Y dónde están?, preguntó Magdalena. ¿A dónde se los llevaron?

Lo siento mucho, señora, pero deben estar muertos... Esta gente es muy cruel, muy maldosa.

La voz le dijo que Ramón había llegado al pueblo el mismo día que dos mulas intentaron robarse unos paquetes para vendérselos a la familia, así es que pensaron que por tener placas de Quiroga, él era el comprador de la mercancía. Fue una casualidad muy desafortunada, dijo la voz.

¿Y mis otros hijos?, preguntó Magda.

Ya debe saberlo, señora: a ellos los entregó doña Marina. Además de matrona, esa señora es bruja, y sé que ha hecho algunos trabajos para los generales. Ella los puso y por eso se peló.

¿Cómo sabe usted esto? ¿Quién es usted?

No se lo puedo decir, señora. Mi consejo: no pierda el tiempo con las Procuradurías. No van a hacer nada porque no se pueden meter con el Ejército. Los únicos que la pueden ayudar son los marinos, señora. Todos los demás están podridos.

Y luego colgó.

Magda, que para entonces ya tenía apoyo psicológico y jurídico, comenzó a llorar más y más, y tuvieron que inyectarla para que pudiera calmarse. Aunque el teléfono no podía identificar el origen de la llamada (número privado, decía), entregaron el aparato a la Procuraduría para ver si se podía rastrear algo.

Por supuesto que no sirvió de nada, dice Magdalena. Grandes lagrimones le escurren por los cachetes y tiene los ojos hinchados. Su faz es la pura cara del desconsuelo. Yo siento un dolor aquí que no se me quita...

Se toca el centro del pecho. Se dobla hacia delante. La cámara enfoca su pelo ensortijado, sus manos temblorosas aplastando el pañuelo de papel, con el que se limpia los párpados hinchados y los mocos.

En algún momento, me parece escuchar que Tania también llora, detrás de la cámara, y luego se ve cómo entra a cuadro, de espaldas, y la abraza antes de que la imagen se corte.

Viajamos a una isla en medio de una laguna a la que sólo se podía llegar en lancha, donde había un microproyecto turístico de una comunidad de pescadores. Había un huerto agroecológico, las casas de tres o cuatro familias, sus perros y sus gallinas, y tres cabañas de madera con vistas al lago que eran como de película de la época de oro del cine mexicano: pescadores en sus barcas echando las redes, montañas áridas, nubes de algodón deslizándose en el cielo y en el reflejo del agua.

Nos echamos a leer y a escuchar discos brasileños en un discman y unas bocinitas portátiles; comimos pescado blanco, frijoles y calabaza, tortillas hechas a mano; hacíamos el amor bajo las cobijas, nos quedábamos dormidos y luego volvíamos a hacerlo. Hasta que vimos desembarcar a un grupo de reguetoneros en la lancha de la tarde con sus hieleras, sus risas de hiena y una bocinota del tamaño de un refrigerador, y nuestra isla paradisíaca se nos convirtió en un infierno rodeado de agua.

Fuimos a ver unas ruinas mayas en medio de la selva y sudé tanto que me rocé las ingles y terminé caminando como cowboy. Nos metimos a tomar una cerveza a un bar de turistas en el que un supuesto lacandón nos habló en perfecto inglés y cuando supo que no éramos extranjeros nos pidió dinero con el cuento de que tenía hijita enferma que se había quedado sin leche. Era evidente que nos estaba timando, pero Tania no soportaba la posibilidad de que fuera verdad y, ante la duda, le dio dinero. Y al salir a la calle unos niños nos pidieron dólares. Esculcamos en nuestros bolsos, pero nos habíamos quedado sin cambio, y entonces empezaron a gritarnos *fuck you, pinches gringos* mientras caminábamos de regreso al hotel. Tania terminó llorando.

Fuimos a acampar a esa playa desierta cuya arena sonaba como un lamento cuando la pisabas y en la que años después violarían a tres turistas españolas que compraron coca a la persona equivocada. Pero entonces aquello aún era un paraíso. Una de esas noches la espuma del mar brillaba color esmeralda, y nos metimos a bañar sin ropa en aquel mar fluorescente. Parecíamos pachecos, pero no lo estábamos; era sólo la maldita realidad: corrientes de plancton que encendían el agua y que hacían que brillara alrededor de nuestros cuerpos en movimiento.

Viajamos también con Carlos y Susana, unos amigos que se convertirían en nuestros compadres. Compartimos el coche y los gastos, mas no la casa de campaña, y dormimos a la orilla de un río con cascadas, cuyo sonido nos acompañó mientras Tania y yo hacíamos el amor en silencio, porque sólo nos separaban un par de metros de su tienda de campaña. Al día siguiente contratamos un guía e hicimos *rafting* en un río revuelto y cuando llegamos a una poza honda flanqueada por peñascos, escalé hasta la parte más alta, me tiré de clavado y al golpear el agua se me resbaló el traje de baño hasta los tobillos.

Fuimos a un gran concierto en la capital y aprovechamos para pasear por las librerías de viejo del centro y para ver exposiciones de fósiles y de *art nouveau*, y terminamos peleando por alguna pendejada en un pub irlandés. Vete a la mierda, me dijo Tania, y me abandonó con la hamburguesa a medias. Tuve que pagar y salir corriendo detrás de ella, mientras caminaba por las calles oscuras en busca de un taxi, pidiéndole que se calmara, recordándole que estaba en la ciudad más

peligrosa del mundo y ni siquiera sabía la dirección del hotel.

Fuimos a la costa del Pacífico de mochilazo y una noche, después de bailar salsa, de reírnos mucho y de tomar demasiados mojitos, regresamos al hotel por las calles empedradas de un pueblito de playa. Tania me sostenía de la cintura, no sólo porque estaba muy borracho, sino porque tenía los pies hinchados por estrenar unas de esas incomodísimas chancas brasileñas que inexplicablemente se han puesto de moda. Me dijo que era muy feliz conmigo y cuando entramos al cuarto del hotel se puso en cuatro sobre la cama y me pidió que la cogiera durísimo. Así lo hice, fuerte y rápido, y luego nos quedamos dormidos.

Fuimos a Cuévano y nos sentamos a leer en un café de los portales, frente a la plaza principal, junto a un quiosco de periódicos y uno de lotería. Olía a grasa para bolear zapatos y podíamos ver el jardín completo, las bancas de metal en las que la gente se sentaba a platicar bajo la sombra de los laureles. Un anciano se acercó a vendernos chía. ¿Chía? ¿Para qué sirve la chía? ¿Cómo se come? ¿Qué se hace con ella? Pero cómo íbamos a decirle que no queríamos su chía, que no sabíamos cómo usarla, que ni siquiera teníamos la costumbre de hacer agua de limón. Quizá porque lo vio muy arrugado, muy encorvado o muy necesitado, pero Tania terminó comprando no uno, sino dos kilos de chía que, por supuesto, terminarían por pudrirse en el fondo de la alacena.

Cuando Tania estaba embarazada recorrimos la península norte en un coche alquilado, desde Cabo Kino hasta la frontera, deteniéndonos donde hubiera sombra. Vimos misiones jesuitas en ruinas, pinturas rupestres, minas de sal, viñedos, ballenas que venían del norte buscando aguas más cálidas.

Se podría decir que recorrimos el país entero, por esas carreteras que pronto se convertirían en trampas mortales, como habían hecho toda la vida los hijos de Magda hasta que les pasó lo que les pasó, y como hice yo cuando era un niño y viajaba con mis padres en un camper desvencijado, durmiendo a la orilla del camino, escalando mangos, ceibas y laureles con otros niños, cazando ranas, cangrejos ermitaños o renacuajos, conociendo todos esos lugares de la guerra de Independencia sobre los que se hablaba en las clases de historia: la iglesia en la que el padre de la patria llamó a la insurrección, la puerta que un minero heroico incendió con una antorcha mientras cargaba a cuestas una enorme loza de piedra, las cuatro esquinas del palacio virreinal en las que mandaron colgar durante un año las cabezas de los sublevados como ahora hacen los Zetas con los que se rebelan a su disciplina.

¿Dónde quedó mi país, el de mi infancia, el que recorrí con Tania no hace mucho? Sólo quedan cenizas, fotos amarillentas. Los recuerdos del paisaje en movimiento, a través de la ventanilla. Suenan los ecos de mi infancia perdida, los casetes de mis padres —los Beatles, Pedro Vargas, Chava Flores—, y los cedés que Tania y yo guardábamos en álbumes con hojas de plástico —Tribalistas, Mano Negra, Interpol—: el soundtrack de un viaje por un país que ya no existe, salvo en mi recuerdo. Canciones que ya no puedo escuchar porque vuelvo a vernos, moviéndonos entre cañadas, bosques con niebla, planicies desérticas. Todo lo que el fuego se llevó.

Nos casamos por todo lo alto, con una fiesta que estaba por encima de nuestras posibilidades, pero no nos importó, porque conseguimos que nuestros amigos y nuestras familias pusieran algo, unas botellas, el pastel, dinero para la comida, y al final conseguimos armar una fiesta que tenía el

sabor de lo que se hace entre todos. Nos casamos en una capilla pequeña en la que había un altar sin cruz, más un Jesucristo resucitado que ascendía al cielo entre pompas de algodón; el cura era amigo mío, militante de la iglesia popular, que vestía de manta blanca y no usaba zapatos, y que en lugar de aventarse un sermón nos hizo leernos versos eróticos del Cantar de los Cantares y nos animó a decirnos en público cuánto nos amábamos.

Y luego comimos sopas, enchiladas, tortas y pozole. Y para el que quiso, nieve de limón. Y bailamos, bailamos bajo los diseños del DJ Pancho, especialista en guaguancó, vallenato, champeta, cumbia, salsa, rumba, merengue, calipso, guaracha, chicha, bachata y toda clase de ritmos populares latinoamericanos, incluido un poco del reguetón más puerco.

Pocas veces vi a Tania tan feliz. Ahí están las fotos. Aparecemos disfrazados de príncipes, tiesos y guapos. Y luego, cuando ya estamos enfiestados, bailando trenzados, como en aquella primera noche en el bar Rubén. Yo ya no tengo el traje de pingüino y llevo la corbata desanudada, y Tania está descalza y tiene el vestido de novia manchado de vino y lodo.

Y cuando ya estábamos muy prendidos, llegó una banda *klezmer* en la que tocaba el amigo de un amigo, y todos terminamos abrazados en un solo círculo: mi tío Josexto, el Tieso, que había venido desde Euskal Herria, la tía Carmen, mis padres, y la madre de Tania y sus hermanas y los míos, y toda nuestra banda del diario, incluido El Muerto, un metalero que había sido diseñador de nuestra sección en el diario y que terminaría de coach de emprendedores en una incubadora de *start-ups*... Girábamos a gran velocidad, hombro con hombro, con la cabeza hacia atrás y la mirada en el cielo, en franco éxtasis místico. De eso se trataba vivir, carajo, para eso habíamos nacido.

Una mañana despertamos con la noticia de que alguien había abandonado dos camionetas llenas de muertos debajo de los Arcos de la Solidaridad, un adefesio monumental que un grupo de políticos y empresarios se sacaron de la manga, con cargo al erario público, con el pretexto de que la ciudad necesitaba un lugar emblemático. Pues ya existía la glorieta de Atenea ¿no? Versión local del Ángel de la Independencia en la que los embrutecidos por el fútbol festejan cuando la selección gana un partido antes de perder el juego decisivo. Pero no, cómo cree, joven. Aquél es emblema de la tradición, necesitamos el emblema de la “modernidad”. Así es que llamaron a un escultor abstracto que ha levantado sus adefesios en cada pinche ciudad de la República y se gastaron no sé cuántos millones en acero y pintura amarilla, con el inconveniente de que a la mitad se les acabó la lana y, además, el terreno se inunda. Así es que cada vez que llueve más o menos fuerte (o sea: cada tarde durante el verano) nuestro inconcluso adefesio se convierte en una laguna sobre la que se yergue un puente lleno de coches atascados y nuestro elefante blanco: arte urbano.

Ahí fueron los asesinos a tirar los cadáveres. A las siete de la mañana. En hora pico. Frente a las cámaras de vigilancia de la policía. Un poco de contexto, para los que no estén familiarizados con estas prácticas: en lugar de hablarse por teléfono o de enviarse un correo electrónico, las distintas bandas criminales, no importa si eran los Tejas, los del Chapu, los Caballeros Negros o la Liga de Su Puta Madre, habían desarrollado la costumbre de secuestrar gente al azar —un cajero de súper que salía de chambear, unos albañiles medio borrachos, un estudiante que acababa de ver a su novia—, juntarlos en algún predio o casa, matarlos como reses, apilar sus cuerpos en algún camión robado y luego botarlos en un lugar estratégico. A menudo, el *performance* iba acompañado de un mensaje destinado a sus rivales o al gobierno que normalmente no era reproducido por los grandes medios de comunicación “para no amplificar el horror”. Como si lo horroroso fuera el contenido de los mensajes o su mala ortografía. Pasó en Santa Rita, pasó en La Eternidad, pasó en Santa Teresa y, por supuesto, pasó en los Arcos de la Solidaridad, donde aquella mañana dejaron treinta y siete cadáveres. Quién iba a decir que serían ellos los que conseguirían darle al adefesio el peso emblemático que ningún artista, político o empresario había podido darle. Cuando surgía una noticia así, sucedía otra cosa que ningún medio registraba, y es que la eterna horda de zombis que buscan a los desaparecidos corría a la morgue local con la esperanza de que entre los muertos estuvieran los suyos. Venían de los estados vecinos, de la sierra, del otro lado del país.

No sé quién le avisó a Tania lo que estaba pasando. El hecho es que fue a la morgue y ahí conoció a Gabriela Díaz, que llevaba siete meses buscando a su hija Marilyn, desaparecida junto con su novio mientras viajaban en coche por una carretera al Norte.

Doña Gaby había dormido en el albergue de unas monjas para los familiares de pacientes del Hospital General, donde se encontraba la morgue. Cobran una cuota simbólica de cinco pesos que incluía litera, baño caliente, un pan dulce y un té de canela.

Desde el principio se entendieron. A Tania le indignaba su historia, pero también la conmovía su forma de hablar. Quería que su película pudiera transmitir esos pequeños matices que no caben

en palabras y que el periodismo escrito no puede expresar: ciertas inflexiones de voz, el ritmo del lenguaje y los gestos que lo acompañan. Cuando veo los videos comprendo a qué se refería: aquella mujer pequeña y delgada parece estar a punto de quebrarse cuando mira al suelo, con los ojos caídos, pero adquiere una firmeza especial cuando habla.

Doña Gaby nunca llora ante la cámara. Sus palabras no son esponjosas ni sobradas, sino precisas. Y su voz tiene cierta ligereza que le permite decir cosas terribles con un extraño aire de ingenuidad.

Doña Gaby le contó a Tania una historia que en algún sentido ya le habían contado otras doñas y que le contarían muchas más, porque está contada con el mismo molde trágico y cíclico de este país, en el que siempre pasa lo mismo y nada cambia. Un obrero cae al pozo y no sale, otro obrero cae al pozo y no sale, un tercero cae... Después de no tener noticias de su hija durante tres días, la llamó al celular, pero no obtuvo respuesta. Media hora después volvió a llamar. Y nada. Le envió mensajitos. Le dejó recados. Llamó a sus amigos. Y siguió llamando al celular, pero siempre terminaba escuchando la voz de Marilyn en el contestador automático, la voz de Marilyn congelada en el buzón de voz, repitiendo lo mismo, siempre: En este momento no puedo contestar, por favor deja tu nombre y tu número y me comunicaré contigo en cuanto pueda...

Doña Gaby viste un suéter negro. Tiene el cabello peinado hacia atrás, recogido en un chongo negro. Está sentada en una silla de palo y al fondo, fuera de foco, se ve una ventana a través de la cual se distingue la forma de unos árboles.

Como a los siete días, sí, fueron siete exactamente, recibí una llamada de un señor que dijo ser papá del novio de mi hija. Yo ni siquiera sabía que Marilyn tuviera novio, imagínese la desconfianza que me dio, pero el señor habló del negocio de ropa y me dio detalles sobre ella que nadie más podía tener, y finalmente me preguntó si sabía algo de Marilyn. No, pues no, le dije, y entonces oí un ruido raro desde el otro lado de la línea, haga de cuenta que estaban llorando, y luego un largo silencio, y finalmente la voz de don Roberto que me decía: Lo siento, señora. Me temo que tengo malas noticias. En ese momento sentí bien feo, haga de cuenta que me hubieran dado un golpe en la cabeza y fuera a caerme...

Sus ojos se cierran como si recibiera de nuevo el golpe y se abren cuando intenta recuperar el equilibrio.

Tuve que sentarme en una silla para no caerme... Yo me imaginaba un accidente, no sé, que se habían volteado en la carretera. Pero el señor dijo que no era seguro hablar por teléfono, que si podía ir a Ciudad Real a platicar en persona, y yo le dije que sí, y luego me arrepentí cuando colgué, porque a fin de cuentas yo no lo conocía, nunca había oído hablar de su hijo, mucho menos de él, ¿qué iba yo a hacer? Y luego me quedaba pensando: ¿Por qué habrá dicho que no es seguro hablar por teléfono? ¿A qué se refiere? No dejaba de pensar en por qué Marilyn no me había dicho que tenía novio, qué clase de muchacha le esconde a su madre algo así, y qué clase de madre era yo pues también pensaba en mi otro hijo, porque me di cuenta de que tampoco sabía nada de él. Uno se la pasa trabajando, luchando para que los hijos salgan adelante, pero se le olvida a uno lo más importante, ¿no? Me sentía fatal, como la peor madre del mundo, ¿sí me entiende? Dios mío, decía yo, ¿qué hice para que mi hija me perdiera así la confianza?

Total que fui. Tomé un taxi a la dirección que el señor me había dado y toqué el timbre. Me temblaban las piernas, se lo juro. ¿A dónde me vine a meter?, ¿qué estoy haciendo?, pensaba. Pero ni hablar, era por mi hija.

Yo creo que el señor Roberto se dio cuenta de que yo estaba muy desconfiada, porque me enseñó su credencial del IFE y los recibos de nómina de su trabajo y llamó a otra de sus hijas, Sara, para que estuviera con nosotros y yo estuviera más tranquila. Me dijo que dos días antes recibió una llamada de Luis en la que le dijo que los habían secuestrado en San Lucas de Torremolinos. La llamada fue muy breve y había mala señal, pero el muchacho alcanzó a decir que los estaban tratando bien, que no se preocupara, que lo único que querían esos tipos era dinero. En ese momento yo estaba tan asustada que le creí. Hasta empecé a pensar qué cosas íbamos a tener que vender. Claro que no le dije eso. Al contrario: ¿Cómo sé que usted me está diciendo la verdad?, le dije. Ni siquiera había oído hablar de su hijo, mucho menos de usted. ¿Cómo sabe que mi hija iba con él? Y él me respondió: Porque cuando hablé con Luis él me dijo que Marilyn estaba muy asustada, que decía que nunca debió haberse ido sin el permiso de usted. ¿Y qué hacían en San Lucas?, le dije, y el señor levantó los hombros y me dijo que tampoco sabía. ¿Qué me gano echándole mentiras, señora? Ojalá estuviera equivocado. Y en ese momento se le salieron las lágrimas y yo sentí bien feo y también me dieron ganas de llorar, porque entendí que no estaba fingiendo, ¿me entiende? Hay cosas que no se pueden fingir.

Para entonces mi esposo estaba en Estados Unidos. Trabajaba en un lugar de matanza de animales, un trabajo muy pesado, en Idaho, dice doña Gaby mirando a la cámara. Él estaba al tanto de la situación, pero cuando le conté que estábamos esperando que los secuestradores se comunicaran para cobrar el rescate, me dijo que lo esperara, que él iba a traer un dinero pero que por ningún motivo fuera a soltar un peso antes de que él llegara... Eso fue un martes, y para el jueves me habla don Roberto y me dice que los secuestradores ya hablaron y que están pidiendo cien mil pesos por cada uno. Rápido me moví, y entre lo que me dieron en el pueblo por la camioneta, los refrigeradores de la tienda, y lo que conseguí prestado por aquí y por allá, conseguí el dinero. En esos días intenté comunicarme con mi esposo para comentarle de la situación, pero no lo encontraba, así es que cuando don Roberto me volvió a llamar, el sábado, me dijo que ya había noticias, que si ya había juntado el dinero. Sí, le dije, pero quiero esperar a mi marido. No hay tiempo, me dijo. Véngase ya para acá.

En ese momento yo estaba dispuesta a cualquier cosa con tal de traer de vuelta a mi hija, así es que el dinero parecía poca cosa. Recuerdo que en el camino a Ciudad Real me temblaban las piernas nomás de pensar que llevaba todo ese dinero en mi bolsa de tejido, pero ¿quién iba a pensar que esta pobre vieja iba a tener ese dineral en la bolsa?

Doña Gaby sonríe, apretando los labios. Mira a la cámara. Y luego continúa:

Cuando llegué a su casa, don Roberto me dijo que los delincuentes nos llamarían para darnos instrucciones. Contó el dinero y metió mi bolsa dentro de una mochila más grande, donde estaba su parte. No se preocupe, doña Gaby, todo va a salir bien. Fuimos a comer a unas carnes asadas que estaban cerca de su casa, aunque yo casi no tenía hambre, y cuando estábamos ahí llamaron para decir que íbamos a entregar el dinero en un parque, que en la esquina se iba a orillar una

camioneta color rojo, que íbamos a subir y que ahí nos dirían qué hacer... Le juro, Tania, que se me cerró el estómago en cuanto don Roberto me contó lo que habían dicho. A él también se le fue el hambre; ni siquiera tocó su comida... Él no quería que yo subiera a la camioneta, decía que era muy peligroso, pero quién sabe por qué me dio desconfianza y dije que si no lo acompañaba, no podía llevarse mi dinero. Está bien, concedió don Roberto, así es que fuimos al parque y a la hora en que nos habían dicho llegó la camioneta color rojo, se detuvo y escuchamos una voz que nos decía: "Suban"... Adentro sólo iba un señor de unos treinta y cinco años, con bigote, gorra negra y lentes oscuros. No se asusten, dijo mientras arrancaba, si no hacen pendejadas, disculpe la palabra, pero eso fue lo que dijo, si no hacen pendejadas no les va a pasar nada. Pero cómo no nos íbamos a asustar. Yo pensaba: ¿A dónde me vine a meter, Dios mío? ¿El dinero está completo?, dijo el hombre, y don Roberto dijo que sí, que si quería contarle. No creo que sean tan pendejos como para echar menos, si tenemos a sus hijos, respondió el hombre mientras metía la mano dentro de la maleta para toquetear los billetes. Luego nos prometió que si no hablábamos con la policía ni con la prensa, nuestros hijos iban a volver más pronto de lo que creíamos. Y después de decir esto, nos bajó a media calle.

Estábamos como a tres cuadras del lugar en el que nos había subido. En ese momento me solté a llorar, porque sí estaba muy asustada, y don Roberto me abrazó y me tranquilizó. No se preocupe, doña Gaby, esto va a terminar muy pronto, me decía. Ojalá hubiera sido verdad. Porque después de eso todo se puso peor: los muchachos nunca volvieron a aparecer, ni en mi casa ni en ningún lado, y tampoco tuvimos pistas sobre los secuestradores ni el dinero.

El rostro de doña Gaby se transforma en ese momento. La máscara de piedra parece romperse, sus ojos miran en toda dirección, confundidos, y le sale una lágrima solitaria. Pero doña Gaby se la limpia inmediatamente, agacha la cabeza y se cubre la frente con la mano.

¿Quiere parar?, pregunta Tania.

No, dice doña Gaby. Levanta la cabeza, se limpia los ojos y se recompone... Tania deja correr el video, en silencio, y luego dice: Me estaba contando que después de entregar el rescate no volvieron a saber nada...

Sí, dice doña Gaby. Francisco se puso furioso cuando regresó a México y supo que yo había entregado el dinero... ¿Pidieron pruebas de vida?, me dijo, y yo me quedé callada. ¿Nunca se les ocurrió comprobar que los muchachos siguieran vivos?, me dijo. No sé, don Roberto fue el que habló con ellos, le dije. Y él: ¿Cómo? ¿Tú nunca hablaste con ellos? ¿Siempre fue él? Sí, dije, y él empezó a patear cosas y a gritar que cómo pude ser tan idiota para no darme cuenta, que todo era una trampa, que el señor se había inventado todo. ¿Cómo va a ser un invento?, le dije. ¿Cómo?, dijo. Nuestra hija se va y de repente aparece un señor que dice ser el papá de un novio al que no conocemos, del que nunca hemos oído hablar y dice que supuestamente la secuestraron en San Lucas, no ofrece ninguna prueba o explicación lógica de qué hacían ahí, y luego dice que están pidiendo cien mil pesos para rescatarla, pero no te deja hablar directamente con los secuestradores, y luego te presiona para que la entrega se haga rápido, porque sabe que si yo vuelvo se le va a caer el teatro, y tú le entregas el dinero a un tipo que él contactó, donde él dijo, a la hora que él dijo.

Le juro, Tania, que yo nunca había pensado en eso. Estaba tan asustada, sola, con una carga así, que jamás se me ocurrió esa posibilidad. No estaba mintiendo, le dije. ¿Cómo lo sabes?, me dijo. Le juro que me quedé callada, porque sabía que él me iba a tirar de a loca, pero yo lo vi

llorar, Tania, yo sé que su sufrimiento era auténtico. No sé cómo, pero lo sé. Una como madre sabe...

Llámalo, me dijo Francisco en ese momento, quiero hablar con él. Pero el celular ya no tenía saldo. Así es que fuimos a la farmacia, le pusimos dinero y llamamos, pero no contestó nadie. ¿Ves?, dijo Francisco. ¿Quién crees que va a desaparecer ahora?

Él seguía furioso, gritando cosas horribles que nunca voy a olvidar, dice doña Gaby con las manos en las sienes y los ojos cerrados. Mire, Tania, es como si lo estuviera escuchando otra vez, dice, y abre los ojos, mira a la cámara y se llena de lágrimas. Yo creo que eso nunca se me va a olvidar, dice meneando la cabeza de un lado a otro... Nunca me había dicho cosas así, Tania... Yo sólo lloraba, porque tenía miedo de que todo fuera real, de que no sólo nos hubiéramos quedado sin Marilyn, sino que además hubiéramos perdido todo, todo. Le debíamos a medio pueblo y ya no teníamos camioneta, ni refrigeradores, ni mercancía. Y yo sabía que si todo era verdad, Francisco tendría que irse otra vez al Norte y yo me quedaría sola otra vez; tendríamos que trabajar años y años, y durante ese tiempo yo no podría buscar a mi hija, porque eso cuesta mucho dinero.

Que si no nos daba miedo, me preguntó el otro día una tipa.

No, los imbéciles no tenemos miedo, respondí.

La tipa se quedó paralizada, sin saber qué decir. Sólo sonreía de forma idiota y manoseaba su bolsa.

El miedo es un privilegio de razas más evolucionadas, continué. Y los mexicanos, como tenemos deficiencias genéticas, no podemos percibir con claridad los peligros del entorno, aunque aparezcan cadáveres en bolsas negras a dos cuadras de nuestra casa.

La tipa dejó de sonreír y dio media vuelta.

Siempre he tratado de ser amable, pero cada vez me cuesta más.

Tania creía en el valor de unos cuantos, aquéllos capaces de descender al pozo tóxico para buscar a los que habían caído o de aliviar el dolor de los perros atropellados. ¿De verdad podía hacer alguna diferencia un documental sobre las sufrientes madres mexicanas? ¿Una película que se exhibiría en festivales de gente sofisticada, cuya indignación primermundista se divide, después de cada proyección, entre los niños esclavos en África, la devastación de los glaciares de la Antártida, la lucha de las mujeres saudíes por conducir un auto y la explotación de los empleados de Domino's Pizza? ¿Qué esperábamos? Con suerte donarían cien euros a Greenpeace o a Amnistía Internacional y luego se debatirían en qué discoteca seguir la fiesta.

Y luego te hablan de miedo, te dan palmadas en la espalda para manifestar su solidaridad o te dicen que se quitan el sombrero, mis respetos, qué valor. Ni se imaginan lo que es tener pesadillas, pesadillas de verdad, oler a los muertos, acompañar a una madre cuando encuentra por fin un cadáver, revisar cada diez segundos el espejo retrovisor para ver si te están siguiendo, cambiar tu número de celular, aprender a usar TOR para transmitir mensajes cifrados, despertar a media noche con un ruido de gatos creyendo que alguien está abriendo la puerta de tu casa.

Como si todo esto fuera motivo de orgullo. Como si nos gustara. Como si pudiéramos elegir.

¿Entonces por qué no nos salíamos, por qué no dejábamos el documental?, me preguntan. Y sólo puedo responder, en parte, que por la misma razón por la que Tania corrió a rescatar a aquella perra herida, por la misma pulsión que la hizo odiarme cuando la obligué a salir de ahí. Mientras más se adentraba en el caso, no sólo compartía el dolor con las doñas, sino el riesgo, y eso crea lazos más hondos, más difíciles de entender para los que no están implicados.

Recuerdo lo que le pasó en un encuentro de madres de desaparecidos al que la invitó Magdalena. Era en una casa de retiros, quién sabe si de los dominicos, de los jesuitas o de unas monjas. No importa... Después de las sesiones matutinas, cuando las mujeres se reunieron a comer en uno de los rincones del jardín, Daniela, la camarógrafa, empezó a hacer unas tomas generales. En el video se ve el pasto verde y el cielo pleno, sin una nube, cinco mesas redondas con manteles blancos, otra mesa alargada con las ollas de comida, platos, vasos y un enorme vitrolero de agua de jamaica al que algunas mujeres se acercan a servirse. Luego, se escucha que una señora grita: ¡No me grabes!, y Daniela, en un acto reflejo que sólo empeora las cosas, voltea la cámara hacia ella. ¡Te dije que no me grabes!, grita la mujer mientras se cubre la cara con el

antebrazo. ¿Quién les dio permiso? Se oye la voz de Tania intentando explicar que es una toma general, que no sale la cara de nadie, y entonces la mujer tapa el lente con la mano y se acaba la grabación.

La doña era una mujer gruesa del Valle de Santa Teresa, en donde habían asesinado y desaparecido a tres mil jóvenes en los últimos dos años, entre ellos a uno de sus hijos y a su sobrina. Esto lo supo Tania después, porque en ese momento, la mujer armó un gran pedo. Que por qué la grababan, que quién les había dado permiso, que quiénes se creían. Tania intentaba explicarle que eran documentalistas y que no iban a grabar a nadie sin su consentimiento, pero la señora no dejaba de gritar que no, que quién las había invitado, y despotricaba contra los medios de comunicación que sólo manipulan y dicen mentiras. No soy reportera, intentaba explicar Tania. Esto no va a salir en la tele. Pero la doña vociferaba que no, que era muy peligroso; le reclamaba a los organizadores del encuentro que hubieran dejado entrar a la prensa si ahí se estaban discutiendo cosas muy delicadas. Ya le dije que no somos prensa, insistió Tania. Y ya le dije también que no vamos a grabarla sin permiso.

En este momento intervino Magdalena. Tania es de absoluta confianza, dijo. Yo respondo por ella.

Magdalena aún no era la figura mediática en la que se convertiría cuando una famosa revista gringa llevara a portada su rostro desgarrado con el título “Mexico’s New Lloronas”, pero sí consiguió que la doña de Santa Teresa bajara el tono. No dudo de su buena fe, dijo la señora, ¿pero ella se va a hacer responsable de lo que pase cuando haga público su trabajo? ¿Puede asegurarnos que ningún desgraciado nos va a hacer daño cuando salga su película? Nosotros ya lo vivimos, que te cuente Lucy... Vinieron unos muchachos a grabar lo que estaba pasando en el pueblo, entrevistaron al pastor y a otras personas, y luego subieron su video al internet, y a los tres días mataron a todos los que aparecían en la película y dejaron recados por todo el pueblo: AL QUE HABLA, ASÍ LE VA.

Tania y Daniela tuvieron que salir de la casa de retiro y terminaron llorando en un Vips. Tania me llamó en ese momento, pero yo estaba en clase, así es que me enteré de lo que había pasado hasta que salí del salón.

La idea de que los periodistas no se involucran con sus fuentes siempre le había parecido una idiotez. La independencia, la objetividad y la neutralidad eran valores impuestos por la visión liberal de la prensa, que es la de los grandes medios gringos y, por lo tanto, la dominante, pero el periodismo también tenía raíces en otras tradiciones, como los periódicos comunistas y anarquistas del siglo XIX, que eran vehículos para difundir programas políticos y agitar a las masas, o la de los periodistas que, sin publicar en órganos partidistas, habían estado en frentes de guerra, campos de concentración, hambrunas, bombardeos atómicos, intifadas, alzamientos populares, genocidios y barricadas y que no habían tenido miedo de tomar partido. ¿A poco Robert Cappa y George Orwell fueron neutrales durante la guerra civil española?, ironizaba Tania. ¿Vamos a pedirle equilibrio informativo a Jon Lee Anderson o a Robert Fisk?

Así es que cuando Tania revisó los papeles legales de doña Gaby y se dio cuenta de que en la Procuraduría ni siquiera habían abierto una denuncia formal y no tenía número de expediente, terminó de cruzar la línea que separa al que documenta la realidad del que la altera deliberadamente.

Habían pasado ya tres meses desde que doña Gaby entregó el dinero, don Roberto no aparecía, y ella seguía visitando rutinariamente morgues y hospitales, sin rastro de Marilyn. Lo más probable es que no sirva de nada, le dijo Tania, pero tiene que denunciar. Por lo menos para que exista registro del caso.

Yo les conseguí un abogado conocido de unos colegas de la universidad. Se llamaba Marco Aurelio y era experto en causas perdidas. Había litigado en favor de unos militares gays que fueron despedidos del Ejército por tener VIH, defendía a los punks basculeados y a las putas extorsionadas por la policía, y cuando había alguna manifestación que terminaba en golpes, detenciones y torturas, se ofrecía como voluntario para defender a los detenidos, a los que siempre se refería como presos políticos.

El problema es que Marco Aurelio era tan buena persona como mal abogado. O dicho de otra forma, entre los tiburones que dominan los juzgados nadie lo tomaba en serio, en parte por sus inclinaciones políticas, en parte porque su honestidad le impedía participar de los usos y costumbres de los tribunales, como llegar al juzgado con capuchinos para todos los funcionarios, enviar flores a las secretarías el día de su cumpleaños o invitar a comer a los jueces de vez en cuando, o dicho de otra manera, porque ignoraba la diferencia entre el procedimiento ideal de los libros de derecho y el funcionamiento real de la justicia, de modo que elegirlo como abogado era la mejor manera de perder un caso desde antes de presentarte ante el juez.

El deber ciudadano es denunciar, dicen por aquí y por allá. Deber ciudadano mis huevos. El que denuncia en México es un pendejo consumado: por ignorancia o por candor, ir a las procuradurías es un camino sin fin. Inútil en el mejor de los casos, suicida en el peor.

A doña Gaby le aseguraron que todo parecía una estafa. Que había casos en los que uno de los familiares se fugaba con el novio o el amante y se hacía secuestrar a sí mismo con tal de sacarle dinero a la familia. Pero mi hija no es así, dijo doña Gaby, y el ministerio público le dijo con una

sonrisita autosuficiente que eso decían todas las madres, pero que en quince años le había tocado ver cada cosa... Le prometieron que agotarían todas las líneas de investigación e insistieron en que no volviera a darle un peso a un desconocido. Como si aún le quedara un peso que dar.

Cuando doña Gaby llamó a Tania para contarle que don Roberto la había contactado por teléfono para decirle que había ido a San Lucas de Torremolinos, que tenía noticias y que quería reunirse con ella, mi mujer se ofreció a acompañarla, junto con el abogado.

A mí no me dijo nada, porque sabía que yo no estaría de acuerdo. Más bien me dijo que tenía una reunión de producción con Karina.

Fueron a la casa del tal Roberto, esto me lo contó Marco Aurelio mucho después. Tania no llevaba cámaras ni micrófonos, ni nada que sirviera a la producción. El señor se sacó de onda, porque no esperaba que doña Gaby llegara acompañada, y apenas entreabrió la puerta de la casa. En la Procuraduría dicen que usted está involucrado en la desaparición de mi hija, dijo doña Gaby, como si con eso explicara la razón por la que Tania y Marco Aurelio estuvieran ahí. ¿Usted cree que yo estaría llamándola otra vez si estuviera en algo chueco?, replicó don Roberto. ¿Entonces estaría dispuesto a declarar ante la Procuraduría?, intervino Marco Aurelio. Eso no va a servir de nada, respondió el hombre. No es por eso, dijo Marco Aurelio. Es para comprobar que usted no está escondiendo algo.

Si quieren que vaya a la Procuraduría, voy. Pero nomás para darle tranquilidad a la señora.

Doña Gaby preguntó entonces de qué quería hablar, y el hombre miró a Tania y a Marco Aurelio, dudoso. Son de confianza, dijo. Don Roberto meneó la cabeza de un lado a otro. Es muy peligroso, dijo. Pues si ellos no están conmigo, yo no voy a hablar con usted.

Don Roberto terminó por abrir la puerta y dejarlos pasar, y así fue como Tania y Marco Aurelio se vieron de pronto en una sala desordenada y llena de juguetes, porque ahí estaba una de las hijas de don Roberto con sus nietos, que corrían y gritaban por todos lados. Cuando don Roberto le dijo a su hija quién era doña Gaby, la muchacha saludó de mano y se echó a llorar. Luego dijo que iba a llevar a los niños al parque y se fue.

Conozco la historia según me la contó el abogado, como ya dije. Don Roberto había ido a San Lucas a buscar a los muchachos y regresó destrozado, sin ninguna esperanza. Fue a los hospitales, cuarteles, cárceles y morgues de varios pueblos, y en todos lados le decían que no sabían nada, que ni idea, hasta en la morgue de una estación de policía una secretaria le extendió un papelito con un número telefónico y le dijo que mejor se fuera. ¿Es su número?, preguntó don Roberto, y la mujer asintió y, checando constantemente si alguien la estaba espiando, le dijo que no anduviera preguntando así, que tuviera mucho cuidado. La secretaria nunca quiso verlo en persona, pero cuando hablaron por teléfono le dijo que ahí todos eran halcones, todos estaban coludidos. Secuestran a la gente por deporte. Los paran al azar en la carretera federal y les quitan el carro, los encueran, los medio matan. Le contó que le había tocado ver a un hombre que se había escapado de un secuestro y que había llegado al pueblo después de caminar desnudo bajo el sol durante tres horas. Tenía la piel ampollada y los pies tatemados por el asfalto. Apenas hubo puesto un pie en el centro de salud, donde le ofrecieron suero oral y lo acostaron en una de las camillas, un pelotón de rancheros armados lo sacó a rastras y lo trepó a una troca negra. Eso pasó a

mediodía, y el cuartel de la policía está a una cuadra, dijo la secretaria, pero la policía ni siquiera hizo la finta de perseguirlos. Don Roberto le dijo que buscaba a su hijo y a su nuera, le contó de las llamadas y del pago del rescate, y la secretaria le dijo: Ay, señor, qué pena tener que decirle esto, pero por como cuenta las cosas, lo más probable es que estén muertos.

Don Roberto lloró al contar esto, y según Marco Aurelio, ese gesto terminó de convencerlos de que el hombre era una víctima más. Sospecho que esto también acrecentó la admiración que Tania sentía por doña Gaby. Siempre dijo que de todas las doñas a las que había conocido, ella era la más noble. Contra toda evidencia, ella nunca había cedido a la tentación de convertir a las víctimas en las culpables de su propia desgracia.

Don Roberto nunca quiso hablar ante las cámaras sobre el caso, ni siquiera como apoyo o como testigo de doña Gaby. Tania, que ya había sufrido el rechazo de la señora de Santa Teresa, le explicó con calma los riesgos y las posibilidades de su trabajo. Respeto lo que están haciendo, pero les pido que respeten mi decisión, dijo. Y semanas después, cuando Tania ya había conectado a doña Gaby con Magdalena Chávez y otras personas del Movimiento, lo invitaron a una reunión privada con el poeta, pero don Roberto se negó a asistir. No saben en lo que se están metiendo, dijo. Tienen buenas intenciones, pero van a terminar mal. El poeta quizá no, porque es famoso, pero todos los demás van a terminar mal.

Me hubiera gustado conocerlo. Un tipo sensato en medio de tanto dolor. No es fácil. Es muy difícil conservar la lucidez cuando se ha perdido todo. O casi todo. Es fácil admirar a las locas que buscan en basureros y fosas, que encaran a los políticos, hacen huelgas de hambre y desafían amenazas de muerte. Es fácil aplaudir a los periodistas que tienen el valor de meterse a los rincones oscuros y develar la verdad, y sermonear con que México es el segundo, tercer o cuarto país más peligroso del mundo para ejercer el periodismo. ¡Qué valientes! ¡Qué huevos! ¿Y quién respeta a los padres que tuvieron que cerrar el hocico para proteger a sus otros hijos? ¿Quién piensa en los huevos que tuvo aquel hombre para tragarse el dolor con atole y proteger a los que aún estaban vivos? ¿Quién elogia su prudencia, su silencio, la resolución de no dejarse arrastrar?

Para ellos, sólo una palabra: miedosos.

Recuerdo la visión fulgurante de nuestro hijo recién extirpado de su vientre.

Yo había entrado al quirófano cinco minutos antes, después de esperar media hora en un pasillo frío en el que sólo había un televisor enmudecido que pasaba un partido de tenis. Me senté junto a ella, que yacía amarrada de manos a la plancha del quirófano, sin atreverme a mirar lo que la doctora hacía más allá de la mampara de tela. Le pregunté cómo estaba y me dijo que bien, que no sentía nada. Entonces dijo la doctora que el niño ya iba a nacer, y más tardé en rodear la mesa de operaciones que en ver a Patricio bajo la luz brillante del quirófano, un niño ensangrentado e hinchado que había salido de un boquete en su panza, un niño que tenía en la frente una mancha roja como la que tengo yo, una mancha roja como la de mi padre y la de mi abuelo. Yo llevaba una cámara, pero hasta ese momento me acordé de activarla, tan embobado estaba con la visión del niño, de esa mancha que lo ligaba a mí, como me ligaba a mí con mi padre y a mi padre con mi abuelo. En ese momento comprendí a cabalidad lo que significaba tener un hijo mientras le cortaban el cordón y lo llevaban a otra mesa en la que le extirpaban los mocos de la nariz y la garganta, le echaban aire con una manguerita para ayudarlo a estabilizar su respiración, le medían el ritmo cardíaco. Comprendí de golpe cuál era mi lugar en el mundo, una visión que puede parecer cursi pero que en realidad es terrible, porque uno no sabe lo que es miedo hasta que se convierte en padre. Los hijos trastocan tus prioridades, te obligan a hacer cosas que no hubieras querido hacer. Los modernitos queremos creer que la vida no es más que la prolongación de nuestra voluntad, pero los niños nos enseñan la verdad: la libertad personal es una coartada ideológica para esconder nuestro egoísmo. Desde que sabes que eres responsable de otra vida, se vuelve complicado vivir como si fueras inmortal. Es más difícil alimentarte con atún y espaguetis fríos en un departamento propio de heroinómanos, andar en moto sin casco, irte a dormir a las cinco de la mañana, y si eres periodista, denunciar al político que se acuesta con niñas de doce años, documentar las masacres de indígenas que perpetra el Ejército o publicar el nombre del capo que tiene veintitrés tienditas de coca en tu barrio.

La enfermera envolvió a Patricio en una cobija y lo llevó hasta donde estaba Tania y ella por fin pudo verlo de cerca, aunque no tocarlo, porque todavía estaba inmovilizada. Entonces sí tomé fotos con la cámara, fotos que ahora forman parte de nuestro álbum familiar y que ya no me atrevo a ver: los tres, muy de cerca, nuestras caras abarcan casi todo el cuadro. Tania llora. Le da besos. Patricio tiene los ojos cerrados, ajeno a todo; yo estoy sonriente, con los ojos húmedos y el cubrebocas enredado en el cuello. El pediatra se llevó al niño después y yo me fui con él. Lo pesaron: tres kilos y medio. Le pusieron un pañal del tamaño de mi mano y lo metieron un rato a la incubadora para que se acostumbrara a estar vivo.

No es que lo que estoy diciendo sea único; al contrario, es una experiencia universal. Y según sospecho, es la experiencia que está detrás de toda esta historia, de todo lo que nos pasó a nosotros, como familia, de todo lo que le pasó al país. La experiencia de que la propia vida no es absoluta, sino que está ligada a la existencia de otros, carne de mi carne, sangre de mi sangre, mancha de mi mancha. En eso estamos de acuerdo todos, desde el poeta hasta el gobernador

mafioso al que le asesinaron a un hijo. Es la fuerza que empuja a las madres y a los padres a buscar en cunetas, a perder la cordura cuando no tienen dinero para recorrer el país en aviones o autobuses, para pagar informantes o para hacer la investigación que le corresponde a las autoridades y que nunca van a hacer.

Los primeros meses fueron duros, porque apenas dormíamos. Patricio dependía exclusivamente de la teta materna, así es que cada dos o tres horas lloraba y había que comenzar el ciclo de amamantamiento: pegarlo a un pecho, luego al otro, hacerlo repetir, dormirlo.

Recuerdo una noche en la que el niño lloraba sin que pudiéramos averiguar por qué. Ya había comido, ya había cagado, ya había repetido, pero lloraba como si lo estuvieran despellejando. Eran las tres de la mañana. Ya habíamos intentado mecerlo en brazos, cantarle, pasearlo en la carriola, agitar una sonaja frente a sus ojos, acostarlo de lado, boca arriba, darle palmaditas para que repitiera. En algún momento dije que debíamos dejarlo aunque llorara, que no podíamos hacer nada más. Tania se indignó: que cómo se me ocurría abandonar al niño, que así era yo cuando había dificultades, que tenía que haber una solución. ¿Cuál?, dije. No lo sé, pero hay que buscarla, dijo. Lo dices como si yo no estuviera buscándola, dije. Y ella: Pues parece que te estás dando por vencido. Y yo: ¿Pues qué más podemos hacer?

Así es que esa noche, al llanto indescifrable de un bebé se sumaron los gritos de dos sordos que se recriminaban cosas que ni siquiera tenían que ver con el problema. Podíamos acariciar la cabeza de nuestro hijo, tocarle el pecho, sostenerlo en brazos, pero no podíamos penetrar en su misterio y tampoco podíamos entendernos entre nosotros. Éramos niños abandonados en una central camionera. Y mientras más tratábamos de aliviar nuestra ansiedad, más nos distanciábamos y más solos nos sentíamos.

Ni siquiera recuerdo cómo terminó el episodio. Supongo que alguien se cansó de gritar, tal vez Patricio, tal vez nosotros, pero hasta ahora me queda la sensación de ridículo que dejan las tormentas domésticas, esa vergüenza molesta que queda en la garganta cuando te das cuenta de que te comportaste como un imbécil y que en realidad no era para tanto.

Tania quería que la película retratará la vida cotidiana de las madres. No quería hacer un documental en el que sólo aparecieran las doñas hablando frente a la cámara, sino con acción viva. La idea se le había metido después de ver un documental sobre una aldea indígena en Guatemala en la que la gente ordeñaba sus vaquitas, trabajaba su milpa, alimentaba a sus gallinas, y en el que también salían pajaritos, changos, culebras y esas cosas como de National Geographic, hasta que poco a poco te ibas enterando de que durante la guerra civil, en ese pueblito de National Geographic los escuadrones de élite del Ejército habían exterminado a machetazos a tres cuartas partes de la población. (Los mismos que cuando se acabó la guerra y se quedaron sin chamba se fueron a México a ofrecer al mejor postor sus servicios de cortadores de cabezas y cercenadores de vientres.)

Esa pinche película se le metió en la cabeza a Tania, así es que buscó la manera de equilibrar las tomas de las doñas hablando a cámara con otras escenas de su vida ordinaria. Quería que se combinara la narración en off sobre las desapariciones con sus acciones cotidianas, que lo terrible estuviera mezclado con lo ordinario, el pasado con el presente, el vacío con la presencia de los supervivientes.

Tania quería retratar la vida cotidiana de una familia en un pueblo, el silencio que se forma a su alrededor, el rechazo, la sospecha. Y para ello la invitó Yademira Bañuelos, una mujer que había conocido a través de Magdalena y que vivía en Concepción de Torreblanca, un pueblo en los límites del estado de Quiroga, a tres horas en carretera de Ciudad Real, donde nosotros vivíamos. Su hijo Jonathan trabajaba como peón en una cantera de mármol y llevaba dos años desaparecido.

Tania acordó con ella que reuniría un pequeño equipo de filmación para documentar su vida cotidiana en el pueblo durante tres o cuatro días. Cuando llegó el momento, rentó un coche para que cupieran las cámaras y micrófonos. Además de Karina y Daniela, la camarógrafa, iba una sonidista que había contratado para la ocasión a la que casi no conocía y que se llamaba María. Siete kilómetros después del límite entre los estados de Mezcala y Quiroga, Tania notó por el retrovisor que una camioneta gris se les acercaba demasiado. Aceleró un poco. La camioneta también. Daniela, que iba en el asiento de atrás, revisó la camioneta. Adentro venían dos hombres. No tenían placas. ¿Quieres que grabe?, le preguntó a Tania. Ni se te ocurra, respondió mientras aceleraba para ver si conseguía dejarlos atrás, pero la camioneta les aguantó el paso y les echó las luces. Entonces Tania bajó la velocidad y la camioneta las rebasó zumbando. Tania sintió un gran alivio al pensar que todo había sido un malentendido, pero trescientos metros más adelante, la camioneta frenó abruptamente, rechinando las llantas, y bloqueó la carretera.

Cuando Tania detuvo el coche, los dos rancheros ya se habían bajado de su troca. Llevaban lentes oscuros y pistolas en el cinturón. Uno de ellos sacó un cuerno de chivo y se quedó lejos; el otro, cachucha azul, caminó hacia el coche.

Tranquilas, dijo Tania mientras bajaba la ventanilla. Que nadie hable.

El rancho explicó que estaban haciendo un patrullaje de rutina, mientras revisaba el interior

del coche y miraba a los ojos a cada una. ¿A dónde se dirigen?, preguntó. A Concepción de Torreblanca, respondió Tania. ¿Qué van a hacer en Concepción?

Estamos haciendo una película, dijo Tania. Vamos a filmar a una persona.

¿Cómo se llama?, preguntó el hombre. Tania Vázquez, para servirle. No, dijo el hombre. ¿Cómo se llama la persona a la que van a ver?

Tania dudó un momento. Sabía que en la paranoia asesina de los cárteles cualquier incoherencia puede ser letal. Conocía a los camarógrafos que habían quedado atrapados en las calles de ciudad Mendoza mientras los Tejas y el Cártel del Cerro se balaceaban desde trocas en movimiento. Sabía que habían intentado huir por el laberinto de calles desiertas y que en la confusión de la guerra se habían salvado de que los rafaguearan como si fueran asesinos del bando contrario, a pesar del letrerote de PRENSA que llevaban en todos los vidrios, hasta que una troca negra les cerró el paso, los sacaron del coche y los treparon a una pick-up, los patearon como a un balón ponchado y los llevaron a una casa de seguridad, en la que padecieron el interrogatorio de un comandante que estaba convencido de que eran enemigos disfrazados de periodistas. Tania sabía que sólo la verdad los había salvado, repetir la verdad una y otra vez: somos periodistas, somos periodistas, incluso cuando el comandante les puso el cañón de una pistola en la frente y les dijo que hablaran. Somos periodistas, insistieron, y luego dieron todos los detalles que les pedían, sin mentir, porque en medio de la paranoia, cualquier incoherencia te puede costar la vida.

Tania sabía que tenía que decir la verdad, pero había sido formada en el sagrado mandamiento periodístico de proteger a tus fuentes, así es que decir la verdad, nada más que la verdad y solamente la verdad implicaba actuar contra sus convicciones y su instinto.

Se llama Yademira, dijo, finalmente. Yademira Bañuelos.

El rancho asintió. Y luego pidió que le entregaran sus identificaciones. Tania volvió a dudar, pero no supo cómo negarse, así es que sacó su credencial de elector y le hizo una seña a sus compañeras para que hicieran lo mismo. El rancho recogió las credenciales, se alejó del coche y comenzó a hablar por celular. No podían escuchar qué decía, pero parecía dictar en voz alta sus datos.

Nos van a matar, dijo la sonidista, temblando.

Tranquila, María, no va a pasar nada, dijo Tania.

Pero les acabas de soltar toda la sopa y tienen nuestras identificaciones... Saben quiénes somos, dónde vivimos, todo.

¿Qué querías que hiciera?, respondió Tania, viéndola por el retrovisor. ¿Qué crees que va a pasar si revisan la cajuela y encuentran el equipo?

Atrás de ellas se habían detenido otros dos coches; en el carril opuesto, más allá de la troca de los rancheros, también había otra camioneta. El segundo hombre vigilaba desde lejos. El rancho se acercó al coche, sin colgar.

¿Son periodistas?, preguntó.

No era fácil responder. Si Tania decía que no y googleaban su nombre, descubrirían que mentía; si decía que sí, le impedirían el paso.

Fui periodista, pero ya no. Ahora hago películas.

Afortunadamente, Karina llevaba algunas de las postales que habían usado durante la campaña de *crowdfunding* para la película.

Mire, aquí está apuntada nuestra página web, le dijo Tania al hombre extendiéndole un par de

postales. Verifique por favor lo que le estamos diciendo.

El rancho se alejó, leyendo la postal en voz alta.

La niña María rezaba padrenuestros y avesmarías, y luego repetía que las iban a matar, que ella no merecía eso, que cómo se les había ocurrido meterse a ese lugar. Estaba tan mal que en algún momento se hizo pipí y luego lloró de vergüenza.

Poco después, el hombre cortó la llamada y se acercó al coche.

Señorita Tania, me informan que la señora Yademira no está en su casa.

¿No podemos llegar al pueblo y esperar a que regrese?, intervino Karina.

Uy no, dijo el hombre.

Tania comprendió que les estaban ofreciendo una puerta de salida. Aunque aún tenían sus credenciales de elector...

Si no tienen inconveniente, las vamos a acompañar hasta el límite del estado, dijo el rancho. Por desgracia, hay gente de otros lugares que quiere venir a nuestro estado a agredir al pueblo.

Regresaron por la misma carretera, escoltadas por la troca gris, sin saber si en realidad todo había terminado o aún les esperaba algo más. Seis kilómetros después, la troca les echó las luces y Tania se orilló. El rancho caminó hasta el coche.

Nosotros hasta aquí llegamos, dijo extendiendo las cuatro identificaciones. Lamentamos mucho no se haya podido hacer el trabajo. Si alguna vez quieren volver, aquí adelante hay un puesto de cocos. El dueño se llama Herminio. Por favor avísenle a dónde quieren ir y él se comunica con nosotros.

En efecto: quinientos metros más adelante, después de la última curva de Quiroga, pasaron frente un toldo azul en cuya sombra se refugiaba un anciano encorvado que blandía un machete contra la corteza de un coco.

Lo que pasó después fue peor.

Tania tuvo pesadillas, insomnios. Soñaba con la cara de los rancheros, con su tono de falsos policías. Se enteró de que Yademira le había mentado, como mienten las personas desesperadas que quieren que alguien les quite una pena. O por lo menos, no le había dicho toda la verdad sobre la zona. Supo que dos cárteles se peleaban el control del territorio y que ahí también desaparecían muchachos en carreteras y caminos, cuando iban al parque o a un baile, a la escuela, a la farmacia, y que aparecían muertos en cunetas y en terrenos baldíos, en maizales secos o en canales de aguas negras. Tania pensaba que esos dos hombres de cachucha y lentes oscuros, esos dos rancheros que las detuvieron en la carretera, eran quizá responsables de algunas de esas muertes, que quizá sabían qué le había pasado a tantos muchachos, y que ellas estuvieron mucho más cerca del abismo de lo que habían pensado. ¿Qué tal si el enemigo estaba mucho más cerca? En realidad no tenían ni idea de la vida de esas mujeres, mucho menos de las cosas en las que habían estado metidos sus hijos. ¡Pero cómo íbamos a dudar de su sinceridad y de su inocencia! La mera sospecha de que *se lo habían buscado*, como insinuaban los judiciales y los ministerios públicos, nos parecía una culerada imperdonable.

Después de este episodio Tania se despidió de la idea de filmar escenas de acción viva como las del documental guatemalteco. Se resignó a que el hilo de su película la llevaran las entrevistas, algo que aborrecía y, por supuesto, prometió que ya no iba a buscar a Yademira.

Actuó bien, contrario a lo que dijo la sonidista nerviosa, María, que no quiso volver a saber del proyecto, ni siquiera para cobrar. No la culpo. Cualquiera pierde el control en una situación así.

Por mi parte, al inicio experimenté un gran alivio cuando Tania y Karina me contaron lo que había pasado. Luego, revivía mi fascinación por la personalidad de Tania. ¡Qué capacidad para mantener la calma, responder de forma adecuada y tomar las decisiones correctas! Pero el alivio y la admiración pronto se me convirtieron en miedo y en rabia. Tania estaba realmente asustada y juraba que iba a tener más cuidado, pero en realidad reaccionó como los toreros, que para superar el miedo frente a la bestia sólo pueden aventarse de cabeza contra ella.

Una madrugada la encontré en su estudio, envuelta en una cobija, a oscuras, como diez años antes, cuando la amenazó el notario. Sólo que ahora no escuchaba música con audífonos, sino que revisaba documentos y películas sobre desaparecidos en Colombia o Chile, testimonios de niños secuestrados y convertidos en sicarios en la montaña de Galeana, informes forenses sobre fosas clandestinas.

¿Qué pasa?, le dije, y ella me devolvió una sonrisa que en realidad era una mueca nerviosa. ¿No es evidente?, dijo.

Lo que te estoy preguntando es por qué haces esto, dije.

Levantó los hombros, agotada.

Vente a dormir, anda. Es muy tarde.

No puedo dormir, dijo.

¿Y cómo vas a dormir si sigues viendo esas mierdas?

No es eso.

¿De verdad crees que ver videos de decapitados en YouTube es la mejor manera de relajarse?

No son videos de decapitados. Y de todas formas no podía dormir.

Lo que sea. Son las dos de la mañana, Tania. Necesitas desconectarte.

Ahora me vas a decir tú lo que necesito.

Me miraba con una rabia escondida desde quién sabe cuándo.

Vas a despertar al niño, dije.

Y entonces me mandó a la mierda, me empujó fuera de su estudio y se encerró con un portazo.

Sigue viendo tu mierda entonces, grité contra la puerta de madera. Luego no te quejes de que tienes pesadillas.

Fui yo el que despertó al niño. Mientras lo abrazaba para calmarlo y lo acostaba de nuevo, seguía discutiendo mentalmente con Tania. Le echaba en cara la inestabilidad que había introducido a nuestra vida, le reclamaba su imprudencia, la culpaba de sus propias pesadillas.

En ese momento, yo creía estar al margen del problema. La que estaba sola en la oscuridad era ella, la confundida era ella, la que no se dejaba acompañar era ella. Yo no tenía ninguna responsabilidad.

Me gustaría que ésta fuera una historia de fuerza, de lucha contra la injusticia en clave policiaca, sólo que en lugar de tener por protagonista a un detective que se enfrenta a la corrupción del sistema, tenemos a una periodista intrépida que hace un documental sobre los desaparecidos. ¿Les suena? Podría vender, supongo. Pero a mí nunca me ha gustado la ciencia ficción ni los cuentos de hadas. ¿Quién va a creer que en ese país hay un poli o un detective privado que pueda investigar un crimen a lo Sherlock Holmes, o que por lo menos lo intente, aunque acabe mal, como los héroes de Hammett o Chandler? A lo mucho pueden ser como el sheriff Bell, de Cormac McCarthy, condenado a seguir el rastro de los cuerpos sin comprender por qué tanta saña, qué sentido tiene esta violencia gratuita. Toda mi vida había creído en Dios, dice el sheriff Bell, pero ahora sé que no existe. El que sí existe, porque me he tragado su olor a muerto cada vez que levanto un cadáver, es el príncipe de las tinieblas, Luzbel, el Diablo.

Pero nuestros polis ni siquiera intentan hilar las causas de las muertes; son más bien sepultureros, burócratas que levantan actas de defunción antes de que llegue un nuevo reporte de asesinato. Y los periodistas, ¿cómo acaban los periodistas que andan metiendo sus grabadoras y sus lentes en los palacios manchados de sangre? Pregúntenle a Lalia Chico. Por andar investigando una red de pederastas muy encumbrados le enviaron unos gorilones, la secuestraron y la llevaron mil quinientos kilómetros en una cajuela, y diez años después todavía sigue ruleteando de sala en sala de la Suprema Corte para que se castigue a alguien. Eso era en la prehistoria, porque los políticos aprendieron que si te quieres chingar a un periodista, lo mejor es asegurarte de que nunca pueda salir de la cajuela, como años antes los camioneros aprendieron que si atropellabas a un cristiano, era preferible echarle en reversa para rematarlo, porque sale más caro un juicio por lesiones que una fianza por homicidio.

Claro, igual podríamos asumir la posición de los narcos y publicar las narraciones épicas de un capo muy poderoso al que apodan el Chapu porque brinca frente a los federales, un genio de la logística al que ya quisieran UPS o FedEx como jefe de operaciones internacionales, un hombre determinado que empezó desde abajo y que tiene un sentido de la lealtad a prueba de todo, que es generoso con los que le son fieles e implacable con los traidores, que respeta a los civiles y a las familias y que sólo asesina a los que se lo merecen. Una ficción, a fin de cuentas, que deje a salvo nuestros prejuicios morales: que el inocente siempre está a salvo y que sólo mueren los culpables.

Una ficción que se repite y se repite y que en el fondo justifica por qué la mayoría de la gente que trabaja y va a misa los domingos se siente perfectamente responsable y correcta, en una palabra, buena, y explica por qué esa gente buena no abre la boca cuando le dan un cristalazo a su vecino o cuando el camionero decide, por sus huevos, circular por los carriles centrales de una avenida y bajar a los pasajeros en el camellón, o cuando algún machito se tortea a una mujer en la banqueta o desgreña a su hijo desobediente, y por qué, cuando ve en los periódicos pura sangre, la foto de un encobijado, decapitado, pozoleado o levantado, esa gente buena piensa que algo habrán hecho.

No voy a mentir. Aunque arda. O más bien, para que arda. Para que tengan pesadillas, como las que tienen treinta mil familias. Deseo que sueñen con pozos llenos de cadáveres, brazos y piernas sobre sus ojos, moscas metiéndose por su nariz, lombrices debajo de la lengua, y que cuando salgan del pozo de los muertos y de las bolsas negras de basura se encuentren con el silencio. Y que griten y nadie los oiga porque viajan en autobuses con los audífonos puestos, que griten y nadie los volteé a ver y que se pierdan en pasillos cubiertos de expedientes amarillos, máquinas de escribir, secretarias entaconadas que enseñan las tetas y esconden los ojos, judiciales que parecen mafiosos y políticos perfumados que dicen que te ayudarán cuando están prendidas las cámaras de tele pero que te dejan en la sala de espera cuando nadie los ve. Sueñen con las fotos de sus hijos, de sus hermanas, y lloren cuando intenten retener su rostro y no puedan, o cuando su recuerdo se confunda con los cadáveres que han visto en el Semefo y el olor de los muertos se les quede impregnado en el paladar, sin que puedan quitárselo a escupitajos ni con tragos de vino chafa.

Sufran cuando griten y nadie les devuelva la mirada, o cuando un columnista cuestione quién financia sus viajes, sus mantas, las copias de las fotografías que pegan en las paredes de los autobuses y en los postes de luz, y soporten su risa irónica cuando digan que lo pagan de su bolsillo, que están quebrados, endeudados por pegar carteles con la foto de su familiar que luego son cubiertos por el cartel del próximo concierto de Radiohead o de Luis Miguel.

Abro la carpeta “Entrevistas” y doy clic al primer video. Aparece una mujer morena sentada en una silla. El fondo, negro. Karina le está poniendo un micrófono en la solapa. La mujer viste una camiseta blanca que tiene estampada la foto de un hombre con bigote y la leyenda “¿Dónde están?” con letras rojas. Tiene el pelo chino y suelto, despeinado, como de metalero de los ochenta, y cuando Karina termina de ajustarle el micrófono, la mujer levanta del suelo una fotografía y la muestra a cámara. Me llamo Marta Cañizares y busco a mi hermano Juan Carlos Cañizares López, dice. Mi hermano desapareció en Ocampo el 12 de marzo de 2011. Había salido con unos amigos a un bar. Como a la una de la madrugada, recibimos una llamada suya en la que nos decía que había tenido un accidente de tráfico, que estaban bien, pero que por favor fuéramos a recogerlo. Nos dijo que estaba en la esquina del boulevard Gómez Morín con Fidel Velázquez, y ya cuando iba a colgar, nos informó que acababa de llegar una patrulla. Cuando mi papá y yo llegamos al lugar del choque, encontramos el coche abandonado, con tres balazos en la portezuela y la cajuela abierta, pero ni rastro de mi hermano. Desde entonces no lo hemos vuelto a ver.

Otro clip: Tania pide que una mujer muy maquillada se presente y diga a quién busca. Me llamo Ariana Zúñiga y busco a mi hija Fátima, dice. Fue vista por última vez el 21 de junio de 2012 a las 5:30 de la tarde por las cámaras de seguridad del centro comercial Fiesta Plaza en Boca Chica cuando se subía a un taxi con tres amigos.

Y hay más:

La entrevista a una mujer que tiene la mirada perdida y que mira hacia una ventana. A su hijo se lo llevaron en la esquina de su casa, cuando los cárteles se disparaban en las calles y secuestraban autobuses de pasajeros, los rociaban con gasolina y los hacían arder a media avenida para cortar el tráfico. Desde mi casa escuché gritos y rechinones de llanta, dice la mujer. Óscar estaba patinando con sus amigos en la calle... cuando salí, alcancé a ver cómo se lo llevaban unos encapuchados en una troca negra que daba vuelta en la esquina.

O el padre que sostiene sobre las piernas la fotografía de su hijo, con quien tiene un estremecedor parecido físico, un estudiante de enfermería que estaba haciendo su servicio social en la sierra y que desapareció con otros tres compañeros después de un taller de salud sexual y reproductiva en una comunidad de aguacateros.

O la madre de la muchachita que trabajaba en una juguetería y que un jueves salió de trabajar a las ocho y media, y que nadie ha vuelto a ver.

O la de los muchachos que madrugaron para ir a surfear a Santa Clara.

O la de la doña que tuvo que hacer dos huelgas de hambre frente a Gobernación para que le entregaran unas pruebas de ADN que confirmaran si el cuerpo sin cabeza que la Marina le había entregado realmente era el de su hija.

O la de la señora que se reunió con un agente federal en una de las oficinas de la presidencia municipal de su pueblo, una oficina adjunta al cabildo y a la oficina del alcalde, al que entregó nombres de lugares, testigos, sospechosos y todo lo que había indagado sobre la desaparición de su hijo, uno de los choferes de los catorce camiones de Coca-Cola que los Caballeros Negros

incendiaron porque el Ejército supuestamente los usaba para espiarlos, y que luego descubrió que el supuesto agente que se paseaba como un pinche marqués por las oficinas del Ayuntamiento en realidad trabajaba para el cártel y que toda su investigación había terminado en manos del enemigo.

O las de las madres de migrantes centroamericanos que desaparecieron en algún metro cuadrado de nuestro bendito país, ya sea porque los bajaron de un tren de carga, porque el coyote los traicionó o porque se asfixiaron en algún camión con doble fondo que supuestamente transportaba sandías, harina o latas de atún. Son tantos e importan tan poco que ni siquiera los contamos como individuos, sino como “los centroamericanos”.

Lo más terrible de este coro del infierno es que la mayoría tiene la esperanza de que sus hijos estén vivos. Deben andar en un campo clandestino de amapola o mariguana, en un laboratorio de metanfetaminas o en algún sórdido prostíbulo. Los han de haber convertido en sicarios. Pero vivos deben estar, en algún lugar.

¡Ésa es su esperanza...! Que sean esclavos, sicarios o putas.

Entonces empezaron a aparecer más fosas. Una, dos, quién sabe cuántas fosas perdidas en medio del desierto y que se convirtieron en un manantial interminable de cuerpos. La tele y los periódicos actualizaban cada media hora la cifra de muertos. Treinta y siete, cincuenta, ciento treinta y dos... El número caducaba tan rápido como la información, porque cuando los reporteros transmitían el último dato, ya había aparecido otro. Y luego otro. Y otro. Luego hallaron otra fosa a doscientos metros, y luego otra en el rancho vecino, y en el siguiente, y en otro, así es que los muertos se nos fueron amontonando hasta que ya no sabíamos cuántos eran, mucho menos quiénes, cuándo, por qué, y los forenses, que aparecían en la tele vestidos con trajes blancos de astronauta se convirtieron en exploradores de un misterio que estaba mucho más allá de los límites de lo comprensible, y la podredumbre hizo imposible distinguir cuál era cuál, y todo se convirtió en un flujo interminable de coxis, fémures, vértebras y cráneos que manaban milagrosamente del desierto.

Los cuerpos se amontonaban junto a las fosas como la tierra que se extrae al cavar, de modo que era inevitable preguntarse qué maquinaria había sido necesaria para abrir sendos boquetes, y cómo habían desplazado tanta tierra sin que nadie se diera cuenta, y a dónde había ido a parar. Quizá la vendieron como grava y arena para construir el rascacielos más alto de América Latina, un foro para conciertos de Paul McCartney, estadios panamericanos, la nueva sede del Senado, segundos pisos, monumentos por el Bicentenario.

Las camionetas de la procuraduría local, de la federal, del Ejército y la Marina, de todos los forenses de los estados vecinos, de las policías estatales, federales y municipales, no se daban abasto para llevarse los cuerpos, así es que, si la prensa ni los familiares se habían dado cuenta, volvían a tapar las fosas, y cuando ya no hubo remedio, aventaron los cuerpos al auditorio de una escuela secundaria, a donde llegaron los familiares de desaparecidos de todo el país, entre ellos doña Gaby, con la esperanza de que ahí, ahora sí, estuvieran sus hijos.

Les prometieron que identificarían a cada uno de los cuerpos, porque estaban en campaña y nadie quería decir la verdad: que era imposible hacerlo. Que no existía la infraestructura ni el personal ni el presupuesto ni la voluntad para hacerlo. Vamos, no tenían ni el clima. ¿Cómo procesas pruebas de ADN para miles de cadáveres en una temperatura de treinta y siete grados a la sombra?

Alcaldes, diputados, gobernadores, presidentes, jueces, senadores, todos dijeron ante las cámaras de televisión que trabajarían para identificar cada uno de los cuerpos, pero los familiares vieron poco después, en el mismo canal, que un reportero extranjero, con su chalequito color caqui y sus botas de explorador del fin del mundo, reportaba desde la planicie desierta del rancho *El Milagro*, en el que habían localizado vientidós fosas y dos hornos crematorios. En la imagen se ve cómo especula sobre lo que pudo haber pasado aquí o allá, mientras levanta polvo y mueve evidencia con un palo. Pero lo que verdaderamente enfureció a la turba fue que en varias tomas se ven dos excavadoras amarillas moviendo tierra.

Si en México las patrullas se estacionan sobre las rampas para discapacitados, la justicia no

se obtiene ante un juez sino en un show de tele, y se construyen hoteles de siete mil cuartos sobre arrecifes de coral, ¿cómo creen ustedes que iban a ser los procesos forenses? ¡Pues con trascabos! Qué importa que hagamos un revoltijo de cuerpos y que luego ya no sepamos qué parte es de quién, ni siquiera cuántos cadáveres fueron enterrados en ese lugar, ni quién lo hizo, ni por qué, y que de paso destruyamos todos los tejidos blandos, que es donde mejor se conserva el ADN. ¡Qué cuidado de la escena del crimen ni qué huellas digitales ni qué ciencia forense! Ésas son mamadas de películas gringas, que nuestros Sherlock Holmes no necesitan recoger evidencia, sino darle una calentadita a cualquier ladrón de farmacias para conseguir que se inculpe de haber soltado la bomba atómica sobre Hiroshima y Nagasaki.

El procurador salió a decir que las máquinas no estaban cavando, cómo creen, sino preparando el terreno para las exhumaciones, y que el proceso se haría con cuidado, por supuesto... Pero los zombis, que eran un chingo y estaban hartos, estaban dispuestos a incendiar *El Milagro* como la turba que tomó la Bastilla con palos y piedras. Era su última esperanza. Para los zombis, siempre es la última. La hicieron de pedo en redes sociales, la hicieron de pedo en la tele, en la radio y en la prensa, y Amnistía Internacional y Human Rights Watch también la hicieron de pedo, y la prensa internacional empezó a presionar al gobierno mexicano y un europarlamentario alemán también se la hizo de pedo al secretario de relaciones exteriores en Bruselas durante una reunión para revisar la cláusula de derechos humanos de no sé qué tratado de libre comercio, así es que hubo un telefonazo de emergencia al presidente, y el presidente no tuvo más remedio que aceptar que todo el proceso de exhumación e identificación fuera supervisado por la ONU. Y así fue como llegaron a México las peritas forenses argentinas que habían conseguido identificar cientos de cuerpos desaparecidos durante la dictadura militar en su país, y que luego trabajaron en el desierto de Atacama, en Chile, y en las fosas que dejaron los paramilitares en Colombia, y en el cagadero de Bosnia, y más recientemente, en el intento de exhumar las fosas de la guerra civil española que le costó el puesto al juez Baltazar Garzón.

Tania las conoció entre cadáveres y gritos de los familiares que lo único que pedían era que no hicieran maniobras con trascabos, que no les entregaran cuerpos en bolsas de basura en las que había dos cráneos —esto sucedió, no estoy inventando—, y que los funcionarios no insistieran de manera tan grosera que lo mejor era que cremaran los restos, que no los fueran a enterrar. Las peritas argentinas no quisieron salir en el documental, porque tenían miedo, y porque estaban tratando de conseguir que el gobierno firmara un acuerdo con su organización para asumir los protocolos internacionales de identificación de desaparecidos, que incluían la compra de tecnología de muestreo y cotejo de ADN mucho más sencilla y barata, como la que habían desarrollado investigadores de la Universidad de Antioquia, en Colombia. Decían que, después de haber estado en varios países, no hay nada peor que México, porque nunca sabes quién es quién. En otros lugares por lo menos hay bandos, territorios delimitados. En México nunca sabes a qué grupo podría pertenecer cada muerto, quién pudo haberlo matado y por qué. Ya había sucedido que unos forenses mexicanos examinaban el cadáver de un hombre muerto en una balacera y fueron interrumpidos por un comando armado que se robó el cadáver. Hasta entonces se supo que el muerto era un capo muy buscado y que los narcos querían evitar que el gobierno lo usara en su guerra de propaganda...

Todavía me pregunto cómo es que las argentinas, que estaban tan desconfiadas y asustadas, decidieron ayudar a Tania. Supongo que necesitaban aliados, gente que estuviera fuera del

entramado de las autoridades, quizá como una forma de protección. O quizá vieron en ella la misma luz que yo vi al principio y que la costumbre me hizo dejar de apreciar. Tania se había ganado la confianza de las doñas, no tenía nada que ganar, y sin embargo, ahí estaba, compartiendo riesgos.

Ellas enseñaron a Tania a usar TOR y otros softwares para garantizar comunicaciones seguras y a modificar las configuraciones del celular para que nadie pudiera rastrear su localización. Quizá estamos paranoicas, dijo Silvia, pero es que todo es muy extraño en México.

En efecto, a mí me parecía paranoico, una locura de gente que anda entre muertos y conspiradores, que desarrolla la manía de mirar hacia atrás por arriba del hombro, de nunca dar la espalda en un lugar público, de hablar en clave en todas sus conversaciones. Las argentinas convencieron a Tania de que eran constantemente espiadas por el Cisen, por la DEA, por los narcos, que no sólo tenían lana para comprar armamento más cabrón que el Ejército, sino equipos de comunicación sofisticadísimos, sistemas de hackeo, mierdas muy pesadas.

Te lo dijeron, Tania. Y luego me lo contaste a mí. Pero creímos que era una exageración. ¿En qué momento nos pareció normal hablar de técnicas de espionaje y contraespionaje propias de Julian Assange o Edward Snowden como si estuviéramos hablando de biberones o de discos de Frank Zappa?

Yo no quería que fuera a *El Milagro* a filmar el cagadero. Desde el principio me opuse. Pero el escenario era demasiado tentador para Tania: la desgracia había agrupado a un chingo de madres de todo el país, entre ellas a uno de los personajes centrales de su película; las había encendido y activado políticamente y habían ganado una pequeña batalla.

Tania argumentaba que ir a *El Milagro* no era tan peligroso, que había prensa internacional, policías federales. Como si eso pudiera tranquilizarme. Nadie se va a atrever a tocarnos, dijo. ¿Y cuándo ha sido ése un problema? En México es más costoso políticamente matar perros que periodistas. ¿Quién carajos sabe quién era Rodolfo Rincón Taracena, Regina Martínez o Rubén Espinoza? ¿A quién le importa que ya no estén, que ya nadie publique el nombre del comandante de la policía que protege a tal capo, cuánto ganan los oficiales de migración que secuestran migrantes, quién mandó golpear a los #YoSoy132 en el estadio Azteca, cuánto dinero del narco blanquean los bancos suizos?

Yo sabía que era inútil, pero aun así intenté convencerla. ¿Qué más podía hacer, además de esperar en casa con Patricio a que todo se derrumbara? Estás fuera de control, dije, y ella interpretó mi frase como si le estuviera reclamando que se hubiera salido de *mi* control. Pinche macho de mierda. Controlador. Pocos huevos. No, repliqué, tú eres la que perdiste el control, estás mimetizada, ya no sabes ni qué estás haciendo. ¿No te bastó el sustito de la carretera? Y ella: Voy a ir, aunque no te parezca. ¿Y nosotros qué? ¿No tenemos nada que decir al respecto?

No te estoy preguntando. Tú no decides por mí.

No supe qué decirle. De hecho no le dije nada, no pude decirle nada. Sentí que me tragaba una piedra y que se me atoraba en las tripas. La primera noche, después de bañar y de dormir a

Patricio, me quedé solo en mi cuarto, prendí la tele y después de un rato de ver idioteces, sentí por primera vez el abismo que se abría bajo mis pies. Soñé que nos perseguían en una camioneta. Y que nos disparaban. Así es que nos metíamos a un túnel lleno de curvas y conseguíamos escapar, pero luego se me perdía Patricio y no lo podía encontrar.

Al día siguiente llevé al niño a la escuela, me fui a trabajar, cada vez más nervioso, hasta que llegó un mensaje de un número desconocido: Soy yo, ¿me puedes marcar? Que había tenido muchos problemas para comprar otro chip para el celular, se disculpó. Que estaba con doña Gaby y con otras señoras y que habían visto fotografías forenses. ¿Cómo está Patricio?, dijo.

Bien, sin novedad.

Tania se quedó callada, mucho rato. Hasta que finalmente dijo: Está muy feo aquí. Hay muchos muertos, gente muy desesperada.

Sentía que la observaban todo el tiempo. En el pueblo no era común que se presentara gente con cámaras y micrófonos; mucho menos personas que no tenían en su cuerpo o en su equipo el sello de una televisora, algo que le permitiera a la gente entender quiénes eran y qué hacían ahí. Les daban la vuelta. En ese momento no me lo dijo, porque no era seguro hablar por teléfono, pero supo que en el centro del pueblo había un Elektra en el que el jefe de plaza, un tipo al que le decían El Sapo, cobraba los giros con el rescate que enviaban desde Estados Unidos o Centroamérica las familias de los migrantes secuestrados. Todo el mundo lo sabía: la policía, los vecinos, los comerciantes.

No debiste haber ido, le dije. Y ella: Sabía que ibas a decirme eso.

No podía evitarlo, no podía dejar de decirlo, porque yo tenía razón, y ambos lo sabíamos. No es agradable, pero es necesario, dijo Tania. ¿Necesario?, dije. Uf, Tomás. No voy a discutir otra vez...

¿Consiguieron imágenes?, le pregunté cuando el silencio que nos separaba se hizo demasiado incómodo, y me respondió con muy poco interés que sí. Cuando colgamos sentía que la piedra me incendiaba el estómago. Quería ayudarla, pero ella me había expulsado y yo no podía hacer nada. ¿Qué podía hacer por ella? Yo estaba cada vez más lejos y no tenía ningún poder. Por lo menos, no sabía cómo ejercerlo.

Yo sé que me van a matar, como hicieron con Marisela Escobedo y con Nepomuceno Moreno, dice Magdalena. Lo sé. Lo acepto.

Está grabado. Lo estoy viendo. Tiene la voz tan dura como sus ojos hundidos en una sombra negra disimulada con un poco de maquillaje y los ojos hinchados de tanto llorar y poco dormir. Lo único que pido a Dios es poder morir sabiendo qué le pasó a mis hijos.

Magdalena había seguido el rastro de doña Marina, la matrona del Vulalá, y en las afueras de Cahuatitlán encontró una antigua fábrica de hielo en la que había más de setenta chicas, niñas de todo el país y de Centroamérica, República Dominicana y Cuba, muchachas de Rusia y Rumania, y también de África. Ella avisó inmediatamente al Ministerio Público que la Procuraduría General le había asignado después de que el presidente le prometiera ayuda, pero tardó siete días en conseguir una orden de cateo, de modo que cuando llegaron al lugar ya no quedaba nada más que unos colchones en el piso, ropa vieja y restos de comida en un refrigerador industrial.

Unos días después recibió una llamada en el celular: Cállese el hocico, pinche puta, si no quiere acabar como sus hijos. Pero Magdalena no sólo denunció la amenaza, sino que la hizo pública, de modo que, además de complicarse la propia búsqueda, un día terminó en la cajuela de un coche, y después de un viaje de dos horas por carreteras y caminos empedrados, sus secuestradores la arrodillaron en un páramo solitario y le pusieron una pistola en la cabeza. Al final, todo quedó en advertencia, la última: la próxima vez se la cumplirían y también se llevarían de corbata a los hijos que aún le quedaban.

La mayoría de la gente se calla, nos callamos, porque no somos pendejos, porque queremos vivir, y sí, puedes sentirte culpable, puede ser muy injusto, pero así es: el puto deseo de sobrevivir. Debieron matarla en ese momento, supongo, pero cómo iban a saber que Magdalena no era como todo el mundo, sino como nuestra perra herida y abandonada en el túnel, así es que la doña se puso más loca en cuanto salió de aquel paraje. Caminó dos horas, llorando, sin zapatos, y luego comprendió que ya estaba muerta, y desde entonces se convirtió en una perra rabiosa. Empezó peleándose con funcionarios, le manoteaba al Secretario de Gobernación y declaraba frases de fuego a la prensa, y terminó peleándose con el poeta, con sus compañeras del Movimiento, con sus abogados, con los guaruras que le puso el Estado para supuestamente protegerla. Había visitado el infierno de ida y vuelta, y ya no tenía nada que perder, decía. Se había quitado el miedo.

Yo sé que me van a matar, dice Magdalena mirando a la cámara. Habla con una insolencia retadora, fuera de toda lógica de autoprotección, y según sospecho por lo que pasó después, con la consciencia de que la grabación se convertiría en una especie de testamento. Un testamento envenenado, digo yo porque, para Tania, recibir esa información se convirtió en un problema. No sólo era inservible para la película —habría tenido que verificar todas las acusaciones, cosa virtualmente imposible, o editarlo para borrar referencias—, sino que suelta un rosario de datos, conexiones, nombres de militares, jefes policiacos, ministerios públicos, congresistas, jueces y empresarios que terminan provocando lo que provocaron: insomnios, terrores nocturnos, la

sensación de estar metida en las fauces de un monstruo mucho más grande de lo que había imaginado.

El problema es que, una vez filmado, tampoco se podía destruir el material, porque los agraviados siempre sospecharían que podía existir una copia más. Y para ellos, basta la sospecha para que seas de antemano culpable.

Unos días después de la entrevista, una troca negra interceptó la camioneta en la que Magdalena viajaba con los escoltas que le había asignado la Procuraduría. Unos tipos bajaron con ametralladoras, hicieron disparos al aire y se la llevaron sin que los guaruras hicieran algo.

Fue en la capital, en una avenida importante, a las seis de la tarde. Nadie los vio venir, nadie intentó repelerlos ni los persiguió. Cuál pinche Kevin Costner aventándose a parar las balas contra su protegida... La realidad es que ningún poli va a arriesgar el pellejo por un sueldo de mierda, mucho menos por una vieja loca y gritona que no tiene ningún sentido de la prudencia ni del cuidado de sí misma. Los guardaespaldas se esfumaron, nadie supo de ellos ni los buscó. Seguramente son ahora escoltas de un pinche finquero en Chiapas o secuestradores o jefes de plaza, que en México sólo tienen problemas de empleo los pendejos que insisten en respetar la ley.

Yo estaba corrigiendo trabajos escolares en mi estudio y Tania se había ido al parque con Patricio, pero regresaron mucho más temprano de lo esperado. Parece que levantaron a Magdalena, me dijo Tania en cuanto abrió la puerta. Su voz era pura desesperación, pánico. Cambió el chip de su celular y comenzó a hacer llamadas y a enviar mensajes cifrados para confirmar la información. De inmediato supo que sí. Y se puso mal, muy mal. Unos días antes había estado con ella en la misma camioneta, con los mismos guaruras... Era como la pesadilla anunciada por la doña del Valle de Santa Teresa. Le dio diarrea, una diarrea que la tuvo pegada a la taza durante varias horas, porque en cuanto se ponía de pie le venían encima unos retortijones horribles. Patricio lloraba, como si entendiera todo, quería estar siempre en brazos, así es que me lo llevé a la farmacia a comprar suero oral y pastillas para dormir. Cuando regresé a casa, Tania me mostró llorando una nota de un periódico digital que daba más detalles del secuestro. No puede ser, decía con los ojos rojos, fuera de sí. No lo puedo creer. Y esa noche durmió un sueño de somníferos que no impidió que despertara con la boca más seca y la sensación de que alguien le succionaba la fuerza desde dentro del cuerpo.

Tres días después de que secuestraran a Magdalena sin que sus guaruras movieran un dedo — hasta la fecha la Procuraduría no ha iniciado una investigación para localizarlos —, Tania recibió un mensaje cifrado de uno de sus informantes en el que decía que el cuerpo de Magdalena había aparecido en un lote baldío cerca de la carretera a la sierra. Le habían arrancado las uñas y los pezones. Le habían cortado la lengua. Y luego le habían dado el tiro de gracia. Pegado a su vientre, con cinta canela, había un letrero que decía: VER, OÍR Y CALLAR.

Mientras más público sea un caso, más costosa será su solución violenta, creíamos. Y por eso había que hablar con la prensa, salir a las calles, encarar al presidente, filmar documentales.

¡Comunicar! ¡Difundir! ¡Romper el silencio! Quedarse encerrado no sólo entorpece la resolución de un caso, sino que aumenta los riesgos. ¡Comunicar! ¡Difundir! ¡Romper el silencio! Hay que demostrar que hay una sociedad civil fuerte, tomar las calles, dar el mensaje de que no olvidamos ni claudicamos. ¡Comunicar! ¡Difundir! ¡Romper el silencio! Como si los asesinos leyeran a Habermas y decidieran a quién escabecharse según la matriz weberiana de medios y fines... Si a Nepomuceno Moreno lo mataron dos semanas después de que se reuniera con el presidente, supuesto comandante supremo de las fuerzas armadas, y todos vimos en televisión nacional el video de vigilancia que mostraba cómo le dieron un tiro en la cabeza a Marisela Escobedo en la plaza.

No hay garantías, ni ley, ni instituciones, ni Estado. Así es que lo único para lo que sirven las marchas es para exponerse frente a los halcones y a la policía secreta y a la prensa vendida y a los esquiroles y a los culeros que han asesinado y desaparecido a sus hijos... La realidad es que en este país no se investiga ni se castiga, así es que matar a las viejas que interrumpen al presidente durante sus actos políticos y que hacen huelgas de hambre no tiene ninguna consecuencia, a los periódicos no los leen ni las madres de los que escriben ahí, y si sale en la tele, que sí ven millones, tampoco tendrá efecto, porque estamos acostumbrados a ver la tele como vacas. Así que los delincuentes y los policías, que son lo mismo y los mismos, sólo quieren evitar escándalos, hacer silencio. Por eso se equivocan los que creen que gritar en las plazas podrá cambiar algo y proteger a las víctimas al aumentar el costo de su hipotética aniquilación. Al contrario: es llevarlos al matadero seguro, porque la sed de silencio se paga con sangre, y al que rompe el supremo mandato de cerrar el hocico le tumban los dientes o le ponen un cañón en la cabeza, si bien le va, o le cortan la lengua con un cuchillo de Rambo y lo exhiben escupiendo sangre en YouTube, o se lo llevan al reino del éter, quién sabe si disuelto en ácido o aventado en una fosa de algún rancho en algún paraje lejano, o se lo traga la tierra, la sierra, la fiera o la motosierra.

Pensé que iba a perderla porque se echó la culpa, se encerró en el cuarto, se sepultó debajo de las cobijas, lloró y apagó la luz, y durante unos días yo me encargué de llevar y traer al niño de la guardería, hasta que mi jefe me reclamó por llegar tarde al trabajo y tuve que decirle a Tania basta: no fue tu culpa.

Pero no era culpa, sino miedo. El miedo no siempre es un obstáculo que franquear, sino un indicador de los peligros, una advertencia. Y lo que Tania tenía era un tablero con luces precautorias encendido al mismo tiempo. No, no, no. En este país estamos desprotegidos, locos, y el que quiere sobrevivir tiene que cerrar el hocico. Si te advierten y te pasas de la raya, la pagas.

Hasta entonces parecía entenderlo: no hay vuelta atrás, no es un juego.

Es necesario meter la cabeza al infierno para poder actuar, pero en este país tenemos miles de barreras para no ver ni oír, tenemos Facebook y Twitter, y el discurso político más cínico, y la tele más idiota, y la clase empresarial más cínica y depredadora, y el pueblo más agachón e imbécil. Todos prefieren mirar para otro lado, escupir sus buenas intenciones con palabras lindas, pero la realidad es de pesadilla.

Yo soñaba que iba en una lancha por un río desconocido, rodeado de bosques tropicales nebulosos, y escuchaba el rugido de los leones y el sonido de los tambores de guerra de alguna tribu, y luego veía máscaras y cabezas colgadas de los árboles, golpeteos de aves que me parecían risas o murmullos. ¿Quién está ahí?, le decía a Tania, pero ella no me respondía. ¿Quién anda ahí?, gritaba, con las manos alrededor de mi boca, pero de regreso sólo obtenía el eco de mi propio grito y el sonido de la selva. Y entonces miraba hacia atrás en el río, pensando dónde pudo haber caído Tania, pero el agua era un espejo con una corriente apenas perceptible, y era tan turbia que dejaba de verme las manos en cuanto las sumergía. Ella también despertaba afiebrada, el corazón acelerado a tope, temblando, yo la atraía a mi pecho y la abrazaba, y cuando le preguntaba qué era lo que había soñado, ella decía que algo muy feo y volvía a temblar, pero se negaba a contarme más.

Yo no podía hacer mucho, no podía hacer casi nada, más que rascarle la espalda y los brazos, y decirle que todo iba a estar bien. A veces deseábamos evitar que los seres amados sufran, estaríamos dispuestos a ocupar su lugar, cambiaríamos un brazo o una pierna por la de ellos, o eso creemos, porque más tardamos en hacer promesas de amor heroico que en traicionar a los que más amamos.

Un domingo vinieron a casa Carlos y Susana con nuestro ahijado Darío, seis meses mayor que nuestro hijo. Inflamos una alberquita de hule, la pusimos en el centro del patio de la casa, en un rincón que a esa hora estaba muy soleado, la llenamos con una manguera conectada a la toma de agua caliente de la lavadora y metimos a los niños a remojar.

Nuestros compadres también la estaban pasando mal. Acababan de tener un segundo aborto espontáneo. Sin explicaciones. La primera vez, Susana había ido a la revisión ginecológica de la

décima semana y el embrión estaba muerto; tuvieron que hacerle un legrado. La segunda vez, la realidad les confirmó su miedo a que la historia se repitiera, pero ahora estaban juntos y la tragedia no fue sorpresiva. Esperaban que los resultados de las pruebas genéticas explicaran qué estaba pasando, si antes habían tenido un niño sano, perfecto, pero no obtuvieron respuestas. Carlos había caído en una depresión muy honda y empezaba a tomar medicamentos psiquiátricos.

Ese domingo, todos necesitábamos un poco de compañía serena y divertida. Nada de hablar ni de ponernos densos. Los cuatro nos sentamos en el patio, con nuestras bebidas y alguna de esas botanas saludables que Tania se empeñaba en preparar para los niños y que nunca se comían: fruta picada, ensalada de lentejas o de garbanzos, panela asada en salsa verde, qué se yo. Ya no trasnochábamos en conciertos ni navegábamos en ríos revueltos, pero nos hermanaba el rigor de la crianza, las fiebres a media noche y las heridas que provoca hacerse adulto, así es que nos bastaban unas cervecitas y Buddy Holly.

Darío y Patricio jugaban en la alberquita con unos camiones de Lego. Aventaban agua, se daban sentones, se carcajeaban. Las madres se levantaron a ponerles bloqueador solar y los niños, por supuesto, se resistieron, y después, cuando el agua se enfrió y empezaron a temblar, los sacaron del agua y los envolvieron en toallas blancas.

Aún puedo ver a Patricio en el regazo de Tania, comiendo sandía. Tenía el pelo húmedo y ella lo arropaba en brazos y jugaba a recargarle la barbilla en la cabeza y a esconderse cuando Patricio giraba la cabeza para buscarla y se partía de risa, una y otra vez. Por un momento tuve la secreta ilusión de que esa paz durara para siempre, que al menos tuviera la fuerza suficiente para contener sus ansias redentoras.

Tania resolvió que ya era tiempo de editar. Se encerró a revisar y a clasificar todos los videos que tenía archivados en su disco duro e incluso comenzó a decir que deberíamos irnos a vivir a España, a Inglaterra, a Estados Unidos, a cualquier lugar en el que no sintiera que en cualquier momento podían hacernos daño.

El problema es que con Tania nunca sabías. Un día se ponía paranoica y decía llorando que iba a terminar su película con lo que tenía, y al día siguiente veía una noticia en el periódico o en la tele y le regresaba la fiebre justiciera.

Y eso fue lo que pasó: apareció otra fosa en el sur, como las que ya habían aparecido en el norte y en el occidente del país, y como las que seguirían apareciendo y aparecerán.

Ni siquiera había confirmación de cuántos cuerpos eran y el gobernador ya estaba diciendo que su estado era un lugar seguro, que en donde quiera pasan estas cosas, que los medios nomás echan a perder la imagen del país. Que bienvenidos los turistas, que México los recibe con los brazos abiertos. Y eso encabronó a Tania, así es que cuando alguna de las doñas del Movimiento le dijo que iba a ir, de inmediato se le ocurrió acompañarla. Yo no lo podía creer: quince días antes estaba sepultada en cama, llorando por Magdalena, y ahora...

Ya me la has hecho muchas veces, Tania, pero esta vez no, le dije.

Ni siquiera me miró. Siguió haciendo su maleta.

Tania, estoy hablando en serio. Si te vas, te voy a pedir el divorcio.

No puedo seguir así, dije.

¿De a tiro?, preguntó, como si de pronto despertara a alguna verdad que no había podido ver.

Tenía la secreta esperanza de iniciar una pelea que la ayudara a salir del embrujo. Pero lo que recibí fue indiferencia: De acuerdo, dijo. Si es lo que quieres...

No es lo que quiero, pero siento que cada vez me dejas menos opciones.
Tienes razón, lo entiendo, dijo. No es justo.
Y se fue.

La gente fue a la morgue a preguntar por sus familiares y los funcionarios dijeron que no podían pasar, porque el estado de los cuerpos no permitía la identificación visual. Así, con esas palabras: el estado de los cuerpos. Identificación visual. No permitir.

Pero queremos respuestas, información, dijeron los familiares, y los funcionarios, que contaban los minutos que restaban para largarse mientras se pintaban las uñas o resolvían sudokus, dijeron que no podían dejarlos pasar.

Pues esperamos, dijeron. Y aguantaron veintisiete horas, malcomidos, sin dormir, viendo cómo los forenses entraban y salían de la sala sin darles información, sólo la cantaleta del estado de los cuerpos y la imposibilidad de la identificación visual, hasta que las doñas se hartaron de esperar y entraron a la fuerza. Contuvieron el aliento y levantaron las sábanas que cubrían los cuerpos... Quizá pensaban que encontrarían a sus hijos dormidos, boca arriba, con los ojos cerrados, un poco azules... Pero lo único que hallaron fueron bolsas de carne reventada o a punto de estallar, manos, tórax, larvas, moscas, una bomba fétida que terminaría por destruir su esperanza.

Cuando fue el portazo Tania había ido a la tiendita, pero Daniela consiguió colarse entre la turba y grabar el momento en el que una mujer levanta la sábana que cubría un cadáver. Del horror directo no tengo imagen, sólo el reflejo de asco y de espanto en su rostro, el golpe que transforma su decidida voluntad en pesadilla. Lo veo en cámara lenta: la mujer aleja inmediatamente la mirada, como si hubiera recibido un choque eléctrico, suelta la sábana y da dos pasos hacia atrás. Veo sus ojos vaciados, un parpadeo, otro, sus brazos moviéndose hacia atrás, el mueble metálico en el que intenta recargarse, y finalmente, su rostro fuera de órbita cuando se dobla hacia adelante para vomitar.

La escena destinada a convertirse en el clímax de la película. No hay mejor síntesis de la desesperación y del vértigo al que eres sometido cuando ni siquiera tienes el consuelo de un cadáver. Es mejor mirar la verdad podrida que permanecer al margen con la cabeza llena de fantasmas; es mejor la decepción *gore*, el reflejo efímero que nos devuelve —engusanado eres y en engusanado te convertirás—, que una vida de especulaciones e incertidumbres, preguntas sin respuestas, muertes sin cuerpos.

La cámara se queda unos instantes con la mujer mientras vomita, se abre la toma, y se ve a la mujer sola entre dos camillas con cuerpos. Entonces se empiezan a escuchar los gritos de los empleados del hospital y la toma se corta.

Daniela alcanzó a esconder la cámara y así evitó que le confiscaran el material, mientras la turba se deshacía en una explosión de histeria, llantos, vómitos y murmullos, y los empleados del hospital intentaban sacar a la gente de la morgue reiterando lo que ya habían advertido, que el estado de los cuerpos no permitía su identificación visual.

Pues no nos vamos, dijeron entonces y se echaron al piso, y cuando los empleados del hospital intentaron sacarlas a la fuerza, se abrazaron a las patas de las camillas que sostenían los cuerpos podridos y empezaron a gritar ¡No nos moverán, no nos moverán! Y a soltar manotazos y patadas. Luego llegó la seguridad privada y Tania, que para entonces ya había regresado de la tienda, se

puso a alegar en su defensa. Ahora sí hacen caso, ¿no? Llevan dos días aquí y nadie les había dado una explicación.

Daniela tuvo que hacerla a un lado, porque ya venía la policía, y le dijo al oído que tenía imágenes del portazo y que necesitaban asegurar el material.

Y entonces, en uno de esos arranques de frialdad que podía tener Tania, tomó entre los dedos la tarjeta de memoria de la cámara, que Daniela le entregaba con la discreción de un traficante y le dijo: Yo voy a guardar esto, tú has como si siguieras grabando.

No voy a contar aquí a quién le entregó el material. No soy pendejo, ni quiero sumarle un daño más a esta persona, que de por sí carga con un rosario de desgracias. Sólo diré que, gracias a ella, un día después del portazo, el video se filtró a los medios de comunicación, la ciudad se llenó de prensa internacional y el gobierno tuvo que echarse para atrás. Entonces sí salió el director del Semefo a dar cátedra y a jugar al pinche Beakman de la ciencia forense. Ahora sí sonreía y explicaba con cuidado que primero tenían que determinar cuántos cuerpos eran, porque había distintas partes desmembradas, y que por el grado de descomposición de la carne y por la presencia de ciertas larvas podrían calcular la fecha aproximada de las muertes, y así determinar si la fosa era producto de una masacre organizada y ejecutada al mismo tiempo o era más bien un depósito en el que habían ido aventando cadáveres de distintos asesinatos. A todos se les practicarán pruebas de ADN, prometió. Pruebas de ADN, como si fuera la quinta chingada.

Entiendo su desesperación, dijo el gobernador, pero no se puede exigir el respeto a la ley si no se empieza por respetarla. ¿Cuál ley, si en México la ley no existe, y si existe, es un arma al servicio del más fuerte, empezando por las personas que deberían respetarla y hacerla respetar? No son las formas, dijo el gobernador.

El mismo tipo que seis meses después, en lo que sería un triunfo político para el nuevo gobierno y para la DEA, fue arrestado y presentado públicamente junto a su hermano David, exlíder del congreso local, acusados de ser los principales lavadores de dinero de Los Tejas, dueños de hipódromos y criaderos de caballos en Kentucky y Oklahoma, yates en San Juan de Puerto Rico, mansiones en Miami y Aspen, arquitectos de un entramado de cuentas bancarias y empresas fantasma en Suiza, Hong Kong y las Islas Caimán. Ese mismo huevón fue el que declaró que no eran las formas.

Volviendo al día del desalojo, lo que Tania hizo fue entregar el material a una persona de confianza y regresar al Semefo justo en el momento en el que el comandante de la policía estatal entraba a la morgue con un pañuelo en la nariz y en la boca y le advirtió a las doñas en resistencia que irrumpir en un área hospitalaria era un delito. Mientras tanto, otro policía acosaba a Daniela. Que no se podía grabar, que apagara su cámara, que quiénes eran. Somos prensa, alegaba Daniela, así es que otro policía, el segundo de abordó, les dijo que se atuvieran a las consecuencias.

No estás en la capital, mi reina, se rio el policía.

Luego fue a chismearle a su jefe lo que estaba pasando, así es que poco después llegó el comandante, amabilísimo, y les preguntó de qué medio eran. De CNN, respondió Tania. ¿Podría mostrarme su acreditación?

No le voy a mostrar nada.

Es difícil asegurar qué hubiera pasado si no hubieras soltado esa insolencia. La historia está hecha con lo que hicimos, no con lo que dejamos de hacer. Díganmelo a mí.

El hecho es que el comandante dijo algo en clave por la radio y volvió al anfiteatro a dar un

ultimátum: o se salían por las buenas o los sacaban por la fuerza. A Daniela le pusieron enfrente a un gorilón que tapaba el lente de la cámara cada vez que intentaba grabar. Sin embargo, el comandante comprendió que aquello iba a terminar en una escena dantesca, y aunque consiguiera que las periodistas no lo filmaran, no podría impedir que se supiera, así es que poco después anunció que el gobernador había enviado a un representante para resolver el conflicto. Llegó un tipo engominado y sonriente, con guayabera blanca, que se negó a hablar dentro del anfiteatro después de oler la peste, así es que recibió a una comisión de familiares en la oficina del director del Semefo, y en media hora había prometido una solución que, por supuesto, no daría. Con el negociador llegó un tipo de Comunicación Social que dijo estar ahí para atenderlas y que, al enterarse de que no eran periodistas de CNN sino documentalistas independientes (y amigas de las doñas), se puso rojo y las sermoneó sobre ética profesional y las acusó de manipular a la gente para que hiciera desmanes.

Cuando se publicó en CNN el video del portazo y los principales periódicos retomaron el caso, y la indignación explotó en YouTube y en Facebook y en Twitter, y el narcogobernador resolvió en favor de las familias, Tania creyó que había ganado. Pero poco después comenzó a seguirlas un Stratus blanco sin placas, perdían constantemente la señal del celular, y en la tarde, cuando Tania y Daniela salieron del hotel para visitar a unas personas, alguien entró a su cuarto de hotel, esculcó sus cosas y se robó su ropa interior.

Me llamó cuando yo estaba en el parque con Patricio. Tengo miedo, me dijo. La voz le temblaba, estaba a punto de llorar, como una niña que se ha perdido en medio de un mercado. Tienes que irte ya, le dije. Ella todavía dijo que no podía, porque tenía cita con sabe quién. Con un carajo, Tania, ¿qué es lo que no entiendes? Y ella se soltó a llorar. De nada sirve que me regañes, suplicó, sorbiéndose los mocos. ¿Qué vamos a hacer? Estoy demasiado lejos...

Ella dejó de llorar poco a poco. Imagino que se secaba las lágrimas y se levantaba del piso alfombrado o de la cama del hotel. Lo peor son los tipos del Stratus sin placas, dijo. No les van a hacer nada, las están empujando para que se vayan, dije, y ella respondió que sí, aunque en realidad yo no estaba seguro.

Tomem un taxi al aeropuerto y súbense al primer vuelo, dije. Intentaba tranquilizarla (y tranquilizarme) concentrándome en lo que había que hacer rápido. Daniela ya investigó y hay un vuelo a las 7:30, dijo Tania. Faltaba una hora y media. Sí alcanzan, dije. No hagan check out ni devuelvan el coche. ¿Cómo que no devolvamos el coche?, dijo Tania. Ese coche ya está fichado. Deja las llaves en el lobby. Luego vemos cómo lo regresamos, dije. Háblame en cuanto estén saliendo.

Aún me sorprende los bandazos que daba Tania: podía ser la persona más fría y resuelta, capaz de prever los movimientos de sus oponentes como ajedrecista, y luego ser tan vulnerable, tan dependiente.

Diez minutos después me envió un mensaje para avisarme que ya salían. Yo nunca había estado en Santa Rita y no sabía qué tan lejos estaba el aeropuerto del centro, donde estaba su hotel, pero media hora después aún no recibía llamada ni mensaje que confirmara que estaban bien, así es que marqué y me envió al buzón. Esperé cinco minutos y volví a marcar: buzón. Y luego una tercera vez: buzón. Y cuarta, quinta, sexta vez: buzón.

Empecé a sentir miedo, un miedo como nunca antes en mi vida. Pensaba en las cosas que podrían estar pasando, en los espías que estarían vigilando el lobby del hotel y de los que no podrían escapar por haber tomado un taxi en lugar de manejar el coche de alquiler, pensaba en el Stratus blanco que estaría esperándolas afuera, con dos tipos con peinado militar y camisas blancas empapadas de sudor, y recordé la escena de una película en la que una chica que está huyendo de unos narcos toma un taxi, el conductor le pregunta a dónde quiere ir y ella le dice que arranque, que no importa, y el taxista, después de acelerar y de mirar por el retrovisor, le pregunta

por qué está tan asustada, y ella le cuenta que sobrevivió a una balacera en una fiesta en la que murió mucha gente, y que la amiga con la que fue a la fiesta también está muerta, todos están muertos, y el taxista termina por conducir a un lugar aislado, donde la entrega a sus perseguidores... ¿En qué momento se me ocurrió que era más seguro tomar un taxi que usar el coche rentado? ¿Y por qué no se opuso a mi ocurrencia, por qué no me dijo que estaba pendejo, que los taxis están controlados por los sindicatos más charros de Santa Rita, y esos cabrones eran orejas, halcones, gente vinculada a las policías secretas y a los narcos? ¿Por qué ninguno de los dos tuvo la mínima cordura en ese momento?

Volví a marcar al celular de Tania, y esta vez dejé recado: Márcame, por favor. Luego llamé al celular de Daniela y sonaba ocupado. Qué raro. No estaba seguro de tener el número correcto, así es que llamé a Karina. El número está bien, me dijo, no te preocupes. Pero en su voz había tanta angustia como en la mía. ¿Hace cuánto salieron del hotel? Cuarenta minutos, le dije mirando el segundero de mi reloj. Algo anda mal. Tranquilo, dijo.

Después volví a marcar tres veces al celular de Tania, con idéntico resultado, y recordé cómo relataban las doñas las primeras horas de la desaparición, el miedo creciendo cada vez que los mensajes o las llamadas terminan en silencio o en la voz mecánica del contestador, la espantosa sospecha de que algo terrible ha pasado, una angustia que crece en el vientre como una columna de fuego.

Empecé a tuitear ferozmente, con las manos temblorosas, #SOS, #DóndeEstán, #Alerta, a difundir en las redes de periodistas y de familiares y de oenegés que Tania y Daniela no estaban, y la gente empezó a increpar al gobierno de Santa Rita para que garantizara su seguridad. Todavía estaban enchilados por el video de las doñas en el Semefo, así es que la mecha prendió pronto. El hashtag #DóndeEstánTaniaYDaniela se convirtió en *trending topic*, pero nada me devolvió la paz.

Había sido testigo indirecto de la mezquindad y la crueldad, de la violencia más abyecta, de la indiferencia y la soledad, pero siempre había permanecido detrás de un cristal. En ese momento tuve conciencia de que la violencia me había alcanzado y que era arrastrado al pozo, envuelto entre cadáveres y fantasmas, y de que esta sacudida me provocaría heridas de las que nunca me podría recuperar.

No se puede rescatar perros agonizantes sin que te muerdan.

Unos días después de la última Navidad, Tania me leyó la carta que un chavo le había escrito a su hermano desaparecido. Estábamos en la cama, después de dormir al niño. La carta estaba escrita en un lenguaje familiar. El hermano le echaba carrilla al desaparecido por la foto tan jodida que su madre había reproducido en carteles, mantas y trípticos que se veían por toda la ciudad. Sales bien pinche feo, le decía. Ya te jodiste.

Tania tuvo que interrumpir la lectura, tomar aire, limpiarse los ojos, suspirar. ¡Qué duro!, dijo. Y luego siguió leyendo cómo se había marchitado la madre, cuánto dinero había gastado en mordidas y en viajes, terapias, antidepressivos, mantas, volantes, anuncios en Facebook. Papá no se perdona haber salido de casa la noche en que te llevaron, decía, y la abuela reza el rosario todo el día con tu retrato en la mano.

Había algo brutal en aquella carta. No sólo narraba la devastación de una familia, el enfrentamiento con las autoridades ineptas, sino que el chavo realmente escribía como si el hermano pudiera escuchar. Al principio pensé que era porque creía que seguía vivo, incluso le preguntaba: ¿No has pensado volver? Pero luego pensé que hablar con los muertos es un fenómeno más común de lo que se cree: hay gente que va a los cementerios y habla frente a las lápidas de mármol, o que se arrodilla frente a una estatua de yeso y reza en voz alta, o que guarda el bote con cenizas en el clóset y pide consejos al muerto sobre el suéter o la blusa que debería ponerse.

Siempre dije que cuando alguien está muerto, muerto está. Qué pendejada dejar flores en una tumba gris, aventar las cenizas al mar o llevarlas en una urna diminuta colgada del cuello. Nunca visité la tumba de mis abuelos. Ellos ya no estaban, simplemente. No están. Y cuando era niño y me llevaron a un pueblo a ver los altares de muertos, no alcanzaba a creer la historia que me contaban: ¿Cómo es que los difuntos venían durante la noche a comerse el mole y a fumarse un cigarrillo si al día siguiente la pechuga de guajolote con mole sólo se había enfriado y la botella de tequila seguía llena? ¿Qué les importamos nosotros? Por más amor que nos hayan tenido, la muerte es una puerta que nos separa para siempre. Hasta que nos pasó lo que nos pasó, Tania, y, contra la razón, un día me descubrí hablándote, como si aún pudieras oírme. Te contaba las cosas que nos pasaban, porque al hacerlo sentía como si estuvieras conmigo.

Ahora entiendo a las doñas de los setenta, doña Rosario y compañía, que aún hablan de sus hijos como si tuvieran dieciocho, veinte años. Supongo que con el tiempo han aceptado que están muertos, a diferencia de Magdalena, Gaby y las otras doñas con las que te juntabas, que aún tienen la esperanza de que los suyos regresen y se imaginan que quizá están secuestrados en algún lugar, forzados a trabajar en laboratorios de anfetaminas, en estaciones de telecomunicaciones o prostíbulos sórdidos.

Según he podido reconstruir, esto fue lo que pasó:

Tania y Daniela salieron del hotel poco después de las 18:00 horas. Como yo les había sugerido, tomaron un taxi del hotel y no hicieron check out. El Stratus blanco que estaba estacionado del otro lado de la calle comenzó a seguirlas. Tomaron una de las principales avenidas de la ciudad hacia el aeropuerto, que estaba en las afueras de la ciudad. El Stratus imitaba todos los movimientos del taxi a distancia prudente. Si el taxi se cambiaba de carril, también se cambiaba; si giraba a la derecha, también giraba. El taxista les preguntó qué pasaba y ellas intentaron hacerse güeyes, pero el taxista ajustó el retrovisor y les preguntó quiénes eran los del Stratus y por qué las seguían. Tania dijo que no sabían, que por eso necesitaban llegar al aeropuerto pronto, y el tipo empezó a decir que él no quería problemas, que él era una persona trabajadora, y luego, sin dejar de mirar por el retrovisor al Stratus blanco y sin placas, anunció que no podía llevarlas al aeropuerto y que las iba a dejar ahí para que tomaran otro carro.

Hipócrita de mierda. Culero. Bien sabía que ahí no pasaban taxis, si estaban en un periférico que ni siquiera tenía banquetas, rodeado de solares polvosos. Daniela y Tania le rogaron para que no las abandonara, incluso ofrecieron pagarle el doble, pero el taxista se disculpó, mi familia no vale ese dinero, sacó las maletas de la cajuela y abrió la puerta trasera del taxi para que Daniela y Tania se bajaran.

No había nadie alrededor. Sólo un solar vacío, lleno de basura y de cascajo, un muro pintado con el anuncio de un baile, y a trescientos o cuatrocientos metros, un motel. El sol caía; pronto se haría de noche. Cincuenta o sesenta metros atrás, el Stratus blanco se había orillado y encendido las luces intermitentes.

Daniela corrió a la carretera a buscar un taxi; Tania intentó usar el celular. Ninguna tuvo éxito. Tania empezó a llorar; Daniela la abrazó y le dijo las mentiras que se usan para encontrar consuelo, pero las dos sabían que en cualquier momento las treparían al coche y se las llevarían... Las luces amarillas del Stratus parpadeaban, mecánicas, pero el coche no se movía.

Quién sabe cuánto tiempo estuvieron así, pero después de esperar abrazadas a que los hombres del Stratus finalmente las secuestraran o les dieran un tiro ahí mismo, Tania caminó hacia el coche, secándose las lágrimas con el dorso de las manos, y los encaró: ¿Qué es lo que quieren? Golpeaba el cofre, la ventanilla, el techo. ¿Qué se traen? ¿Qué quieren de nosotras? Si nos van a llevar, órale. De una vez.

Pero los hombres del Stratus la ignoraron. Hablaban entre sí y se comunicaban por radio. Se reían. Así es que Tania regresó hasta donde estaba Daniela y dijo que no les iban a hacer nada, que sólo las querían asustar, así es que se echaron su equipo al hombro y arrastraron sus maletas hasta el motel de paso, donde les prestaron un teléfono para pedir otro taxi.

No hubo alivio inmediato, no. Cuando sonó mi celular y vi en la pantalla el nombre y la foto de Tania, pensé que me estarían llamando para obligarme a oír sus gritos mientras las torturaban,

para cobrarme el rescate o para burlarse de mí. ¿Justicia para Tania?, dirían. Esto no es la capital, cabrón. Aquí mandamos nosotros.

Pero no: era ella.

¿Qué pasó?, dije. ¿Están bien?

Sí, fue sólo un susto. ¿Qué hiciste?

¿De qué?

Tengo el celular atascado de notificaciones, somos *trending topic*, el gobernador acaba de tuitear sobre nosotras.

Pensé que les había pasado algo.

Tienes que calmarte, Tomás. Nos hiciste quedar en ridículo.

Y así, mi alivio se volvió amargura. ¿Con quién estaba hablando? ¿Quién era esa extraña con la que ya ni siquiera podía compartir el alivio? Así se vive entre los vivos y los muertos, pensé, así se forma parte de la comunidad zombi que puebla esta parte de la tierra. Ya era uno de ellos. Pero lo peor es que ellos no habían tenido opción y nosotros sí la habíamos tenido, Tania, ellos habían sido arrastrados y tú nos metiste voluntariamente al peligro. Yo era medianamente consciente de los riesgos y había hecho algunas cosas por aminorarlos, pero en ti había una pulsión incontrolable que te empujaba a la solidaridad, al rescate de los desvalidos, aunque terminaras atropellada o mordida. En ese momento no decía estas cosas con la claridad con las que las digo ahora; yo sólo era arrastrado en una explosión de incertidumbre y miedo, un abismo que se abría a mis pies cada vez que marcaba a tu celular y no obtenía respuesta, sólo tu voz mecánicamente reproducida durante quince segundos. ¿Qué necesidad teníamos de esto? Podríamos tener un trabajo normal, un trabajo de oficina en el que lo más peligroso fuera darse un toque eléctrico con el enchufe de la cafetera. Nos podía pasar algo, por supuesto. Nos podía sorprender una bala perdida o nos podía caer una granada de fragmentación mientras bailábamos en una discoteca, nos podían levantar a media noche, incluso nos podía volar los sesos un imbécil por tocarle el claxon en un semáforo, pero era parte de la vida, los riesgos de vivir en un país podrido.

No, aquí había una deliberada voluntad por buscar esa violencia. Había una pulsión, una fascinación por ella, o una lástima imprudente e infantil, como esos periodistas de guerra o soldados que vuelven una y otra vez al nido de la muerte. Detrás de tu máscara de buena voluntad y de solidaridad que me había seducido había algo terrible e inconfesable. ¿Acaso no éramos suficientes nosotros dos? ¿No valía nuestra vida en común, nuestra pequeña casa y nuestros rituales, un poco de prudencia? ¿No era suficiente la existencia de Patricio? ¿No era tu hijo suficiente motivación para vivir, para cumplir con cualquier expectativa de vida?

Cuando iba en la secundaria, un viernes por la tarde fui a comer a un McDonald's con mi novia y sus amigas. Después de pasearnos por delante de los aparadores de un centro comercial, como si nosotros fuéramos la mercancía en oferta, decidimos ir a una nevería que estaba a dos cuadras. Caminamos por la banqueta de una avenida. Pasaban muchos coches pero pocos peatones. A lo lejos vimos a un cholo que caminaba en sentido contrario, hacia nosotros.

A las chicas les dio miedo y a mí también, porque éramos fresas y prejuiciosos. Éste no habría sido un problema, si no fuera porque el cholo se dio cuenta, nos sonrió con malicia y aceleró el paso, directamente hacia nosotros. Las chicas se quedaron paralizadas, así es que yo también me detuve. Mi novia me apretó la mano. Era demasiado tarde para dar media vuelta y salir corriendo. O para cruzar la avenida a media cuadra (pasaban muchos autos). Así es que pasó lo inevitable: el cholo caminó hacia nosotros, hasta que bajamos la mirada, les dijo no sé qué leperadas a las chavas y pasó de largo burlándose de nosotros...

Cuando el cholo ya estaba lejos, mi noviecita dijo aliviada que qué bueno que yo iba con ellas, porque las había protegido, y una de sus amigas, Marcela Martín, replicó: Pero si Tomás hubiera sido el primero en correr.

Todas se rieron, incluida mi novia.

Yo intenté defenderme, lancé bravatas, me hice el rudo, pero en el fondo sentía la misma humillación que ahora siento, porque las circunstancias habían revelado la verdad de mi carácter.

Si lo ves a la distancia parece muy idiota, ¿no? Pero si no te lo había contado es porque aquélla era la vergüenza más honda que había sentido en mi vida. Hasta que nos pasó lo que nos pasó. Y a la luz de tu última mirada, esto ya no es nada.

Esa noche Tania me despertó en la madrugada. Que había escuchado ruidos abajo, cerca de la puerta.

Yo llevaba varias semanas durmiendo en la sala de televisión, después de haberme ido de casa cuando Tania regresó de Santa Rita. Tenía la esperanza de que las cosas se calmaran y pudiéramos volver a empezar, pero Marco Aurelio me aconsejó que regresara a casa, porque si las cosas se ponían más feas, ella podía demandarme por abandono de hogar.

Me puse los lentes y entré a la habitación que había sido nuestra para asomarme por la ventana que daba a la calle. Tania había levantado la cortina e inspeccionaba a distancia. Había una camioneta que parecía una patrulla, una de esas pick-ups con estructuras tubulares en las que recargan las armas o esposan a los detenidos, pero no se alcanzaba a ver de qué color era o si tenía el sello de alguna corporación. En ese momento oímos que golpeaban la puerta, tres o cuatro veces. Voy a ver, dije. Con cuidado, dijo Tania. Iba a media escalera cuando volvieron a golpear. ¡Policía!, dijo una voz. Me asomé por una pequeña ventana que hay junto a la puerta, pero sólo alcancé a ver el hombro y la espalda de alguien vestido de negro. ¡Policía!, golpeaban la puerta. ¡Abra! Prendí la luz del vestíbulo y me acerqué a la puerta. ¿Qué quieren? Traemos una orden de

cateo del juez sexto de distrito, dijeron. Abra o tumbamos la puerta. Pude haberles exigido que deslizaran el papel por debajo de la puerta y que se identificaran: nombre, cargo, número de patrulla...

Quizá hubieran terminado por tumbar la puerta a madrazos o hubieran disparado. No lo sé. El hecho es que actué casi en automático, y en cuanto hube girado la llave para liberar la cerradura, sentí un golpe contra la puerta que me aventó hacia atrás. Cuando recuperé el equilibrio ya tenía a un encapuchado encañonándome, mientras otros dos o tres tipos subían corriendo la escalera. El teléfono, me dijo el tipo que me encañonaba. Yo no entendía. Que me des el teléfono, dijo extendiendo la mano. Está arriba, dije. Estoy en pijama. A la cocina, me ordenó. Fui a la cocina. De rodillas, dijo. Y me arrodillé. Oía voces arriba, pero no podía distinguir qué decían, golpes de cajones y puertas, objetos que estallaban al azotarse contra el piso. Patricio había empezado a llorar y a gritar cada vez que se rompía algo. No nos hagan nada, supliqué. Cállate, me respondió el tipo que me encañonaba. Yo no acababa de entender qué querían, qué tanto alegaban con Tania en la segunda planta. Llévense lo que quieran pero no le hagan nada, supliqué. ¡Que te calles!, me gritó. Y luego me dio una patada en el estómago que me hizo perder el aire.

Escuché pasos en la escalera, gente que subía y bajaba, el llanto de Patricio y las súplicas de mi mujer, más ruido de cosas al caer. Luego la bajaron con las manos amarradas y la boca amordazada con cinta canela. Tan sólo de acordarme...

Llévenme a mí, pude haber suplicado. Quizá me hubieran agarrado a patadas o se hubieran reído de mí, pero al menos te habrías llevado una impresión más digna de mí. Nunca se me va a olvidar cómo me miraste...

Mis amigos dicen que me torturo, que me exijo cosas que no estaban a mi alcance. ¡Tenía un cuerno de chivo a diez centímetros de mi cara, carajo!

La realidad es que hay formas más dignas de caer. En ciertas circunstancias, la última decisión que nos queda, la única, es elegir cómo morir. Desgraciadamente, yo caí de la peor manera. Primero me quedé arrodillado mientras te subían a una camioneta. Luego empecé a llorar, y eso hizo que los tipos se ensañaran conmigo. El jefe tomó el florero que habías dejado sobre la mesa, un florero de cristal verde con lilis y gerberas, y me lo reventó en la cara. Yo chillaba y me restregaba en el piso los ojos llenos de cristales estallados, mientras ellos se carcajaban a mi costa. Me patearon y me escupieron. Luego me aventaron contra la alacena, mi peso destrozó los anaqueles y terminé entre botellas rotas de chipotle, cátsup y aceite de oliva.

Pensé que todo había terminado, que ya se iban, pero volvieron para aventarme una maceta en la cabeza.

Me había quedado en un estado de irrealidad, sin lentes, con los ojos heridos y la cabeza a punto de estallar. Pero en el fondo escuchaba a Patricio llorar. Así es que me arrastré hasta el fregadero. ¡Pato!, grité, y mi hijo lloró más fuerte. Metí la cara debajo del chorro de agua fría y sentí que me sacaban los ojos con una cuchara de helado, gruñí, parpadeé, me sacudí los vidrios y la tierra de encima. Estaba mareado y me dolían la espalda, las piernas, pero Patricio seguía llorando como un animal herido y abandonado. Subí con dificultad y encontré todo revuelto. Había ropa tirada, discos, libros, cuadros rotos, la televisión de plasma de cabeza, estrellada contra el suelo, y la compu ya no estaba, pero eso no lo supe en ese momento, sino hasta después.

La puerta del cuarto del niño estaba cerrada, pero lloraba fuertísimo. Temí que hubieran atascado la cerradura, pero no. Al abrir la puerta lo vi, parado en su cuna, sosteniéndose de los barrotes, mirando hacia la puerta, esperándome. En lugar de sentirse aliviado al verme, lloró más. Así de lamentable era mi estado, supongo. Su cuerpo rígido temblaba bajo mi abrazo, como si tuviera epilepsia, y le escurrían lágrimas y mocos. Ya pasó, le dije, sabiendo que nada había terminado, que en realidad todo estaba por comenzar. Me senté en una silla, porque me estaba mareando. Sentía dolor en la espalda y en la pierna. Él se recargó en mi hombro y su respiración se hizo más pausada, hasta que sólo le salieron suspiros esporádicos. Yo no pensaba en nada, sólo estaba ahí, con todo el miedo concentrado en ese cuarto que los delincuentes habían respetado y que permanecía intacto: los peluches amontonados sobre un baúl, los cochecitos, el librero, las bolsas de plástico con los juguetes que ya no usaba y que íbamos a regalar, y en las paredes, los árboles, búhos y ardillas que Tania y yo habíamos pintado para él durante los últimos meses del embarazo.

No sé cuánto tiempo estuvimos así. En algún momento comprendí que no podía perder tiempo y salí cargando a Patricio a buscar el teléfono, pero el módem estaba destripado, los cables arrancados, la línea muerta. En el cuarto vi el celular de Tania reventado en el piso, inservible. Lo mismo en la sala de tele, donde yo había conectado mi celular. Seguramente lo destriparon de un pisotón.

Abrigué a Patricio y fui por las chanclas, y hasta entonces me di cuenta de que había pisado vidrios y que mis pies sangraban. Había dejado un rastro de sangre por las habitaciones, pero hasta entonces sentí dolor. Toqué en la casa de los vecinos, porque me habían ponchado las cuatro llantas del coche, pero ni siquiera movieron la cortina. En la calle había habido camionetas extrañas, golpes, gritos, frenazos, pero nadie asomó la cabeza por la ventana. En México te pueden secuestrar a la mitad de un partido en el centro del estadio Azteca y nadie va a ver nada.

Caminé cinco o seis calles, dejando por la banqueta mi rastro de sangre, sin que nadie se detuviera a ayudarme. Al contrario: míralo sangrar, con un niño en brazos, algo habrá hecho, aléjate, aléjate. Hasta que me crucé con unos novios trasnochados que no me tuvieron miedo y me prestaron su celular. El problema es que los números de las personas que podían ayudarme, mi suegra, mi cuñada, mis amigos, estaban en mi celular; hacía mucho que no memorizaba los números de nadie. Sólo pude llamar a la policía, así es que en veinte minutos la casa se había

llenado de polis. Un paramédico me curaba las heridas de la cara y Patricio no quería separarse ni un momento de mí. Se aferraba a mi pecho, escondía los ojos en mi cuello. Un poli me preguntaba qué había pasado, yo le explicaba, y luego llegaba otro y me preguntaba lo mismo, y al rato ya no sabía ni con quién estaba hablando. Veía todo borroso, en parte por el florero, en parte porque mis lentes deshechos habían dejado a descubierto mi miopía. Se me acercó una mujer que dijo ser trabajadora social o psicóloga, y me dijo que ella iba a cuidar a Patricio mientras yo declaraba, que si quería llamar a un familiar. Le expliqué que habían destruido el celular. Que no me sabía los números. Me ofreció enviar una patrulla a la casa de alguien para avisar. Aunque no sabía la dirección exacta, le expliqué en dónde vivía Sonia, entre qué calles y de qué color era la casa. De inmediato me arrepentí. Carajo, les había dado santo y seña a unos desconocidos. La mujer insistió después en llevarse al niño para que yo declarara. Patricio se apretó contra mí. Él se queda conmigo, dije. Y ella: El niño necesita atención, está en shock. El niño me necesita a mí, repliqué. Vamos a esperar a que llegue mi cuñada. Y ella: Señor, entienda, no se ponga así. Y entonces vi a toda esa gente, tipos que no conocía y que estaban tomando fotos y videos de mi casa, caminando entre nuestras cosas tiradas, ropa, objetos rotos, fotografías, vi a algunos polis que vestían de negro y usaban las mismas armas que los cabrones que te habían llevado. ¿Quién es toda esta gente?, dije. No los quiero en mi casa. Era como si hubieran vuelto sin el pasamontañas y se estuvieran riendo de mí, protegidos por el anonimato de su rostro. Son elementos de la policía estatal. Están aquí para ayudar, dijo la señorita. ¡Fuera de mi casa!, grité. Y la señorita: Cálmese, señor, estamos aquí para ayudarlo. Qué van a estar aquí para ayudarme. ¿Para qué necesito a veinte tipos aquí? Mejor busquen a mi esposa, detengan a los que se la llevaron. Patricio empezó a gritar, y entonces la señorita repitió que me calmara, que estaba asustando al niño. Lo está asustando usted, dije, lo está asustando toda esta gente, y seguí gritando que se fueran a la calle, que era mi casa. Y entonces sentí que alguien se acercaba por detrás y me inyectaba algo en el brazo. Y fue instantáneo, como si hubieran bajado el switch de la luz: los brazos se me caían, y sentí cómo me arrancaban a Patricio sin que yo pudiera hacer nada.

Aquello era la onda.

Al inicio, me refiero: un sueño total, como el que no he vuelto a tener. Todo negro. En silencio. Sin pesadillas, Tania. ¿Te lo imaginas?

Pero luego subió la marea y sentía la cabeza calabaza. Oía voces: Bye, bye, mariquita, bye, bye. ¿Quién vivirá de los restos de tu conciencia? El puro aire, carnal, el sonido hueco del aire. Había una luz que nacía de una lámpara roja. ¿Policía submarina? ¿Dónde quedaron las monedas que cayeron desde el barco? Cinco monedas de cobre, ¿dónde están? Nadando en el mar de los cuerpos, dónde van a estar.

Yo estaba ciego, perdido en una ciudad en ruinas. No entendía. Y las voces: Te los arrancaron de los brazos, carnal. ¿Qué clase de hombre eres? Y yo: ¿Qué es esto? Nada, imbécil, debías protegerlos y ahora no puedes dar cuentas. ¿Qué le dirás a tu suegra, a tus amigos, a ti mismo? ¿Qué le dirás a Dios, si existe?

Yo sentía la cabeza más grande y movía los brazos para agarrar otra vez lo que me habían quitado. Y las voces: Bye, bye, mariquita, bye, bye. No encontrarás quién te toque un vals completo, que John Lennon ha muerto. ¿Por qué no pediste la orden de cateo? Ya nadie toca Dixie, ni siquiera unos coros con un poco de alma o nostalgia de ranchero. ¿Por qué abriste la puerta?

Se reían con la misma voz de los que me humillaron. Vivirás una vida entre espectros, de sombras sin forma. Ciego. Perdidoo en una ciudad en ruinas, desterrado. Y todos se compadecerán de tí, te darán palmaditas en la espalda, y la vergüenza te crecerá por dentro como a los soldados que regresan de la guerra y que son exaltados como héroes cuando ellos saben la verdad: son criminales. Te dirán que no tuviste nada que ver, que fue la fatalidad, el destino, el narco, el patriarcado, el capitalismo, dirán que la Malinche, la herencia colonial o el modelo maquilador, pero en el fondo sabrás que no es cierto, porque primero se llevaron a tu esposa sin que hicieras algo por defenderla y luego te arrancaron a tu hijo de los brazos.

Pero desperté. Hecho una mierda, pero desperté. Estaba en la sala de nuestra casa. En el sillón. Y de golpe me vino el recuerdo de Patricio siendo arrebatado de mis brazos. Me puse de pie, tropecé con una silla y desperté a la trabajadora social, que dormía reclinada en otro sillón, cubierta con una chamarra azul.

¿Dónde está mi hijo?, le dije. Y ella, estirándose, tallándose la cara, dijo que estaba con Sonia. ¿Sonia?, dije. Su cuñada. Usted nos pidió que la buscáramos.

Yo no tenía lentes, veía todo en sombras, borroso. De hecho, si me cruzara con esta mujer en la calle no la reconocería. Tan ciego estaba. ¿Quién le dio permiso de fumar adentro?, le dije. Y ella se disculpó, pero no apagó su cigarro, sino que abrió la puerta delantera, de por si chueca por el patadón que le habían dado, y echó el humo a la calle. Entonces se disculpó por sedarme como a un animal. Necesitábamos velar por la tranquilidad del niño, dijo. Usted estaba fuera de sí.

¿Se está justificando?

Tronó la boca y sonrió.

Yo no soy el enemigo, dijo.

¿No?

Aguantó vara, la verdad. Y después de estar un rato en silencio, aventó la colilla a la banqueta y me dijo: Vamos, lo llevo con su hijo.

Yo dudé, por supuesto. Pero no tenía teléfono ni coche. Estaba ciego, medio drogado, tenía sueño. Pero sobre todo, estaba asustado. No podía esperar y tampoco tenía muchas opciones, así es que acepté su oferta y, después de decirme que no me preocupara por la casa, que sus compañeros se quedarían custodiándola —como si eso fuera garantía de algo, como si pudiera importarme—, la trabajadora social me condujo a un Chevy destartado que tenía expedientes amarillentos en la cajuela y una rana colgada en el retrovisor. Y entonces dije que ni madres, que yo no me subía a un coche que no fuera oficial. Y ella se burló de mí: ¿Usted cree que yo iba a ir a la Procuraduría a las dos de la mañana por un coche oficial? No sea paranoico.

Después de lo que he visto y oído, esa mujer fue de las personas más amables que conocí. Lamento no poder reconocerla ahora. Sólo retuve la forma de su cuerpo de tortillera y su peinado de Krusty el payaso. Hasta me invitó un café y unos pingüinos en el Oxxo...

Sonia se soltó a llorar en cuanto me vio. Mira cómo te dejaron, decía con su pinche lástima, tocándome la cara herida.

¿Y Patricio?

Está dormido, dijo en voz baja, señalando la habitación del fondo.

Y sí, ahí estaba, cubierto por una manta de cuadritos, ajeno a todo.

En ese momento me vine abajo. Te puedes imaginar lo que sentí, Tania... Si no hubiera tenido ese último susto, quizá seguiría enredado ahí, arrastrando los pies. Pero esa noche de pesadilla, la primera de muchas que vendrían, pero la peor, me enseñó que aunque yacíamos en una fosa abierta, siempre podíamos caer más hondo.

Yo aún no me atrevía a decírmelo, mucho menos decírselo a tu madre, que ya estaba buscándote en la Procuraduría, ni a Sonia, que nomás lloraba y trataba de tocarme la cara, ni a Karina y Daniela, que armarían otra tormenta de tuits y de comunicados que terminarían en una alerta internacional de protección a periodistas e incluso con una declaración hipócrita de la Presidencia de la República, pero yo sabía que no ibas a volver. No sabía si era cuestión de horas para que botaran tu cuerpo en alguna brecha o si también te desaparecerían para siempre, pero tenía claro que lo único que me quedaba era cuidar a nuestro hijo.

Si alguna vez te encuentran, me llamarán y me dirán que hallaron un cuerpo que podría tener tu mismo perfil de ADN. ¿Están seguros? Sí, dirán. Necesitamos hacer pruebas de confirmación. ¿Qué clase de pruebas?, diré. No querrán que vaya a la morgue y me ponga a ver cuerpos, ¿verdad? Yo no quiero ver muertos, no quiero aprenderme las palabras técnicas que usan los forenses, saber cómo se denomina a cada periodo de descomposición, cómo se llaman las larvas, los huesos de las manos, las costillas. No quiero vomitar. No quiero ver su ropa sucia pegada a los huesos, y que ese olor se me pegue al paladar y que no se vaya por más que escupa. No me van a mostrar fotos de muertos, ¿verdad? No, dirá la voz al otro lado de la línea, al otro lado del planeta, me explicará que cuando los cuerpos ya presentan ese grado de descomposición, el reconocimiento visual se torna complicado, y me darán ganas de vomitar. ¡Basta, señorita, no quiero saber más! Y ella dirá que lo siente, que no me preocupe, que lo más confiable son las pruebas de ADN. Perfecto, diré. ¿A dónde mando las muestras? Y ellos me darán una dirección. Entonces iré con Patricio al hospital universitario, le sacarán sangre, le cortarán un mechón de pelo, y cuanto todo haya pasado, le compraré un jugo de naranja y un pincho de tortilla, mientras él sigue con el antebrazo flexionado hacia arriba y aprieta un algodón mojado en alcohol. Luego enviaré la muestra por paquetería exprés, porque en México son tan ratas que incluso se roban los mechones de pelo. Dos semanas después, me dirán si eres tú o no.

Y si sí fueras, ¿qué?

Regresaríamos a enterrarte, supongo. Te velaríamos con tus hermanas y primos. Yo tendría que soportar exaltaciones póstumas de colegas y ciudadanos responsables, cuya indignación es inversamente proporcional a la indiferencia de la mayoría. El país se convirtió en un desierto en el que se esfuman pueblos enteros, pero la gente está más preocupada por el Piojo Herrera. Saben que las mafias controlan los casinos, que los incendian con gente dentro, pero al día siguiente vuelven a apostar su pensión de mierda a cambio de un bufé con estatuas de hielo. Todavía sueñan que México la hará en un Mundial, y se hinchan de orgullo cuando alguno de nuestros cineastas malinchistas se gana un Oscar. ¡Lleva veinte años fuera de México porque aquí no se puede hacer cine, no se puede hacer nada! Quién quiere vivir en un país de agachones que lamen la bota priista que les marcó la frente, que se esnifan reality shows, que oyen la música más estridente y estúpida del planeta, que es la de los sombrerudos con cornetas y rimas idiotas: soy bien verga, me la pelan, traigo una trocota, me meto mil rayas, soy el mil palos, ando bien alterado.

En fin, si me llamaran con la noticia no cambiaría nada, supongo. O mucho. Depende.

Ya no tendría que inventarle a Patricio una tragedia menos trágica que la verdad. Mamá murió, le diría. La mataron por meterse en lo que no le importaba.

O bien: la mataron porque estaba haciendo una investigación que ellos no querían que se divulgara.

O: la mataron porque no tuvo miedo, como la mayoría de los mexicanos, y porque se comprometió con las mujeres más desgraciadas del país, porque creyó que podía solucionar la tragedia, aunque en realidad no tuviera solución y terminara por arrastrar su vida (y la nuestra).

Diría algo así y luego me echaría a llorar.

O esperaría a que él llorara primero.

Aunque lo más probable es que él levantara los hombros, escondiera los ojos y dijera que ya lo sabía. Yo no sabría qué responder, así es que le haría una caricia torpe en la cabeza que él esquivaría con un solo movimiento, y después nos iríamos a tristar, cada quien por su lado.

Que no pierda la fe, me dicen. Que algo se hará, que hay que sembrar. Y yo les digo que no mamen, que el suelo de México es un desierto. Así es que no me consuelo con metáforas agrícolas, que ahí sólo hay muerte y polvo, cinismo, impunidad.

Yo pude largarme, irme de ese país envenenado, de ratas y víboras, asesino y amnésico. Como hacen los que pueden. Conozco a varios: se pelaron tan pronto pudieron. Un camarógrafo que sobrevivió a un secuestro de Los Tejas y que puso un puesto de hot dogs *gourmet* en Miami. Hot dogs gourmet, qué mamada. Y otro reportero que se tatuó sabe qué símbolos ancestrales en el antebrazo después de un viaje de ayahuasca con un chamán ecuatoriano y que ahora habla de energía positiva, buenas vibras, el arcoíris y la Pachamama. Y una exreportera que ahora viste trajes sastre y hace relaciones públicas para la Cámara Nacional de la Industria del Software, para la que su pasado como periodista es tan vergonzoso como un noviazgo con un adicto al crack.

Cuando decidí largarme, tu jefa no lo entendió. Que no podía quedarme cruzando los brazos, que debíamos buscarte, sobre todo porque eres periodista y tú habías hecho esto por solidaridad. Que irme era traicionarte.

Yo me quedé callado y me dieron ganas de llorar.

Tu jefa ya es zombi, Tania. Te está buscando, como todas las locas a las que seguías. Puedes imaginártela: así como neceaba para decirnos cómo abrir un bote de duraznos en almíbar, ahora persigue al procurador. ¡La vieras hablando frente a las cámaras! Ojerosa, sin dormir, aprendiz forzada de derecho penal procesal... A mí me da mucha pena, porque esta película ya la he visto muchas veces: un hombre desciende a un pozo tóxico y muere, otro hombre desciende al mismo pozo y muere, un tercero desciende... ¿Por qué habría de ser distinto contigo? La veo doblarse de tristeza, con una foto tuya colgada en la sala de su casa, junto al retrato de tu papá, sus muñecas viejas y las fotos ochenteras de la familia, cuando tus hermanas usaban altos peinados imposibles. En el retrato, reproducido miles de veces en Facebook, en pósters, parabuses y en todos los eventos convocados por la Cámara de Comercio o el Senado, apareces radiante: llevas tu cámara al hombro y aún sonríes esperanzada.

Y mírame a mí, Tania. Refugiado en Donostia en la casa de mis padres. Mantenido y deprimido. No hago nada salvo cambiar el canal de la tele y llevar y recoger a Patricio del colegio. No tengo smartphone ni computadora con conexión a internet. Empecé a fumar, a pesar de que siempre he considerado que es el vicio más estúpido del mundo y de que el tabaco aquí es más caro que una comida con vino. Lo que son las cosas. Yo, que fui un muchacho rebelde y autosuficiente que renegó de la fortuna de su padre para trabajar con sus propias manos (o cabeza). Yo, el que no quiso privilegios y conservó esa pedante superioridad moral por no estructurar su vida alrededor del dinero; yo, que consideraba inmorales las herencias, como Trotsky, y que no aspiraba a construir una fortuna sino a vivir de forma austera haciendo algo útil para los demás...

El dinero no sirve para hacer justicia, ni para traerte de vuelta, ni para devolverle su madre a Patricio, porque en el país hay cuarenta y seis hijos de la chingada esperando su turno para joder a

los demás. ¡Qué digo! ¡Ciento veinte millones! Quizá no maten ni secuestren ni extorsionen, porque no han tenido la oportunidad ni la necesidad, pero se saltan la cola, circulan por el acotamiento durante un embotellamiento, tienen sus bocinas idiotas que hacen retumbar los vidrios del prójimo, te cierran el paso cuando pones la direccional, te dan mal el cambio, te encajan el diente si eres rubio, te venden alcohol adulterado, aceite de coche adulterado, drogas adulteradas.

Puto país de tranzas, perfecto para fabricar sicarios.

Lo único que quiero es que Patricio pueda vivir lo que le dejaron de infancia, si no es que ya la perdió de un hachazo. Que sea lo más feliz que se pueda. Que ningún idiota con la cabeza hervida en crack le dispare en el parque. Que ninguno de esos morros que nunca tuvieron agua potable en casa y que ahora tienen un arma y una troca me revienten la cabeza por pedirles que no se estacionen afuera de mi cochera o que no tiren la basura sanitaria los martes.

Nosotros nos fuimos, porque pudimos. Pero los otros se quedaron atorados en el infierno, respirando el polvo caliente, ignorados por siempre, para siempre. Raspándose las heridas cada vez que buscan una respuesta que nunca llega o que preguntan por alguien que nunca responde. Nada, no hay nada. Anhelando un pasado ideal que nunca volverá. Ni aunque apareciera el hijo o la hija. Si no, pregúntenle a los secuestrados que han vuelto del inframundo. ¿Qué encontraron al volver al paraje de lo real? ¿Cómo consiguieron mirar sus propias manos? Deformes, heridas. No hay ya nada más que la anormalidad, el absurdo camino por el que han quedado atrapados ante las puertas de los palacios y los pasillos. Muy kafkiano todo el pedo: el guardián te dice que pases, te dice que no pases, te dice que puedes pasar pero no te abre la puerta, te abre la puerta pero no te dice a dónde ir, en cuál de las siguientes puertas tocar, y te sientes un intruso en un pasillo sin fondo, iluminado por la luz temblorosa de los tubos de neón, y deseas volver a la puerta, sentir el aire, y te lamentas por estar condenado a esto, y te preguntas qué hiciste para merecerlo, y no encuentras respuesta, y quieres huir, pero eso sería traicionar a tu hijo, a tu esposa, así es que sigues tocando puerta tras puerta, y sigues fumándote el genio de los burócratas que te dicen con el ceño fruncido que vayas a X, que vayas a Z, y sigues llorando frente a ellos, les explicas: Mi esposa desapareció, no sé nada de ella desde hace días, meses, años, llevo media vida buscándola, pero ellos ni siquiera te miran, viven para hacer cuentas, barajar papeles, escribir memorándums. Mire, es mi esposa, dices, mostrando una fotografía cuarteada, es como si la hubiera visto ayer, y ellos miran la foto como si fuera una roca, te dejan hablar, desahogarte, incluso te dan un pañuelo para que te limpies los mocos, pero luego te dicen que lo sienten, que no está en sus manos, y te dan indicaciones para que preguntes en la siguiente oficina.

Ojalá fuera un drogadicto o un suicida o un kamikaze del sexo, o al menos un nihilista de café que cita a Schopenhauer y repite que qué mierda es vivir, mientras vacía botellas de mezcal oaxaqueño y esnifa coca como Godzilla. O un zombi loco y suicida que se expone a los tiros, como Magdalena. La entiendo mejor que nunca: se siente tanto dolor que uno desea morir. Y entonces puedes hacerte el loco, o convertirte en una perra imprudente que lanza espuma por la boca ante la prensa o que se mete a güevo a los Semefos y se encadena a las camillas, gente loca que desentierra a los muertos con palas y picos, que hace huelgas de hambre o que se cuelga a las mansiones o a las mazmorras de los narcos para que les digan dónde están.

¿Quién puede vivir cinco o diez años en este estado? Si no te matan los asesinos de tu hijo o algún judicial culero que quiere hacer méritos con sabe quién, si no te mata la indiferencia de la gente idiota de este país, su silencio cómplice, sus quejas de que no es para tanto, estás manchando la marca México, te matan la pinche tristeza, la vergüenza por no haber hecho algo, la certeza de que no pasará nada.

Ya estamos muertos. ¿Qué más pueden hacernos? Hasta que te rafaguean a media calle, por metiche, y al día siguiente se expande el terror: si sigues chingando, buscando a tus hijos, te va a ir mal.

A veces preferiría estar muerto, preferiría salir a una plaza pública a exponerme hasta que me cacen como han cazado a todos, para no sentirme así. Pero no puedo darme el lujo. Así es que cargo mi culpa, te escribo estas cosas como si algún día fueras a leerlas y me imagino que si estuvieras aquí te sentirías orgullosa de mí y de tu hijo.

Ya va a entrar a primaria. Le gustan los gatos, como a ti, y recoge setas en el monte con sus nuevos amigos. Está aprendiendo euskera, la lengua de sus bisabuelos, y cuando quiere decir cosas a sus amigos sin que yo entienda, las dice así. Es bueno para nadar. Ayer nadó de Ondarreta a una de las plataformas que flotan en la bahía, cerca de la playa. Yo iba con él, y al llegar al otro lado se levantó en la plataforma y levantó los brazos como un campeón olímpico.

En ese momento pensé que si estuvieras aquí estarías en la orilla intentando alcanzarnos con la mirada, preocupadísima, pensando que quizá le habría dado un calambre y se habría ahogado. Yo también me subiría a la plataforma, te haríamos señas a lo lejos y tú nos devolverías el saludo, sonriendo.

El otro día estábamos viendo en la tele el testimonio de un alpinista que sobrevivió a una avalancha en un glaciar, mientras que su mejor amigo murió. Ya habían pasado treinta y cinco años del accidente, pero el alpinista confesaba ante la cámara que, desde entonces, no hay día en que él no se pregunte qué habría pasado si la suerte hubiera sido inversa, por qué no era él el muerto. Y puta madre, Tania, me solté a chillar. Me lo imaginé perfecto en el velorio de su compa, tragándose la vergüenza de haber sobrevivido, me lo imaginé petrificado frente a la madre de su amigo muerto. Y Patricio, sin que yo tuviera que explicarle demasiado, me acarició la pierna y la espalda y luego me dio un beso.

Ya después, cuando me calmé, estuve pensando en que, a diferencia de nosotros, el alpinista sobreviviente asumía con naturalidad que su compa estaba muerto sin haber visto nunca el cuerpo. ¿Por qué nadie sube al puto Everest con palas y picos a cavar en el hielo? Porque hay un relato consistente: todo el mundo sabe que no hay modo de sobrevivir a una avalancha. Punto.

El pedo es que nosotros no tenemos relato. Todo es caos, contradicción, como los expedientes o como este disco duro que no puedo dejar de ver, en el que están los miles de clips de video que filmaste, numerados según extraños códigos y ordenados por fecha de filmación, pero que carecen de toda lógica: diez segundos de una espiga agitada por el viento... cinco segundos de la misma espiga, desde otro ángulo, agitada por el viento... doce segundos, fuera de foco, de la tierra sobre la que crece la espiga agitada por el viento... una voz que dice: “¿Fue aquí? No, fue allá. Creo”... una señora caminando en el campo... el dorso de la mano de la señora que camina por el

campo... las venas azules de la mano de la señora que camina por el campo...

La justicia, si existiera, tendría que darnos un relato coherente a partir de los fragmentos. ¿No se supone que los policías, al igual que en las novelas, reúnen información dispersa — testimonios, evidencia física, documentos— y luego la organizan en un expediente que postula un relato verdadero sobre el crimen, su responsable y sus razones? El problema es que en México los cuerpos se acumulan como clips de un documental inconcluso: están ahí, registrados (en el mejor de los casos), pero no hay nadie que investigue si están relacionados entre sí, cuál es la lógica de los muertos, quién mató a quién y por qué. La dispersión de los fragmentos, la acumulación de datos y de cuerpos y de brazos y de piernas y cabezas que apenas quedan registrados en la nota roja produce un relato histórico, caótico como tus videos.

Te voy a contar lo que le pasó a doña Gaby. No es muy difícil de imaginar.

Nada.

Ni siquiera simularon una búsqueda.

Hace unos días me enviaron una nota publicada en uno de esos portales informativos que nacen y mueren cada tres días, fundados por colegas veteranos que no se resignan o por novatos que aún sueñan el delirio del periodismo justiciero. Te admiran, Tania. Eres su estandarte. Símbolo de la libertad de prensa y esas mamadas.

La nota informaba que doña Gaby, cito, “había muerto vencida por el dolor”.

La realidad es que se mató, Tania. Se mató.

Estuvo en terapia, tomó chochos, rezó a todas las vírgenes, santos y dioses, pero la loza la aplastó. Se tragó un frasco de somníferos. Y de los escombros salieron sus amigas, las otras locas, las lloronas, las zombis, a hablar con la reportera, a contar lo que le había pasado, que no es muy diferente de lo que nos pasa al resto, porque esta historia podría escribirse con un machote en papel carbón.

Dicen que seguía abriendo los cajones de Marilyn para oler su ropa, que le escribía cartas contándole los detalles de la búsqueda, ponía sus discos de Selena a todo volumen para imaginar que aún le gritaba que le bajara a su desmadre, tenía sueños en los que volvía a verla, pesadillas en las que la confundía con otros muertos y temor constante a que su cuerpo estuviera en alguna morgue sin que nadie lo identificara y que terminara en una fosa común o entregada a la Facultad de Medicina para que los estudiantes la destazaran en nombre de la Ciencia.

Marco Aurelio me contó que el punto de quiebre fue una reunión en la Procuraduría de la que doña Gaby salió destruida. ¿Qué le dijeron? Marco Aurelio no sabe, porque ella fue sola. En realidad, nadie sabe. Tendría que haber sido algo muy gordo, porque de qué podía espantarse doña Gaby a esas alturas, si había visto de todo. Ella nunca quiso decir nada, sólo lloraba, pero fue algo fuerte, porque dejó de buscar, se quebró, la quebraron. Dejó de asistir a las reuniones, a las marchas, guardó los retratos de su hija, hasta que se supo que se había tragado un bote de somníferos y se había quedado dormida en su cama, con la tele prendida.

Es así, Tania. Como otra doña que entrevistaste en la marcha del Día de las Madres, Juana Sierra, ¿te acuerdas? Aquí tengo el video. También viste una de esas camisetas blancas con la leyenda: “¿Dónde Están?”, que se convirtieron en una especie de uniforme. Tiene el pelo negro y lacio recogido hacia atrás en una media cola y lleva consigo un retrato de su hijo todo engominado, sonriente, con su uniforme de policía federal.

Llevo cuatro años buscándolo y ni siquiera he recibido una comunicación oficial por parte de sus superiores para ofrecerme sus condolencias, dice. Ya no digamos una explicación de qué le pasó a él y a sus tres compañeros, ya no hablemos de la compensación económica que como familia nos corresponde, no, sino una simple condolencia, ¿sabe? Se supone que mi hijo era un

servidor público, hijo predilecto de la patria, ¿no?

Yo no voy a descansar hasta encontrarlo, dice. No tengo miedo. Voy a luchar hasta que aparezca y hasta que termine esta guerra estúpida, porque ésta no es una guerra contra las drogas, una guerra de los buenos contra los malos, ésta es una guerra por el dinero, por control de grandes negocios que se libra entre distintos grupos de poder, entre los que hay traficantes, empresarios, políticos y mandos policiales. Ellos son los responsables de todo esto, pero los muertos los ponemos los pobres, como siempre. ¿Acaso los hijos del presidente, del comisionado Fernández o del procurador están peleando contra los narcos? ¿O de dónde salieron Los Tejas, si no del cuerpo de élite del Ejército, entrenados por los gringos en la Escuela de las Américas, en Georgia?

La doña tenía un problema renal, según contaron después sus compañeras. Le hicieron pruebas para ver si era candidata a recibir un trasplante, pero como también tenía diabetes y no sé qué otros males, la descartaron. En un video que ahora circula en redes como otro gran *hit* de la indignación nacional, doña Juana increpa al presidente: Señor presidente, ¿voy a morirme sin saber dónde está mi hijo?

Quizá la tristeza terminó por hundirla como a Gaby. ¿Para qué vas a querer recuperarte de una enfermedad si la vida se te ha vuelto un infierno? ¿Qué ganas? Sólo prolongar la agonía. Y cuando se te acaba la esperanza y te convences de que no lo conseguirás, ¿qué te queda? Pues sacar el último gesto digno, como hizo esta doña. Me recuerda a ese chiste en el que un japonés, un francés y un mexicano son capturados en una isla remota por una tribu salvaje. Los vamos a matar para fabricar una canoa con su piel, pero pueden elegir cómo morir, dicen los salvajes. El francés pide que le corten la cabeza con la guillotina, y aunque parezca muy inverosímil, los salvajes consiguen una guillotina y cumplen su deseo. El japonés, lógicamente, pide hacerse el *harakiri*, así es que le traen una daga, se arrodilla y se la clava en las tripas. Cuando le toca el turno al mexicano, él dice que quiere morir con el picahielo. Ah, chingao, ¿el picahielo? ¿Cómo es eso? Los salvajes no entienden qué clase de muerte es ésa, pero igual le traen el picahielo. Y el mexicano empieza a agujerarse las piernas, el tronco, los brazos, todo el cuerpo, mientras repite: Tomen su pinche canoa, hijos de la chingada.

Cuando Juana Sierra entendió que iba a morir sin encontrar a su hijo, dio instrucciones a su hija para que celebraran su velorio frente a la Secretaría de Gobernación, donde había hecho dos huelgas de hambre y sostenido innumerables reuniones de las que siempre salía con promesas que nunca dieron resultado. Y así acabó, Tania, en la primera plana de dos o tres periódicos: el féretro cubierto con la bandera y la foto de su hijo uniformado, bloqueando los tres carriles de la avenida, mientras un cura de la liberación le da el último adiós.

Un último gesto de dignidad inútil.

Tomen su pinche canoa, hijos de la chingada.

Todavía fui a la Procuraduría y un ministerio público muy engominado queapestaba a loción me hizo preguntas y luego le dictó a una secretaria lo que supuestamente decía yo: “El compareciente declara que dos sujetos fuertemente armados se introdujeron a su domicilio”. Yo no dije eso, lo interrumpí, y el tipo volteó a verme como si le estuviera vomitando los zapatos. Yo no dije *dos sujetos*. Lo que dije es que por lo menos eran tres, porque uno se quedó conmigo, abajo, y al menos otros dos subieron por mi esposa. Correcto, dijo el ministerio público. “El compareciente declara que varios sujetos fuertemente armados...” ¡No!, lo volví a interrumpir, escriba lo que estoy diciendo, no invente. ¿Cuándo dije *fuertemente armados*? Y no dije *sujetos*, sino *tipos*. Es lo mismo, resopló el ministerio público. No es lo mismo, dije. ¿Para qué me traen a declarar si van a escribir lo que quieran? No, cómo cree. Es sólo para darle formalidad. Pues no le den formalidad. Simplemente escriban lo que digo... El ministerio público miró a Marco Aurelio, que hasta ese momento contemplaba la discusión con los brazos cruzados. Bien, sigamos, dijo. ¿Entonces fueron dos los que se quedaron con usted? No, dije, sólo uno. Me encañonó mientras los otros subían por mi esposa. “El testigo declara que un sujeto lo amagó en la cocina con un arma de grueso calibre y que fue brutalmente golpeado...” ¿Cuántas veces? No sé, dije. “Fue brutalmente golpeado reiteradas veces... ¿Con qué lo golpearon? Me patearon, dije. Y creo que también me pegaron con los rifles. “Fue golpeado en reiteradas ocasiones con las armas de grueso calibre en la cabeza, tórax, abdomen y extremidades inferiores así como superiores”. Yo no dije eso, protesté. Yo no hablo así. El ministerio público lanzó una mirada a Marco Aurelio y se quejó: Así no vamos a terminar nunca. Lo que mi cliente no quiere es que tergiversen lo que está declarando, intervino Marco Aurelio. No se preocupe, al final podrá usted revisar la declaración completa y hacer las aclaraciones pertinentes. *Aclaraciones pertinentes...* lo que habría que hacer sería regresarlos a la primaria para que aprendan a escribir. ¡Yo estaba denunciando un secuestro y tenía que ponerme a discutir sobre sintaxis! Marco Aurelio me llevó aparte y me pidió que me relajara, que mi estrategia no iba a servir de nada, que así no funcionaba el sistema judicial, que confiara en él, que no me clavara en los detalles, que sólo era un asunto de estilo. ¡Pero el estilo nunca es accesorio, carajo! El estilo *es* lo que dices. Yo no estoy hablando de literatura, cabrón. Yo tampoco, le dije. ¿Para quién trabajaba ese güey? ¿Para ellos o para mí? ¿Acaso hay un abogado, uno solo, que entienda que “los formalismos” terminan construyendo una realidad paralela? El expediente de tu caso es una novela chafa, Tania, una pieza completa de invención. Editores del mundo: ¡La salvación de su industria está en la Procuraduría, una fábrica de ficciones a la altura de las mejores de mundo! Qué viajes de hongos ni qué realismo mágico ni qué enseñanzas de Don Juan. Contraten a dos o tres ministerios públicos, pónganlos a trabajar de negros literarios y ¡listo! Qué Kafka ni qué Dostoyevski...

Marco Aurelio insistió en que confiara en él, así es que declaré sin hacerla de pedo, ellos escribieron lo que quisieron y al final corregimos las mentiras más burdas y tratamos de arreglar lo que aún se podía arreglar. Lo que confirmé en ese momento, Tania, es que estas personas no iban a hacer nada por buscarte. No es que no lo supiera, pero a veces hay que romperte el hocico

directamente para escarmentar.

A la secretaria, que durante todo el proceso parecía más interesada en sus uñas que en lo que estábamos discutiendo, sólo le importaba esquivar las horas extras; el ministerio público sólo parecía preocupado por el nudo de su corbata cuando tuviera que salir ante las cámaras junto al procurador González Camarena para reiterar la decidida voluntad de la Fiscalía para esclarecer este espantoso crimen que era una afrenta para todos, un atentado intolerable contra la libertad de expresión y contra la sociedad en general, porque el que toca a un periodista nos toca a todos... ¡Qué diablos iba a ser ese ladrón! Si lo conocías desde que era diputado, era parte del grupo del notario que te amenazó...

González Camarena me recibió en su oficina después de que yo declarara, me prometió lo que siempre prometen y me dijo, además, que lo sentía personalmente, porque conocía tu trayectoria y tu integridad desde hace muchos años. ¡Hipócrita de mierda! Sé que él le había prohibido al personal de la Fiscalía que hablara contigo, y cuando supo que alguien te había filtrado el expediente del caso de Magdalena, convocó a una junta en su despacho a toda la Unidad Especial para Desaparecidos en la que armó una escenita del tipo: “De aquí no nos vamos hasta que me digan quién fue”. Como nadie chivateó, hizo una rabieta y dijo que los traidores tarde o temprano caerían, y los amenazó con enviarlos a la Sierra Norte a recoger cuerpos de narcos y paramilitares colgados de los postes eléctricos. El cabrón todavía me dio su tarjeta y apuntó su celular con su Montblanc. Ánimo, la vamos a encontrar, me dijo, y yo le respondí, mirándolo a los ojos: No me mienta. Y él: No, cómo cree. Y yo: He visto esta historia cientos de veces. No nos hagamos.

¿Por qué iba a funcionar contigo si no funcionó con Regina Martínez, ni con Rodolfo Taracena ni con otros setenta periodistas? Yo me asomé al teatro, y me cansé de que me dijeran que hay que combatir el desaliento, y que hay que luchar, y que lo hiciera por ti, por Patricio. No quiero morirme de tristeza, no quiero malgastar mi vida yendo de una dependencia a otra, tener que pelearme hasta con el guardia de la entrada, que defiende su metro cuadrado de poder como si fuera el puto Mussolini. Firme aquí. Deje su identificación. ¿Con quién va? ¿Tiene cita? Tendrá que esperar.

¡Ya no espero más, hijos de la chingada!

Los periodistas marchan, exigen justicia, se amordazan el hocico con cinta canela y se encadenan a las rejas de la Procuraduría. Luego se toman fotos entre sí, circulan en Facebook y en Twitter, y Reporteros Sin Fronteras lanza un comunicado de indignación, el presidente va a Davos y ratifica la voluntad férrea de su gobierno por investigar los casos hasta sus últimas consecuencias, caiga quien caiga, y de llevar a los criminales a los tribunales, para que se haga justicia, y así seguimos reproduciendo esta farsa predecible y estúpida que consiste en repetir frases hechas como el Chavo del 8. Todos dicen las mismas idioteces, fue sin querer queriendo, se me chispoteó, es que no me tienen paciencia. Así es que para alcanzar los papeles estelares sólo tienes que memorizar unas líneas idiotas y repetirlas en toda circunstancia: defenderemos la libertad de expresión, investigaremos hasta sus últimas consecuencias, se deslindarán responsabilidades. Caiga quien caiga. Sin distinción de partido... Hasta que consiguen que todo el mundo asuma que cuando dices algo no eras más que otro falso personaje de Chespirito.

También regresé a la casa, Tania. Todo estaba patas arriba... Según yo iba a arreglar un poco, a recoger ropa y algunos juguetes de Patricio. Pero me cayó una tristeza horrible al ver el desmadre de la cocina, el anaquel sobre el que caí, el batidillo de salsas y polvos en los que me había revolcado.

Nada más de estar ahí, sentí ganas de vomitar.

Me llevé todos los papeles que quedaban, cualquier cosa que pudiera darles más información, y fue ahí cuando me di cuenta de que faltaba el disco duro. ¿Quién se lo llevó? ¿Los que te secuestraron o los que vinieron después? Si lo piensas bien, ¿qué tenían que hacer en la casa veinte policías, cuando no habían pasado ni tres horas desde el levantón? Se habían quedado en la casa, solos, mientras yo corría desesperado a buscar a Patricio. Tuvieron todo el tiempo para manosear la evidencia, para llevarse lo que quisieran. Para efectos de nuestra seguridad, daba lo mismo: el hecho es que alguien muy poderoso y muy hijo de la chingada estaba dispuesto a todo por esa información.

Lo demás se quedó así, tirado, porque yo no podía estar más tiempo ahí. Me asomaba por la ventana para ver si había gente halconeando, si pasaban coches o gente sospechosa. Y cuando vi las líneas telefónicas destripadas me angustió pensar que podrían llamar para pedir un rescate y que nadie contestara. Es idiota, lo sé, pero en ese momento no sabes qué pensar, aún tienes esperanzas estúpidas, fantaseas para no encarar la sospecha que tanto temes y que no quieres que sea verdad.

Y entonces llegó el comunicado de la Sociedad Interamericana de Prensa y de la Asociación de Documentalistas de la Chingada y del PEN Club, esos pronunciamientos simbólicos que hacen que uno se sienta menos solo durante un rato, porque luego vuelves a cranear todas las posibilidades: qué te pasó, quiénes eran los que te llevaron, por órdenes de quién, por qué, sintiéndome un mierda por no haber hecho algo más, y justificándome diciendo que no podía hacer nada, de verdad, que de haber reaccionado de otra manera, en lugar de haber recibido una madriza habría dejado a Patricio huérfano de padre y madre... Puras mamadas, tú lo sabes, la verdad, la puritita verdad, es que me ganó ese instinto irracional, egoísta, que hace que echas a los otros por delante para salvarte a ti mismo.

El instinto de supervivencia nos hace miserables. Escupimos miles de palabras idiotas, algunas ingenuas, otras generosas, pero a la hora de la verdad, cuando estás en el suelo de tu casa bajo el fusil de un pinche narcopolicía, agachas la cabeza y te dices que no puedes hacer nada, aunque quizá sí, podrías por lo menos ponerte de pie y aceptar tu destino con dignidad.

Como a las tres semanas me busca Karina en casa de tu mamá para decirme que había conseguido otra copia del material filmado. Dos teras de videos. Setenta horas de grabación. En resumen: como si alguien te dejara un tráiler de uranio en la puerta de tu casa. O un cadáver. O un bebé.

No quiero saber nada, le dije. Es muy peligroso.

Pero Karina decía que había que resguardar el material. Para el futuro. ¿Cuál futuro, Karina? Karina seguía pensando como toda esa gente biempensante que ha cubierto de rabia lo que en el fondo es miedo. Y se hacen los indignados y planean la venganza final, ese tiempo utópico en el que los malos pagarán por sus fechorías. ¡No!, dicen. ¡Todas esas muertes y desapariciones, todo

este dolor no puede quedarse así! ¡Tenemos que encontrarlos! Incluso llegó a decir que podíamos usar el material como moneda de negociación. Así de loca estaba ya. Ella, que era una morra ingenua que quería hacer cine de arte y triunfar en festivales europeos, la pobre Karina, transformada en una pinche loca que en el fondo sólo sentía culpa.

¿Negociar con quién? Lo más seguro es que Tania ya esté muerta.

Lo dije así, de jalón.

Y luego, al ver cómo se le agriaba el rostro y se le llenaban los ojos de lágrimas, también me trabé. Lo siento, dije. No sé lo que digo.

Claro que sabía lo que decía, pero hasta entonces me daba miedo decirlo en voz alta, decírmelo: ya habían pasado veinte días, pero nadie había llamado para pedir rescate ni para darnos alguna pista, salíamos en los medios y recibíamos promesas vanas del pendejo de González Camarena, así es que esa posibilidad que tanto temíamos se nos iba haciendo más cierta, pero no queríamos reconocerlo.

Lo que tenemos que hacer es destruir ese material, dije. Y Karina, que estaba fumando, negó con la cabeza mientras expulsaba el humo y luego dijo que aún si lo destruíamos, los malos nunca nos creerían. Así dijo: “los malos”. De risa loca.

El material lo tenía un editor con el que Karina había estado negociando. No voy a mencionar su nombre, por obvias razones, pero es un tipo bastante reconocido que normalmente ganaba mucho dinero por editar mexicanadas y que quería hacer una pequeña contribución a las causas perdidas. Karina lo hizo firmar un contrato de confidencialidad y le envió un disco duro con prácticamente todo el material que habían grabado, incluyendo la famosa entrevista con Magdalena. Sólo se perdió lo que se filmó después, un diez o quince por ciento del metraje.

Cuando el editor supo lo que le había pasado a Tania, se friqueó. Pero luego se friqueó más cuando supo que los secuestradores también se habían llevado las computadoras y discos duros con el material grabado. Empezó a sentir que en cualquier momento le iban a caer a su sala de edición, mientras él estaba de espaldas a la puerta, con los audífonos puestos. Intentó acomodar los muebles de otra forma, de modo que él pudiera ver todo el tiempo la puerta, pero los cables de las computadoras y los monitores eran demasiado cortos. Así es que decidió trabajar en cafés, a pesar de que su laptop era mucho más lenta y limitada que su equipo de estudio. Nunca iba al mismo sitio ni repetía trayectos, cambiaba sus horarios para no tener rutinas predecibles y luego dejó el coche para viajar en transporte público, porque se sentía más seguro entre multitudes.

En medio de su paranoia, el editor hizo justamente lo que nuestros perseguidores temían: clonó los videos. Como eran muy pesados, cortó el archivo en doce partes, las encriptó con las técnicas que usa Wikileaks para almacenar y transmitir archivos, y las subió a unos servidores protegidos por el partido pirata de Suecia; otra copia quedó en un disco duro, depositada dentro de una caja de seguridad en un banco. Como de película de espías, lo juro. Luego usó otros softwares para borrar los rastros de estos archivos en sus computadoras y dejó instrucciones a su familia diciendo que si le pasaba algo, fueran a la caja de seguridad, en donde encontrarían un sobre cerrado con las instrucciones sobre lo que tenían que hacer. La familia, por supuesto, se friqueó, preguntaban cosas, de modo que en lugar de estar más tranquilo, el editor terminó más alterado. Y lo peor: advirtió a más personas que las cosas andaban mal.

No, mi amigo, cuando uno quiere esconder algo tiene que seguir ciertas reglas. Y la más básica es cerrar el hocico. Uno no anda diciendo por ahí: “Hey, no puedo decir nada, pero tengo

un secreto por el que me quieren matar”. Es muy estúpido. Porque pasa lo que pasó: el editor sintió un día que lo seguían mientras caminaba de su casa al metro. Dos tipos apostados detrás de un puesto de tacos no le quitaban el ojo de encima y lo seguían, así es que el editor caminó más rápido y luego atravesó la calle temerariamente y los tipos no pudieron cruzar en ese momento, pero alertaron a alguien por radio, sin dejar de vigilarlo desde la acera de enfrente. Probablemente pensó que en cualquier momento alguien lo iba a taclear y a subir a un coche, así es que empezó a correr, hasta que se encontró con la ola de gente que salía por la boca del metro, cayó por las escaleras y se fracturó la cadera.

En el hospital no quería estar solo, porque temía que lo asfixiaran con una almohada sin que él pudiera defenderse, que le inyectaran algo mientras dormía o que le dieran comida envenenada. Los médicos le diagnosticaron delirio persecutorio y le dieron chochos, pero quién sabe, uno nunca puede saber, porque a veces da igual si te persiguen o te persigues, si te suicidas o te suicidan; el hecho es que el miedo se te mete hasta dentro y te sientes morir.

Dicen que agarraron a uno de los que te llevaron, uno de los cabrones que me pateó en el suelo y se burló de mí. Quizá el cabrón que me reventó el florero. O que se carcajeaba al verme envuelto en cátsup.

Que eran narcos disfrazados de polis, dicen. Que él mismo lo confesó. ¡Qué va a ser! Si en México cualquiera confiesa después de tres macanazos y las verdades históricas se construyen para la tele y para la ONU, la SIP, el EGEI, el CRACK, OING, CRUNCH, AUCH, siglas que no significan nada o que son, si bien nos va, el sonido de una indignación muy bien intencionada pero estéril, porque los hombres trajeados estudiaron en Boston o en París, y saben que lo único que se necesita para convencer es vestir de Hugo Boss y pintarse canas en las sienes para parecer experimentado. La estafa funciona y ha funcionado desde hace siglos a partir de la minuciosa construcción de una imagen que refuerce los prejuicios previos del público, de modo que este príncipe no puede estar mintiendo, no puede ser el estafador o el asesino, sino aquel cabrón prieto y despeinado que exhiben en el hangar presidencial con los brazos esposados junto al teporocho, los travestidos y las putas del *Show de la Barandilla*.

Cumplimos, dicen. ¿Qué más quieren? Yo no quiero saber, me vale pito, porque no hay una sola prueba fiable, ni una, que demuestre que su explicación no es más que un montaje para exculpar a los generales, los gobernadores o judiciales puercos con los que te metiste.

Pero no: fue el narco.

¿Y las trocas militarizadas? ¿Y los cuernos de chivo? ¿Y la computadora con los discos duros en los que Magdalena Chávez, desaparecida, torturada y asesinada, decía a la cámara que a sus hijos los había desaparecido un escuadrón de élite del Ejército vinculado al exgobernador Figueras, el mismo que en los setenta aventaba guerrilleros al río desde helicópteros del Ejército? No, cómo cree. Fue el narco. El narco, el narco... Puto mantra con el que lavamos todas las culpas, explicamos todo y nada, porque los narcos son siempre otros: pobres, gordos y feos.

Fue el Estado, fue el Estado. ¡Claro que fue el Estado! Es tan estúpido como decir que las vacas dan leche.

Y así, entre “fue el narco” o “fue el Estado”, vivimos de fosa en fosa, sin que nadie se tome la molestia de decirnos quiénes eran, cómo se llamaban, quién los mató, por qué y cuándo. Y sin que la autoridad, ni una, sea capaz de mostrar evidencia que respalde lo que dice sin torturar al primer cabrón que encuentran hasta que confiesa que mató al papa Francisco, aunque hasta el momento nadie lo haya matado.

No, no me digan que fueron los narcos o que fue el Estado. Lo que quiero es que me digan dónde estás, qué hicieron contigo. Y luego, en segundo término, quisiera que me dijeran quién fue y por qué, y si es posible, si no es mucha molestia, me gustaría que le hicieran un juicio abierto y que demostraran su culpabilidad sin tumbarle los dientes con el directorio telefónico o sin meterle agua de retrete a los pulmones, y que investigaran la línea de mando ascendente, hasta llegar a los generales y a los senadores, a los jueces y fiscales, a los secretarios y al presidente en persona, y que entonces los arrastren a todos al patio helado de una cárcel y que les echen encima una jauría

de pastores alemanes, no para matarlos ni para morderlos, sólo para que sientan su aliento caliente a un milímetro de su nariz y para que se orinen del susto y luego tengan que cargar con esa mínima vergüenza. Y luego me gustaría que los encerraran en un pabellón lleno de narcos ardidos para que todo el tiempo tuvieran miedo de ser violados con una cuchara, y me gustaría que no les pasara nada, que nadie los tocara, pero que siempre tuvieran miedo, un miedo que les durara hasta el último día de su puta vida.

¿Qué me queda? Quejarme, mentar madres y meterme con ustedes. Sí, provocarles pesadillas, destruir a martillazos su confort estúpido, su impotencia o su indignación de sofá y su compromiso con las causas perdidas en Facebook y Change.org. ¡Jódanse, cabrones, que a nosotros ya nos jodieron la vida! Sí, ya sé que fue el Estado. Pero también fue su indiferencia asesina, fueron los pinches periodistas progres, fue mi bendita esposa, tan generosa como estúpida, y sobre todo, fui yo. Yo, el cobarde que por no parecer macho permitió que su esposa hiciera piruetas en el borde de un precipicio y luego, a la hora de los madrazos, no tuvo los huevos de aceptar una bala digna.

No soporto pensar en lo que te hicieron, Tania. Es un horror al que apenas puedo asomarme. Me despierto a media noche y ya no puedo dormir... Oigo las manecillas, mis latidos y la respiración de Patricio. A veces es él quien se despierta y camina en la oscuridad hasta mi cama o hasta el sillón de la sala en el que me quedo dormido. Ven, le digo, lo abrazo, lo caliento. ¿Tuviste una pesadilla? Sí, dice meneando la cabeza, y yo le digo que ya pasó y se vuelve a quedar dormido.

Tan sólo de recordar lo que le hicieron a Magdalena, la saña con la que mancillaron su cuerpo... Sueño con larvas y cenizas. ¿Qué te cuento? ¿Qué podría decirte sobre mis pesadillas, si las tuviste todas? Y luego pienso, suplico al cielo, que haya sido rápido, y te imagino... Así es que procuro distraerme en otras cosas. Y luego me siento un imbécil por guardarte el rencor que te tengo. Te lo advertí, niña, te lo dije mil veces. Era tan predecible como una peliculita de vampiros. Estábamos en medio del túnel ciego. ¿Qué esperábamos que pasara? ¿Cómo es que no se me ocurrió detenerte, amarrarte a una pinche silla? Así te habría perdido como esposo pero al menos habría podido salvarte. ¿Pero qué culpa tienes tú? ¿Desde cuándo la víctima es culpable de su suerte? Soy un imbécil, te digo. Hacer películas no debería costarle la vida a nadie. Esa es la verdad. Pero no puedo evitarlo. No puedo dejar de culparnos. ¿Cómo perdimos la perspectiva? ¿En qué momento creímos que podíamos salir intactos? Quizá digo estas cosas porque no puedo entender nada; este mundo dejó de tener sentido. ¿A dónde te llevaron? ¿Qué te hicieron?

No hay cerebro que lo aguante, Tania.

Quizá por eso me distraigo echando espuma por la boca, gritando aquí y allá, fumando cigarros caros. Puto país de mierda. Así es que o me aviento de un acantilado del monte Igeldo o me trago un bote de somníferos, como Gaby, o termino tu película y la proyecto en el Zócalo hasta que me tumbe un sicario.

Pero la verdad es que no me atrevo.

Y así volvemos al inicio, a ese túnel mal hecho en el que agonizaba una perra herida. ¿Todavía escuchas sus aullidos, Tania? Parece que están lejos pero nunca me dejan. Por más que acelero,

por más que huyo hacia adelante, cruzando la noche en nuestro viejo Chevy de dos puertas, sigo viéndola por el retrovisor en la boca iluminada del túnel. Sigo pensando en todo lo que pudimos haber hecho mientras tú lloras en silencio bajo la luz intermitente de las farolas, huyendo de mis caricias y de mis falsas palabras de consuelo. Pusilánime, cobarde, pocos huevos, me dices. Pudimos haber hecho algo.

Creía que la sabiduría consiste en aceptar las cosas que no podemos cambiar y pagar el precio: la dosis personal de pesadillas. Pero no se puede, Tania. No se puede contener a aquellos que insisten en que sólo vale la pena vivir para aliviar el sufrimiento de otros, aunque te arranquen la mano de un mordisco o te lleve de corbata un Torton que circula por camino prohibido.

A la hora de la verdad, algunos tienen la grandeza de jugarse la vida por las perras heridas; otros, como yo, vivimos con la vergüenza de no habernos atrevido.

A menudo pienso en ella, en la perra. La veo vomitando sangre, enseñando los dientes. Escucho sus aullidos. Sueño con ella. Y siento el mismo vértigo que presagiaba la tormenta de sangre que se nos vino encima. Y en medio de mi vergüenza, pienso que quizá aún tengo remedio, Tania. Sólo tengo que parecerme un poco a ella. Que ningún hijo de la chingada intente consolarme, porque no hay consuelo.

Siempre me pregunté por qué me quisiste. Y quiero pensar que en el fondo de tu elección tenías la necesidad de que te atemperara. Bonito consuelo, me digo. Y entonces me imagino que esta vergüenza que probé a los quince años cuando un grupo de adolescentes descubrió mi cobardía y que luego me cayó como una loza en el momento decisivo, cuando te llevaron y no pude, no quise o no supe hacer nada, imagino que esta maldita vergüenza es el precio a pagar por haberte dado lo que necesitabas, lo que me pedías sin saberlo. Sí, quizá, me digo, necesitabas una red de seguridad para emprender tu misión redentora. Quizá pudiste hacer lo que hiciste porque contabas con mi tibieza y porque sabías que si algo te pasaba, yo cuidaría a Patricio. Quizá, me digo, tu última mirada no sea un reclamo sino un encargo: Cuida a mi hijo. Cuídalo.

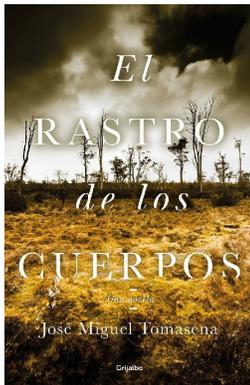
Así es que ésta es la historia que me cuento para no morirme, para no matarme o para no hacer que me maten, la historia que justifica por qué no te busco y por qué dejé ese país de mierda que nos parió para después devorarnos vivos. No espero que me oigas, pero necesito creer que lo haces para convencerme de que lo estoy haciendo bien. Tu hijo te extraña todos los días y yo, Tania, hago lo que puedo.

Epílogo

DIEZ OBRAS PERIODÍSTICAS PARA ENTENDER LA VIOLENCIA EN MÉXICO

Ésta es una obra de ficción, pero está inspirada en el trabajo de muchos periodistas y cineastas que trabajan para documentar el periodo de violencia que atraviesa México. Muchos de ellos han sufrido persecución, violencia y muerte por ello; otros han tenido que compartir el trauma de las familias de las víctimas. El mejor homenaje para ellas y ellos es leer su trabajo.

- *Fuego cruzado: las víctimas atrapadas en la guerra del narco*, de Marcela Turati (Grijalbo).
- *Cadena de mando*, (Daniela Rea, [coordinadora]: <http://cadenademando.org/index.html>)
- *El país de las dos mil fosas*, Alejandra Guillén, Mago Torres y Marcela Turati. <https://adondevanlosdesaparecidos.org/2018/11/12/2-mil-fosas-en-mexico/>
- *Morir en México*, de John Gibler (Sur Plus Ediciones).
- *Roy Desaparecido*, de Lolita Bosch (Ediciones B).
- *Los desaparecidos de Jalisco*, (podcast): <https://asicomosuena.mx/#/shows/1/play/361>
- *El abuelo y el chamaco* (podcast): <https://soundcloud.com/micronoesradio/esto-no-es-radio-el-abuelo-y-el-chamaco-storytelling-diseno-sonoro>
- *Retratos de una búsqueda*, de Alicia Calderón (documental).
- *La libertad del diablo*, de Everardo González (documental).
- *Tempestad*, Tatiana Hueso (documental).
- *Hasta los dientes*, de Alberto Arnaut (documental).
- *Dibujos contra las balas*, de Alicia Calderón (documental).



Cuando el diario en el que trabajaba entra en crisis, la periodista Tania Vázquez decide filmar por su cuenta un documental sobre los desaparecidos. Así conoce, entre muchas personas, a Doña Gaby, cuya hija Marilyn fue secuestrada previo pago de un rescate de cien mil pesos, y a Magdalena Chávez, que perdió a sus tres hijos y que decide embarcarse en una aventura para conocer su paradero.

Estas madres, más todos aquellos padres que buscan a sus seres queridos en morgues, cuarteles, hospitales y fosas clandestinas, serán los personajes que iremos construyendo a través de mirar las grabaciones y de la voz del novio de Tania; sin embargo, documentar la lucha de estas mujeres tendrá consecuencias que jamás habrían podido prever...



José Miguel Tomasena (Ciudad de México, 1978) es periodista, profesor e investigador universitario. Ha publicado la novela *La caída de Cobra* (2016) y el libro de cuentos *¿Quién se acuerda del polvo de la casa de Hemingway?* (2018), con el que ganó el Premio Nacional de Cuento San Luis Potosí 2013. Fue reportero en el diario *Público* y editor de la revista *Magis*, del ITESO, universidad en la que también ha sido profesor.

Actualmente estudia en la Universidad Pompeu Fabra las prácticas comunicativas de los booktubers y otras formas de mediación literaria en la era digital.

jmtomasena.com

El rastro de los cuerpos

Primera edición digital: agosto, 2019

D. R. © 2019, José Miguel Tomasena
Por mediación de MB Agencia Literaria, S. L.

D. R. © 2019, derechos de edición mundiales en lengua castellana:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. de C. V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C. P. 11520,
Ciudad de México

www.megustaleer.mx

D. R. © Penguin Random House / Amalia Ángeles, por el diseño de portada
D. R. © Arcangel Images, por la ilustración de portada
D. R. © Luis Ponciano, por la fotografía del autor

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización. Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <https://cempro.com.mx>).

ISBN: 978-607-318-263-8

Penguin
Random House
Grupo Editorial



[/megustaleermexico](https://www.facebook.com/megustaleermexico)



[@megustaleermex](https://twitter.com/megustaleermex)

Conversión eBook:

Mutãre, Procesos Editoriales y de Comunicación